

Raniero Cantalamessa

LA FUERZA DE LA CRUZ



Versión Electrónica formato PDF por Morgan Software © 2012

JESUCRISTO ES SEÑOR

El día más santo del año para el pueblo judío —el Yom Kippur, o día de la "Gran expiación"—, el sumo sacerdote, llevando la sangre de las víctimas, pasaba al otro lado del velo del templo, entraba en el "Santo de los santos" y allí, solo en presencia del Altísimo, pronunciaba el Nombre de Dios. Era el Nombre que se le había revelado a Moisés desde la zarza ardiendo, compuesto de cuatro letras, que a nadie le era lícito pronunciar durante el resto del año, sino que se sustituía, al pronunciarlo, con Adonai, que quiere decir Señor. Ese Nombre —que tampoco yo quiero pronunciar por respeto al deseo del pueblo judío, por el que la Iglesia reza el día de Viernes Santo—, proclamado en aquellas circunstancias, establecía una comunicación entre el cielo y la tierra, hacía presente a la misma persona de Dios y expiaba, aunque sólo fuese en figura, los pecados de la nación.

También el pueblo cristiano tiene su Yom Kippur, su día de la Gran expiación, y ese día es éste que estamos celebrando. Ese cumplimiento ha sido proclamado, en la segunda lectura de esta liturgia, con las palabras de la carta a los Hebreos: "Tenemos un sumo sacerdote grande que ha atravesado el cielo, Jesús, Hijo de Dios" (Hb 4,14). Cristo —leemos en esa misma carta— "ha entrado en el santuario una vez para siempre, no con sangre de machos cabríos ni de becerros, sino con la suya propia" (Hb 9,12). También en este día, en el que celebramos, ya no en figura sino en realidad, la Gran expiación, no ya de los pecados de una sola nación sino "los del mundo entero" (cf 1 Jn 2,2; Rm 3,25), también en este día se pronuncia un Nombre. En la aclamación al Evangelio hemos cantado, hace un momento, estas palabras del apóstol Pablo: "Cristo se hizo obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz. Por eso Dios lo levantó sobre todo y le concedió el Nombre sobre todo nombre". También el Apóstol se abstiene de pronunciar ese nombre inefable y lo sustituye por Adonai, que en griego suena Kyrios, en latín Dominus y en español Señor: "Toda rodilla —prosigue el texto— se doble y toda lengua proclame: ¡Jesucristo es el Señor! para gloria de Dios Padre" (Flp 2,8-

11). Pero lo que él quiere expresar con la palabra "Señor" es precisamente aquel Nombre que proclama el Ser divino. El Padre ha dado a Cristo —incluso como hombre— su mismo Nombre y su mismo poder (cf Mt 28,18); ésta es la verdad inaudita que se encierra en la proclamación: "¡Jesucristo es el Señor!" Jesucristo es "El que es", el Viviente.

San Pablo no es el único que proclama esta verdad: "Cuando levantéis al Hijo del Hombre —dice Jesús en el evangelio de Juan—, sabréis que Yo Soy" (Jn 1,28). Y también: "Si no creéis que Yo Soy, moriréis por vuestros pecados" (Jn 8,24). La remisión de los pecados tiene lugar ahora en este Nombre, en esta Persona. Hace unos momentos hemos oído, en el relato de la Pasión, lo que ocurrió cuando los soldados se acercaron a Jesús para prenderlo: "Les dijo: '¿A quién buscáis?' Le contestaron: 'A Jesús el Nazareno'. Les dijo Jesús: 'Yo Soy'. Al decirles: 'Yo Soy', retrocedieron y cayeron a tierra" (Jn 18,4-6). ¿Por qué retrocedieron y cayeron a tierra? Porque él había pronunciado su Nombre divino, "Ego eimí - Yosoy", y éste quedó libre por un instante para desencadenar su poder. También para el evangelista Juan, el Nombre divino está íntimamente ligado a la obediencia de Jesús hasta la muerte: "Cuando levantéis al Hijo del Hombre, sabréis que Yo Soy y que no hago nada por mi cuenta, sino que hablo como el Padre me ha enseñado" (Jn 8,28). Jesús no es Señor en contra del Padre, o en lugar del Padre, sino "para gloria de Dios Padre".

* * *

Ésta es la fe que la Iglesia heredó de los apóstoles, que santificó sus orígenes, que modeló su culto e incluso su arte. En la aureola del Cristo Pantocrator de los mosaicos y de los iconos antiguos aparecen inscritas en oro tres letras griegas: "O~Omega-N - El que es". Nosotros estamos aquí para hacer que esta fe se despierte, si es necesario, incluso de las piedras. En los primeros siglos de la Iglesia, en la semana siguiente al bautismo, que era la semana de Pascua, tenía lugar la revelación y la entrega a los neófitos de las realidades cristianas más sagradas, que hasta ese momento se les habían

mantenido ocultas o de las que sólo se hablaba por alusión, de acuerdo a la "disciplina de lo arcano", entonces en vigor. Se les introducía, un día tras otro, en el conocimiento de los "misterios" —es decir, del bautismo, de la Eucaristía, del Padre nuestro— y de su simbolismo, y por eso se lo llamaba catequesis "mistagógica". Era una experiencia única, que dejaba una impresión imborrable para toda la vida, no tanto por la forma en que ocurría cuanto por la grandeza de las realidades espirituales que se desplegaban ante sus ojos. Tertuliano dice que los convertidos "se sobrecogían de asombro ante la luz de la verdad"(TERTULIANO, Apologético,39,9.)

Actualmente todo esto ya no existe; con el paso del tiempo, las cosas han ido cambiando. Pero podemos recrear momentos como aquellos. La liturgia aún nos ofrece ocasiones para hacerlo. Y una de ellas es esta solemne liturgia del Viernes Santo. Esta tarde la Iglesia, si nos encuentra atentos, tiene algo para "revelarnos" y para "entregarnos", como si fuéramos neófitos. Tiene para entregarnos el señorío de Cristo; tiene para revelarnos este secreto que está escondido para el mundo: que "Jesús es el Señor" y que ante él debe doblarse toda rodilla. Que, un día, "se doblará" indefectiblemente ante él toda rodilla (cf Is 45,23). De la palabra —o dabar— de Dios, se dice en el Antiguo Testamento que "caía sobre Israel" (cf Is 9,7), que "venía sobre alguien". Pues bien, esta palabra "Jesús es el Señor", culminación de todas las palabras, "cae" sobre nosotros, viene sobre esta asamblea, se hace realidad viviente aquí, en el centro de la Iglesia católica. Pasa como la antorcha ardiendo que pasó entre las dos mitades de las víctimas que había preparado Abrahán para el sacrificio de alianza (cf Gn 15,17).

"Señor" es el nombre divino que nos afecta más directamente a nosotros. Dios era "Dios" y "Padre" antes que existiesen el mundo, los ángeles y los hombres, pero aún no era "Señor". Se hace Señor, Dominus, a partir del momento en que existen creaturas sobre las que ejercer su "dominio" y que aceptan libremente ese dominio. En la Trinidad no hay "señores" porque no hay servidores, sino que todos son iguales. Somos nosotros, en cierto sentido, los que hacemos que Dios sea el "Señor". Ese dominio de Dios, que fue rechazado por el pecado, ha sido restablecido por la obediencia de Cristo, el nuevo

Adán. Por Cristo, Dios ha vuelto a ser Señor por un título más fuerte: por creación y por redención. ¡Dios ha vuelto a reinar desde la Cruz! —Regnavit a ligno Deus. "Para esto murió y resucitó Cristo: para ser Señor de vivos y muertos" (Rm 14,9).

* * *

La fuerza objetivada de la frase "Jesús es el Señor" reside en el hecho de que hace presente la historia. Esa frase es la consecuencia de dos acontecimientos fundamentales: Jesús murió por nuestros pecados, y resucitó para nuestra justificación; por eso, Jesús es el Señor. Los acontecimientos que la prepararon se han condensado después, por así decirlo, en esa consecuencia y ahora se hacen presentes y operantes en ella, cuando la proclamamos con fe: "Si tus labios profesan que Jesús es el Señor y tu corazón cree que Dios lo resucitó de entre los muertos, te salvarás" (Rm 10,9).

Básicamente, hay dos maneras de entrar en comunión con los acontecimientos de la salvación: uno es el sacramento, el otro es la palabra. Esta manera de la que estamos hablando es la de la palabra, y de la palabra por excelencia, que es el kerigma. El cristianismo es rico en ejemplos y en modelos de experiencias de lo divino. La espiritualidad ortodoxa insiste en la experiencia de Dios a través de los "misterios", a través de la oración del corazón... La espiritualidad occidental insiste en la experiencia de Dios mediante la contemplación, en la que el hombre se recoge en su interior y se eleva, con la mente, por encima de las cosas y de sí mismo... Y es que hay muchos "caminos de la mente hacia Dios". Pero la palabra de Dios nos revela uno que ha servido para abrir el horizonte de Dios a las primeras generaciones cristianas, un camino que no es extraordinario y que no está reservado para unos pocos privilegiados, sino que está abierto a todos los hombres de recto corazón —a los que ya creen y a los que andan en busca de la fe—; un camino que no sube a través de los grados de la contemplación, sino que pasa por los acontecimientos divinos de la salvación; que no nace del silencio, sino de la escucha. Y es el camino del kerigma: "Jesucristo ha muerto! ¡Jesucristo ha resucitado! ¡Jesucristo es el Señor!".

Tal vez una experiencia de ese tipo es la que tenían los primeros cristianos cuando, en el culto, exclamaban: ¡Maranatah!, que quería decir dos cosas, dependiendo de la manera de pronunciarlo, a saber: "¡Ven, Señor!", o "El Señor está aquí". Podía expresar un anhelo de la vuelta de Cristo, o bien una respuesta entusiasta a la epifanía litúrgica de Cristo, es decir a su manifestación en medio de la asamblea reunida en oración.

Este sentimiento de la presencia del Señor resucitado es una especie de iluminación interior que, a veces, cambia por completo el estado de ánimo de la persona que lo recibe. Nos recuerda lo que ocurría en las apariciones del Resucitado a los discípulos. Un día, después de Pascua, los apóstoles estaban pescando en el lago de Tiberíades, cuando en la orilla apareció un hombre que se puso a hablar con ellos desde lejos. Hasta cierto punto, todo era normal: se quejaban de que no habían pescado nada, como hacen con frecuencia los pescadores. Pero de pronto, en el corazón de uno de ellos -del discípulo al que Jesús quería— se encendió una luz; lo reconoció y exclamó: "¡Es el Señor!" (Jn 21,7). Y entonces todo cambió de golpe en la barca.

Entendemos así por qué afirma san Pablo que "nadie puede decir 'Jesús es el Señor!' si no es bajo la acción del Espíritu Santo" (1 Co 12,3). Como el pan, en el altar, se convierte en el cuerpo vivo de Cristo por la fuerza del Espíritu Santo que desciende sobre él, así, de manera semejante, esa palabra se hace "viva y eficaz" (Hb 4,12) por la fuerza del Espíritu Santo que actúa en ella. Se trata de un acontecimiento de gracia que podemos preparar, favorecer y desear, pero que no podemos provocar por nosotros mismos. Generalmente no nos damos cuenta de ello mientras está sucediendo, sino sólo después de que ha ocurrido, a veces después de varios años. En este momento podría ocurrirle a alguno de los aquí presentes lo que ocurrió en el corazón del discípulo amado en el lago de Tiberíades: que "reconozca" al Señor.

En la frase "Jesús es el Señor!" hay también un aspecto subjetivo, que depende de quien la pronuncia. Varias veces me he preguntado por qué los demonios, en los evangelios, nunca pronuncian este título de Jesús. Llegan hasta a decirle a Jesús: "Tú eres el Hijo de Dios", o

también "Tú eres el Santo de Dios" (cf Mt 4,3; Mc 3,11; 5,7; Lc 4,41); pero nunca los oímos exclamar: "Tú eres el Señor!" La respuesta más plausible me parece ésta: Decir "Tú eres el Hijo de Dios" es reconocer un dato real que no depende de ellos y que ellos no pueden cambiar. Pero decir "¡Tú eres el Señor!" es algo muy distinto. Implica una decisión personal. Significa reconocerlo como tal, someterse a su dominio. Si lo hiciesen, dejarían en ese mismo momento de ser lo que son y se convertirían en ángeles de luz.

Esa expresión divide realmente dos mundos. Decir "Jesús es el Señor!" significa entrar libremente en el ámbito de su dominio. Es como decir: Jesucristo es "mi" Señor; él es la razón de mi vida; yo vivo "para" él, y ya no "para mí". "Ninguno de nosotros —escribía Pablo a los Romanos— vive para sí mismo y ninguno muere para sí mismo. Si vivimos, vivimos para el Señor; si morimos, morimos para el Señor; en la vida y en la muerte somos del Señor" (Rm 14,7-8). La suprema contradicción que el hombre experimenta desde siempre —la contradicción entre la vida y la muerte— ya ha sido superada. Ahora la contradicción más radical no se da entre el vivir y el morir, sino entre el vivir "para el Señor" y el vivir "para sí mismos". Vivir para sí mismos es el nuevo nombre de la muerte.

La proclamación "Jesús es el Señor!" ocupó, después de Pascua, el lugar que en la predicación de Jesús había tenido el anuncio "¡Ha llegado a vosotros el reino de Dios!" Antes de que existiesen los evangelios y antes de que existiese el proyecto de escribirlos, existía ya esta noticia: "Jesús ha resucitado. Él es el Mesías. ¡El es el Señor!" Todo empezó con esto. En esta noticia que nació con la Pascua estaba encerrada ya, como en una semilla, toda la fuerza de la predicación evangélica. La catequesis y la teología de la Iglesia son como un árbol majestuoso que brotó de esa semilla. Pero ésta —como ocurre con la semilla natural—, con el paso del tiempo, quedó sepultada bajo la planta que produjo. El kerigma, en nuestra conciencia actual, es una de las verdades de la fe, un punto, aun cuando sea importante, de la catequesis y de la predicación. No es algo que esté aparte, en el origen de la fe.

Mi primera reacción ante un texto de la Escritura es siempre la de ir a buscar las resonancias que ese texto ha tenido en la Tradición, es

decir en los Padres y en los Doctores de la Iglesia, en la liturgia, en los santos. Y lo normal es que se agolpen los testimonios en la mente. Pero cuando intenté hacerlo con la expresión "¡Jesús es el Señor!", comprobé con sorpresa que la Tradición era casi muda. En el siglo III d. C., el título de Señor ya no conserva su significado original y se lo considera inferior al título de Maestro. Se lo conceptúa como título característico de los que siguen siendo "siervos" y todavía no han llegado a ser "amigos", y por lo tanto es propio del estadio del "temor" (Cf ORÍGENES, Comentario al evangelio de Juan, 1, 29 (Sch 120.p.158).. Sin embargo, ya sabemos que es algo muy distinto.

Para una nueva evangelización del mundo, necesitamos volver a sacar a la luz aquella semilla, en la que se encuentra condensada, aún intacta, toda la fuerza del mensaje evangélico. Necesitamos desenterrar "la espada del Espíritu", que es el anuncio apasionado de Jesús como Señor. En una célebre obra épica del medioevo cristiano, se habla de un mundo en el que todo languidece y se vuelve confuso porque nadie plantea la cuestión fundamental y nadie pronuncia la palabra crucial —la del Santo Grial—, pero que vuelve a florecer cuando se pronuncia de nuevo esa palabra y cuando se atrae la atención sobre lo que tiene que estar por encima de los pensamientos de todos. Algo así ocurre, creo yo, con la palabra del kerigma: "Jesús es el Señor!" Todo languidece y carece de vigor donde ya no se pronuncia esa palabra, o ya no se coloca en el centro, o ya no se pone "en el Espíritu". Y todo se reanima y se vuelve a inflamar donde esa palabra se pone en toda su pureza, en la fe. Aparentemente, nada nos es tan familiar como la palabra "Señor". Es parte del nombre con que invocamos a Cristo al final de todas las oraciones litúrgicas. Pero una cosa es decir "Nuestro Señor Jesucristo" y otra decir "¡Jesucristo es nuestro Señor!" Durante siglos, y puede decirse que hasta nuestros días, la misma proclamación "Jesús es el Señor" con que se cierra el himno de la carta a los Filipenses ha quedado escondida bajo una traducción errónea. En efecto, la Vulgata traducía "Toda lengua proclame que el Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre" —*Omnis lingua confiteatur quia Dominus Jesus Christus in gloria est Dei Patris*—, mientras que -como ahora sabemos— el sentido de esa

frase no es que el Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre, sino que Jesús es el Señor, ¡y que lo es para gloria de Dios Padre!

Pero no basta con que la lengua proclame que Jesucristo es el Señor; es preciso además que "toda rodilla se doble". No son dos cosas separadas, sino una sola cosa. Quien proclama a Jesús como Señor tiene que hacerlo doblando la rodilla, es decir sometiéndose con amor a esa realidad, doblando la propia inteligencia en obediencia a la fe. Se trata de renunciar a ese tipo de fuerza y de seguridad que proviene de la "sabiduría", es decir de la capacidad para afrontar al mundo incrédulo y soberbio con sus mismas armas, que son la dialéctica, la discusión, los razonamientos sin fin, cosas todas que nos permiten "estar siempre buscando sin nunca encontrar" (cf 2 Tm 3,7), y por tanto sin sentirnos nunca obligados a tener que obedecer a la verdad una vez que la hemos encontrado. El kerigmano da explicaciones, sino que exige obediencia, porque en él actúa la autoridad del mismo Dios. "Después" y "al lado" de él, hay lugar para todas las razones y demostraciones, pero no "dentro" de él. La luz del sol brilla por sí misma y no puede ser esclarecida con otras luces, sino que es ella la que lo esclarece todo. Quien dice que no la ve, lo único que hace es proclamar que él mismo es ciego.

Es preciso aceptar la "debilidad" y la "necedad" del kerigma —lo cual significa también la propia debilidad, humillación y derrota—, para que la fuerza y la sabiduría de Dios puedan salir victoriosamente a la luz y seguir actuando. "Las armas con que luchamos —dice Pablo— no son humanas, sino divinas, y tienen poder para destruir fortalezas. Deshacemos sofismas y cualquier clase de altanería que se levante contra el conocimiento de Dios. Estamos también dispuestos a someter a Cristo todo pensamiento" (2 Co 10,4-5). En otras palabras, es necesario estar en la cruz, porque la fuerza del señorío de Cristo brota toda ella de la cruz.

Debemos estar atentos a no avergonzarnos del kerigma. La tentación de avergonzarnos de él es fuerte. También lo fue para el apóstol Pablo, que sintió la necesidad de gritarse a sí mismo: "¡Yo no me avergüenzo del Evangelio!" (Rm 1,16). Y lo sigue siendo aún más

en nuestros días. ¿Qué sentido tiene —nos insinúa una parte de nosotros mismos— hablar de que Cristo ha resucitado y de que es el Señor, mientras a nuestro alrededor existen tantos problemas concretos que acosan al hombre: el hambre, la injusticia, la guerra...? Al hombre le gusta que se hable de él —aunque se hable mal— bastante más que oír hablar de Dios. En tiempos de Pablo una parte del mundo pedía milagros y otra parte pedía sabiduría. Hoy una parte del mundo (la que vive bajo regímenes capitalistas) pide justicia, y otra parte (la que vive bajo regímenes totalitarios comunistas) pide libertad. Pero nosotros predicamos a Cristo crucificado y resucitado (cf 1 Co 1,23), porque estamos convencidos de que en él tienen su fundamento la verdadera justicia y la verdadera libertad.

* * *

En la catequesis mistagógica, la revelación de los misterios tenía lugar de dos maneras: mediante las palabras y mediante los ritos. Los neófitos escuchaban las explicaciones y veían los ritos, sobre todo el rito eucarístico que nunca antes habían contemplado con sus ojos. Lo mismo sucede también en esta liturgia, en la que se nos entrega el misterio del señorío de Cristo. Después de la liturgia de la palabra, vienen ahora una serie de ritos. Se descubrirá solemnemente la imagen del Crucificado y nos arrodillaremos todos tres veces. Mostraremos, incluso de manera visible, que en la Iglesia toda rodilla se dobla. El velo morado que hasta ahora cubría la imagen del Crucificado simboliza ese otro velo que oculta al Crucifijo desnudo a los ojos del mundo. "Hasta hoy —decía san Pablo de los judíos de su tiempo—, un velo cubre sus mentes; pero cuando se vuelvan hacia el Señor, se quitará el velo" (2 Co 3,15-16). Por desgracia, ese velo está tendido también ante los ojos de muchos cristianos y sólo se descenderá "cuando se vuelvan hacia el Señor", cuando descubran el señorío de Cristo. No antes.

Cuando, esta tarde, se "eleve" ante nuestros ojos el Crucifijo desnudo, mirémoslo bien. Ése es el Jesús a quien proclamamos como "Señor", y no otro, no un Jesús fácil, de agua de rosas. Es importante lo que vamos a hacer. Para que nosotros pudiésemos tener el

privilegio de saludarlo como Rey y Señor verdadero, como haremos enseguida, Jesús aceptó ser saludado como rey de burlas; para que nosotros pudiésemos tener el privilegio de doblar humildemente la rodilla ante él, él aceptó que se arrodillaran ante él por burla y por escarnio. "Los soldados —está escrito— lo vistieron de púrpura, le pusieron una corona de espinas, que habían trenzado, y comenzaron a hacerle el saludo... Le golpearon la cabeza con una caña, le escupieron y, doblando las rodillas, se postraban ante él" (Mc 15,16-19).

Tenemos que estar muy compenetrados con lo que hacemos y poner en ello una gran adoración y una enorme gratitud, pues es muy grande el precio que él ha pagado. Todas las "proclamaciones" que escuchó, estando vivo, fueron proclamaciones de odio; todas las "genuflexiones" que vio fueron genuflexiones de ignominia. No debemos añadir nosotros otras más con nuestra frialdad y nuestra superficialidad. Mientras espiraba en la cruz, aún tenía en sus oídos el eco ensordecedor de aquellos gritos y la palabra "Rey" colgaba escrita sobre su cabeza como una condena. Ahora que vive a la derecha del Padre y que está presente, por el Espíritu, en medio de nosotros, que sus ojos puedan ver que toda rodilla se dobla y que, con ello, se dobla la mente, el corazón, la voluntad y todo; que sus oídos escuchen el grito de alegría que brota del corazón de los redimidos: "Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre!"

TANTO AMÓ DIOS AL MUNDO

Los relatos de la Pasión —especialmente los relatos sinópticos—, con su estilo descarnado, carente de cualquier comentario teológico o edificante, nos transportan a los primerísimos días de la Iglesia. Esos relatos son las primeras partes del Evangelio que se "formaron" (para utilizar el lenguaje del moderno "método de las formas") en la tradición oral y que circularon entre los cristianos. En esta etapa, predominan los hechos; todo se resume en dos acontecimientos: murió-resucitó. Pero esa etapa de los puros hechos quedó pronto superada. Los creyentes se hicieron muy pronto la pregunta sobre el "porqué" de aquellos hechos, es decir de la pasión: ¿por qué padeció

Cristo? Y la respuesta fue: "¡Por nuestros pecados!". Nace así la fe pascual, expresada en la célebre frase de Pablo: "Cristo murió por nuestros pecados; fue resucitado para nuestra justificación" (cf 1 Co 15,3-4; Rm 4,25). Teníamos ya los hechos —murió, resucitó— y el significado para nosotros de esos hechos: por nuestros pecados, para nuestra justificación. La respuesta parecía completa: por fin historia y fe formaban un único misterio pascual.

Sin embargo, aún no se había tocado el verdadero fondo del problema. La pregunta volvía a surgir de otra manera: ¿por qué murió por nuestros pecados? Y la respuesta que iluminó de golpe la fe de la Iglesia, como con resplandor de sol, fue: "¡Porque nos amaba!" "Cristo nos amó y se entregó por nosotros" (Ef 5,2); "Me amó hasta entregarse por mí" (Ga 2,20); "Cristo amó a su Iglesia y por eso se entregó a sí mismo por ella" (Ef 5,25). Como puede verse, ésta es una verdad pacífica, primordial, que lo penetra todo y que se aplica tanto a la Iglesia en su conjunto como personalmente a cada hombre. El evangelista san Juan, que escribe después que los demás, hace remontar esta revelación hasta el mismo Jesús terreno: "Nadie —dice Jesús en el evangelio de Juan— nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos" (Jn 15,13s).

Esta respuesta al "porqué" de la pasión de Cristo es verdaderamente definitiva y no admite más preguntas. Nos amó porque nos amó, ¡y basta! Y es que el amor de Dios no tiene un "porqué", es gratuito. Es el único amor en el mundo real y totalmente gratuito, que no pide nada para sí (¡ya lo tiene todo!), sino que sólo da, o, mejor, se da. "En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó... ¡El nos amó primero!" (1 Jn 4,10.19).

Jesús, pues, sufrió y murió libremente, por amor. No por casualidad, ni por necesidad, ni por oscuras fuerzas o razones de la historia que lo hayan arrollado sin que él se diera cuenta o a pesar suyo. Quien afirme eso, vacía el Evangelio; le quita el alma. Porque el Evangelio es únicamente esto: el alegre mensaje del amor de Dios en Cristo Jesús. Y no sólo el Evangelio, sino toda la Biblia es únicamente esto: la noticia del amor misterioso, incomprensible, de Dios al hombre. Si toda la Escritura se pusiese a hablar a la vez, si, por un

milagro, de palabra escrita se convirtiese toda ella en palabra pronunciada de viva voz, esta voz, más potente que las olas del mar, gritaría: "¡Dios os ama!".

El amor de Dios al hombre hunde sus raíces en la eternidad ("Él nos eligió antes de crear el mundo", dice el Apóstol en Ef 1,4), pero se ha manifestado en el tiempo en una serie de gestos concretos que constituyen la historia de la salvación. Dios había hablado ya antiguamente a nuestros padres, en múltiples ocasiones y de muchas maneras, de ese amor suyo (cf Hb 1,1). Había hablado al crearnos, pues ¿qué es la creación sino un acto de amor, el acto primordial del amor de Dios al hombre? ("Tú has creado el universo para derramar tu amor sobre todas las criaturas", decimos en la Plegaria eucarística IV:1 Así dice la versión italiana. La versión oficial española presenta una ligera variante: "Hiciste todas las cosas para colmarlas de tus bendiciones"). Habló después por los profetas, pues los profetas de la Biblia no son, en realidad, otra cosa que los mensajeros del amor de Dios, los "amigos del Esposo". Incluso cuando reprenden o amenazan, lo hacen para defender ese amor de Dios a su pueblo. En los profetas, Dios compara su amor al de una madre (Is 49,15s), al de un padre (Os 11,4), al de un esposo (Is 62,5). Dios mismo resume en una frase su forma de proceder con Israel, diciendo: "Con amor eterno te amé" (Jr 31,3). ¡Una frase nunca oída, en ninguna filosofía ni en ninguna religión, en boca de un dios! El "dios de los filósofos" es un dios al que amar, no un Dios que ama, y que ama primero.

Pero a Dios no le bastó con hablarnos de su amor por los profetas". "Ahora, en esta etapa final, nos ha hablado por el Hijo" (Hb 1,2). Hay una enorme diferencia respecto a lo de antes: Jesús no se limita a hablarnos del amor de Dios, como hacían los profetas: él "es" el amor de Dios. ¡Porque "Dios es amor" y Jesús es Dios!

Con Jesús, Dios ya no nos habla desde lejos, sirviéndose de intermediarios: nos habla desde cerca y nos habla en persona. Nos habla desde dentro de nuestra condición humana, después de haber saboreado hasta el fondo sus sufrimientos. ¡El amor de Dios se hizo carne y vino a vivir en medio de nosotros! Ya en la antigüedad había quienes leían así a Juan 1,14. Jesús nos ha amado con un corazón divino y humano a la vez; de manera perfectamente humana, aunque

con medida divina. Un amor lleno de fuerza y de delicadeza, tiernísimo e incesante. Como ama a sus discípulos, como ama a los niños, como ama a los pobres y a los enfermos, como ama a los pecadores... Amando, hace crecer, devuelve la dignidad y la esperanza; todos los que se acercan a Jesús con sencillo corazón salen transformados por su amor.

Su amor se hace amistad: "Ya no os llamo siervos, a vosotros os llamo amigos" (Jn 15.15). Y no se queda ahí: él llega a una identificación con el hombre para la que ya no bastan las analogías humanas, ni siquiera la de la madre, la del padre o la del esposo: "Permaneced en mí —dice— y yo en vosotros" (Jn 15,4).

Y finalmente, la prueba suprema de ese amor: "Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo" (Jn 13,1), es decir hasta los últimos límites del amor. Dos cosas hay que revelan al verdadero amador y que lo hacen triunfar: la primera consiste en hacer el bien al amado; la segunda, superior en gran medida a la primera, consiste en sufrir por él. Para esto, para darnos una prueba de su gran amor, Dios inventa su propio anonadamiento, lo hace realidad y se las arregla para hacerse capaz de sufrir cosas terribles.

De esa manera, Dios, con todo lo que soporta, convence a los hombres del extraordinario amor que les tiene y los atrae de nuevo hacia sí, a esos hombres que huían de un Señor tan bueno pensando que él los odiaba (Cf N. CABASILAS, *Vida en Cristo*, VI, 2.). Jesús nos repite a nosotros lo que dijo un día a una santa que estaba meditando la pasión: "¡No te he amado de broma!" (3 II libro della Beata Angela da Foligno, ed. Quaracchi, Grottaferrata, 1985, p. 62.)

Para saber cómo nos ama Dios, tenemos ya un medio sencillo y seguro: ¡ver cuánto ha sufrido! No sólo en el cuerpo, sino sobre todo en el alma. Porque la verdadera pasión de Jesús es la que no se ve, la que le hizo exclamar en Getsemaní: "Me muero de tristeza" (Mc 14,34). Jesús murió en su corazón antes que en su cuerpo. ¿Quién podrá comprender el abandono, la tristeza, la angustia del alma de Cristo al sentirse "convertido en pecado", él, el inocentísimo Hijo del Padre? Con razón la liturgia del Viernes Santo ha puesto en los labios

de Cristo crucificado aquellas palabras de las Lamentaciones: "Vosotros, los que pasáis por el camino, mirad, fijaos: ¿Hay dolor como mi dolor?".

Pensando precisamente en ese momento, se dijeron aquellas palabras: "Sic Deus dilexit mundum - ¡Tanto amó Dios al mundo!" (Jn 3,16). Al comienzo de su evangelio, Juan exclama: "Hemos contemplado su gloria" (Jn 1,14). Y si preguntamos al evangelista: "¿Dónde has contemplado su gloria?", él nos responderá: "Bajo la cruz he contemplado su gloria". Porque la gloria de Dios consiste en habernos escondido su gloria, en habernos amado. Ésta es la gloria más grande que Dios tiene fuera de sí mismo, fuera de la Trinidad. Más grande que la de habernos creado y que la de haber creado todo el universo. Ahora que está a la derecha del Padre en la gloria, el cuerpo de Cristo ya no conserva las señales y las características de su condición mortal; pero sí que conserva celosamente una cosa y la muestra, nos dice el Apocalipsis: las señales de su pasión, sus heridas. Y de ellas se siente orgulloso porque son la prueba de su gran amor a las criaturas.

Tiene razón Jesús cuando nos repite hoy, desde lo alto de su cruz, con las palabras de la liturgia: "Pueblo mío, ¿qué más podía hacer por ti que aún no haya hecho? ¡ Respóndeme !".

* * *

Alguien podría decir: Sí, es verdad que Cristo nos amó entonces, cuando vivió en la tierra; ¿pero ahora? Ahora que ya no está entre nosotros, ¿qué queda de aquel amor, a no ser un pálido reflejo? Los discípulos de Emaús decían: "Hace ya tres días que sucedió esto", y nosotros nos sentimos tentados de decir: "¡Hace ya dos mil años...!" Pero se equivocaban, porque Jesús había resucitado y estaba caminando con ellos. Y también nosotros nos equivocamos cuando pensamos como ellos, pues su amor sigue aún en medio de nosotros, "porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones con el Espíritu Santo que se nos ha dado" (Rm 5,5).

Y ésta es la segunda verdad de este día, que no es menos hermosa e importante que la primera: Tanto amó Dios al mundo, que nos ha dado el Espíritu Santo. El agua que brotó del costado de Cristo junto con la sangre era el símbolo de ese Espíritu Santo. "En esto conocemos que permanecemos en él y él en nosotros: en que nos ha dado de su Espíritu" (1 Jn 4,13). Recordemos esta frase de Juan, que es la síntesis de todo; significa que Jesús nos ha dejado como regalo a sí mismo todo entero, todo su amor, pues él "vive por el Espíritu" (1 P 3,18).

* * *

Lo que hasta ahora he expuesto es la revelación objetiva del amor de Dios en la historia. Ahora pasemos a nosotros: ¿qué tendremos que hacer, qué tendremos que decir tras haber escuchado cómo nos ama Dios? Hay varias respuestas posibles. Una de ellas: amar también nosotros a Dios. Éste es el primero y el mayor mandamiento de la ley. Dice un antiguo himno de la Iglesia: "¿Cómo no amar a quien tanto nos amó? ¿Sic nos amantem quis non redamaret?" Pero todo esto viene después. Antes hay que hacer otra cosa.

Otra posible respuesta es: amarnos unos a otros como Dios nos ha amado. ¿No dice el evangelista Juan que, si Dios nos ha amado, "también nosotros debemos amarnos unos a otros?" (1 Jn 4,11). Pero también esto viene después; antes hay que hacer otra cosa. ¿Qué hay que hacer antes? Creer en el amor de Dios. "Nosotros hemos creído en el amor que Dios nos tiene" (1 Jn 4,16). Por lo tanto, la fe. Pero aquí se trata de una fe especial; no es la fe como simple asentimiento intelectual a una verdad. Es algo muy distinto. Es la fe-asombro, la fe incrédula (¿qué paradoja!): la fe que no puede comprender claramente lo que cree, aunque lo cree. ¿Cómo es posible que Dios, sumamente feliz en su serena eternidad, haya tenido el deseo, no sólo de crearnos, sino también de venir en persona a sufrir en medio de nosotros? ¿Cómo es posible una cosa así? Ésta es la fe incrédula, la fe-asombro. Gran parte de las frases del Nuevo Testamento que hemos escuchado hasta aquí son frases que hay que leerlas con un signo de admiración; son frases que expresan el asombro de la Iglesia primitiva: "¡Me amó y se entregó por mí!" "¡Tanto amó Dios al mundo!".

¡ Qué cosa tan grande esa fe hecha de asombro y admiración! Cosa difícil y rara si las hay. ¿Creemos nosotros de verdad que Dios nos ama? Seguro que no lo creemos de verdad, o por lo menos no lo creemos suficientemente... Porque si lo creyésemos, pronto la vida, nosotros, las cosas, los acontecimientos, todo se transfiguraría ante nuestros ojos. Hoy mismo estaríamos con él en el paraíso, pues el paraíso no es más que esto: gozar del amor de Dios. Un dicho extracanónico de Jesús reza así: "El que se asombre reinará". Y aquí se hace realidad esa frase. El que ante ese increíble amor de Dios se queda profundamente maravillado, el que se queda sin palabras, ¡ése entra ya desde ahora en el reino de los cielos!

Pero nosotros, como decía, no creemos de verdad que Dios nos ame; el mundo ha hecho cada vez más difícil que creamos en el amor. Demasiadas traiciones, demasiadas decepciones. El que ha sido traicionado o herido una vez tiene miedo de amar y de ser amado, porque sabe cuánto daño hace el verse engañado. Y así, cada vez va creciendo más la fila de los que no consiguen creer en el amor de Dios; más aún, en ningún amor. El mundo y la vida están entrando (o siguen) en una era glacial.

En el ámbito personal, existe la tentación de nuestra indignidad, que nos lleva a decir: "Si, ese amor de Dios es bello, pero no es para mí. ¿Cómo puede Dios amar a alguien como yo, que lo ha traicionado y olvidado? Yo soy un ser indigno..." Escuchemos lo que nos dice la palabra de Dios: "En caso de que nos traicione nuestra conciencia, Dios es mayor que nuestra conciencia" (1 Jn 3,20).

El mundo necesita creer en el amor de Dios. Lo necesita en concreto nuestro país si no queremos que siga siendo, como dice Dante, "el parterre que nos vuelve tan feroces". Urge, por tanto, volver a proclamar el evangelio del amor de Dios en Cristo Jesús. Si no lo hacemos, seremos los hombres que meten la luz debajo del celemín. Defraudaremos al mundo en su esperanza más secreta. En el mundo hay otros que comparten con los cristianos la predicación de la justicia social y del respeto al hombre; pero nadie —nadie, digo—, ni entre los filósofos, ni entre las religiones, nadie dice al hombre que Dios lo ama, y que lo ama primero. Y sin embargo, todo se rige por esta verdad, que es la fuerza motriz de todo. La misma causa del pobre y

del oprimido nunca estará segura mientras no se asiente sobre esta base inamovible de que Dios nos ama, de que ama al pobre y al oprimido.

Pero no basta con las palabras ni con los lamentos. Hay que estar dispuestos, como Jesús, a sufrir y a perdonar a quien nos hace sufrir: "Padre, perdónales..." Jesús nos ha dejado en herencia a los cristianos estas palabras que él pronunció en la cruz, para que las conservásemos vivas por los siglos y las usásemos como nuestra arma más verdadera.

Pero no para perdonar a los enemigos de Jesús en aquel entonces, que ya no existen, sino para perdonar a los enemigos de Jesús hoy, a nuestros enemigos, a los enemigos de la Iglesia. El cristianismo es la religión del perdón de los enemigos. Nadie debería decir que conoce el amor de Dios derramado en su corazón por medio del Espíritu Santo, si ese amor no le ha servido, al menos una vez, para perdonar a un enemigo. Debemos dar gracias públicamente a aquellos hermanos en la fe que, tras ser alcanzados por el odio y por la violencia homicida, han sentido el impulso del Espíritu Santo para perdonar incluso públicamente a quien les mató a algún familiar y siguieron ese impulso con humildad. ¡Ellos sí que han creído en el amor! Y han dado a Cristo un grandioso testimonio de que su amor, manifestado ese día en la cruz, sigue siendo hoy posible gracias a su Espíritu; más aún, de que ese amor es lo único capaz de cambiar algo en el mundo, porque cambia las conciencias.

Y quiero recoger aquí aquella invitación del profeta Isaías que dice; "Consolad, consolad a mi pueblo, hablad al corazón de Jerusalén, gritadle que se ha cumplido su servicio" (Is 40,1s). Como una voz debilísima que viene del silencio y vuelve al silencio, también yo me he atrevido a hablar "al corazón de Jerusalén", es decir de la Iglesia, para recordarle lo que tiene de más precioso: el amor eterno de su divino Esposo. Y ahora el mismo Esposo se dirige a la Iglesia con las palabras del Cantar de los Cantares y le dice:

"¡ Levántate, amada mía, hermosa mía, ven a mí!

Porque ha pasado el invierno,

las lluvias han cesado y se han ido,

brotan flores en la vega,
llega el tiempo de la poda" (Ct 2,10-12).

En este día santísimo de la muerte de Cristo, un soplo de alegría levanta al mundo.

BAUTIZADOS EN SU MUERTE

¿Qué significado tiene el rito que estamos realizando? ¿Para qué nos hemos reunido aquí esta tarde? La respuesta más obvia es: para conmemorar la muerte del Señor. Pero eso no basta. La Pascua — escribía san Agustín— no se celebra como un aniversario, sino como un misterio (sacramentum). Ahora bien, una celebración se realiza como un misterio cuando no nos conformamos con recordar un hecho del pasado el día que ocurrió, sino que lo recordamos de tal forma que participamos en él (AGUSTIN, Carta 55, 1,2.).

Los ritos del triduo pascual no tienen, pues, un significado meramente histórico o moral (conmemorar unos hechos, exhortamos a imitarlos), sino que tienen un significado místico. En ellos tiene que acontecer algo. No podemos quedarnos fuera, como simples espectadores u oyentes; tenemos que metemos dentro, ser "actores" y parte interesada.

Por tanto, esta tarde estamos aquí para realizar una "acción", y no solo una "evocación". Y la acción que tenemos que realizar es ésta: bautizarnos en la muerte de Cristo. Escuchemos al apóstol Pablo cuando escribe: "Los que por el bautismo nos incorporamos a Cristo, fuimos incorporados a su muerte. Por el bautismo fuimos sepultados con él en la muerte, para que, así como Cristo fue resucitado de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en una vida nueva (Rm 6,3-4).

Y surge espontánea una pregunta: ¿Pero todo eso no aconteció ya el día de nuestro bautismo? ¿Nos queda aún algo por hacer que no se haya realizado ya? La respuesta es: sí y no. Todo eso ha ocurrido ya y aún tiene que ocurrir. Si bautizarse significa "sepultarnos con Cristo

en la muerte", entonces nuestro bautismo aún no está terminado. En el ritual del bautismo existe, desde siempre, un fórmula breve, destinada a utilizarse con los niños a los que se bautiza in articulo mortis, es decir en peligro de muerte. Una vez que ha pasado el peligro, hay que llevar a esos niños a la iglesia, para completar los ritos que faltan. Pues bien, nosotros, los cristianos de hoy, somos todos en cierto sentido bautizados in articulo mortis. Nos han bautizado apresuradamente, en los primeros días de la vida, por miedo a que nos sorprendiese la muerte sin el bautismo.

Es una praxis legítima, que se remonta nada menos que a las puertas de la era apostólica. Sólo que, cuando hemos llegado ya a la edad adulta, tenemos que completar el bautismo recibido. Y completarlo, no con unos ritos suplementarios y accidentales, sino con algo esencial, que incida en la eficacia misma del sacramento, aunque no influya en su validez. ¿De qué se trata? Dice Jesús: "Id al mundo entero y predicad el Evangelio a toda la creación. El que crea y se bautice, se salvará" (Mc 16,16). El que crea y se bautice; dos cosas que aparecen siempre unidas, en el Nuevo Testamento, cuando se habla del comienzo de la salvación: fe y bautismo (cf Jn 1,12; Hch 16,30-33; Ga 3,26-27). El bautismo es el "sello divino puesto sobre la fe del creyente"(BASILIO MAGNO, Contra Eunomio, 3,5 (PG 29, 665).

Pero se trata de una fe que abarca a toda la persona, de la fe-conversión: "Convertíos y creed en el Evangelio" (Mc 1,15), o de la fe-arrepentimiento: "Arrepentíos y bautizaos todos en nombre de Jesucristo" (Hch 2,38). En los comienzos de la Iglesia, se llegaba al bautismo a través de un proceso de conversión que abarcaba toda la vida. La ruptura con el pasado y el comienzo de una vida nueva se visualizaban mediante el simbolismo del rito. El bautizado se quitaba sus vestiduras y se sumergía en el agua; durante unos instantes se encontraba sin luz, sin respiración, desaparecido del mundo y como enterrado. Después volvía a salir a la luz del mundo. Para él ya no eran la luz y el mundo de antes: eran una luz nueva y un mundo nuevo. Había "renacido del agua y del Espíritu".

¿Se podrá repetir, en la situación actual, esa experiencia tan fuerte? Sí, se puede repetir; más aún, es voluntad de Dios que suceda eso una vez en la vida de todos los cristianos. Jesús dijo un día: "He venido a prender fuego en el mundo, ¡y ojalá estuviera ya ardiendo! Tengo que pasar por un bautismo, ¡y qué angustia hasta que se cumpla!" (Jn 12,49-50). Y al pronunciar estas palabras, Jesús pensaba en su muerte, como lo indica la imagen del bautismo que usó también otras veces en ese mismo sentido (cf Mc 10,38). Con su muerte de cruz, Jesús ha encendido un fuego en el mundo y, en su costado abierto, ha inaugurado un bautisterio. Y ese fuego y ese costado seguirán abiertos hasta el fin del mundo, ya que Jesús, en cuanto hombre sufrió la muerte, pero fue devuelto a la vida por el Espíritu" (1 P 3,18). Más aún, aquel fuego siempre encendido es precisamente su Espíritu, del que está escrito que "estará siempre con nosotros" (Jn 14,16). Gracias a ese Espíritu que vive, todo toque atañe a Jesús es de nuestros días, es actual. Podemos decir que Cristo muere hoy, que baja hoy a los infiernos y que dentro de dos días resucitará. Es como si todos los años volviesen a agitarse las aguas de ese misterioso bautisterio, como el agua de la piscina de Betsaida, para que todo el que quiera pueda sumergirse en ella y recobrar la salud.

Bautizarnos en la muerte de Cristo es entrar en la zarza ardiendo; es pasar por una agonía, porque son purificaciones, aridez, cruces. Pero por una agonía que, más que preludiar la muerte, preludia un nacimiento; una agonía-parto. Bautizarnos en su muerte es entrar en el corazón de Cristo, participar en el drama del amor y del dolor de Dios. Bautizarnos en su muerte es algo que no puede describirse, pero que tiene que vivirse. De él salimos como criaturas nuevas, dispuestas a servir al Reino de un modo nuevo.

Pero démosle a todo esto un contenido concreto. ¿Qué significa bautizarnos en la muerte de Cristo? Pablo sigue diciendo: "Porque su morir fue un morir al pecado de una vez para siempre; y su vivir es un vivir para Dios. Lo mismo vosotros consideraos muertos al pecado y vivos para Dios en Cristo Jesús" (Rm 6,10-11). Bautizarnos en la muerte de Cristo significa, pues, esto: ¡morir al pecado y vivir para Dios! Morir al pecado, o "romper definitivamente con el pecado" (cf 1

P 4,1), implica algo muy concreto: tomar la firme decisión —y, en cuanto depende de nosotros, la decisión irrevocable— de no cometer más pecados voluntarios, especialmente "ese pecado" al que aún seguimos un poco apegados en secreto.

El objetivo y la meta final no es la muerte, sino la vida; más aún, la novedad de vida, la resurrección, el gozo, la experiencia inefable del amor del Padre. Pero todo esto es lo que le toca a Dios; es como el vestido nuevo que él tiene preparado para el que sale de las aguas del bautismo. Y tenemos que dejar que Dios haga lo que a él le corresponde, sabiendo que su fidelidad hunde sus cimientos en el cielo. Nosotros tenemos que hacer lo que nos toca a nosotros: morir al pecado, salir de la connivencia con el pecado, de la solidaridad —incluso tácita— con él. Salir de Babilonia. Babilonia —explica san Agustín en *De civitate Dei*— es la ciudad construida sobre el amor a uno mismo que llega hasta el desprecio de Dios, es la ciudad de Satanás. Babilonia es, por lo tanto, la mentira, el vivir para uno mismo, para la propia gloria. A esta Babilonia espiritual alude la palabra de Dios cuando dice: "Pueblo mío, sal de Babilonia para no haceros cómplices de sus pecados ni víctimas de sus plagas" (Ap 18,4). No se trata de salir materialmente de la ciudad y de la solidaridad con los hombres. Se trata de salir de una situación moral, no de un lugar. No es una huida del mundo, sino una huida del pecado.

Morir al pecado significa entrar en el juicio de Dios. Dios mira a este mundo y lo juzga. Su juicio es el único que traza una línea definida de demarcación entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas. Su juicio no se muda con las modas. Convertirnos quiere decir cruzar el muro de la mentira y ponernos del lado de la verdad, es decir de Dios. Todo se decide cuando el hombre le dice a Dios con el salmista: "Reconozco mi culpa...; en la sentencia tendrás razón, en el juicio juzgarás con rectitud" (Sal 51,5s). Es decir: Acepto, Dios, tu juicio sobre mí; es recto y santo; es amor y salvación para mí.

Con la venida de Cristo, ese juicio se ha hecho visible, se ha materializado, se ha hecho historia: ¡la cruz de Cristo! Él dijo antes de morir, refiriéndose precisamente a su muerte de cruz: "Ahora va a ser juzgado el mundo; ahora el Príncipe de este mundo va a ser echado

fuera" (Jn 12,31). La cruz es el poderoso "no" de Dios al pecado. Y ha sido plantada, como árbol de vida, en medio de la plaza de la ciudad (cf Ap 22,2), en medio de la Iglesia y del mundo, y ya nadie podrá arrancarla de allí o sustituirla por otros criterios. También hoy, como en tiempos del apóstol Pablo, "los griegos" —o sea, los eruditos, los filósofos, los teólogos— buscan sabiduría; "los judíos" —o sea, los piadosos, los creyentes— buscan signos, buscan realizaciones, eficacia, resultados; pero la Iglesia sigue predicando a Cristo crucificado, fuerza de Dios y sabiduría de Dios (cf 1 Co 1,23-24).

* * *

El 11 de noviembre de 1215, el papa Inocencio III abrió el IV concilio ecuménico de Letrán, pronunciando un discurso memorable. El punto de partida fueron las palabras de Jesús cuando, sentándose a la mesa, dijo: "He deseado enormemente comer esta Pascua con vosotros" (cf Lc 12,15). Pascua -explicó el Pontífice— significa paso. Y hay un triple paso que Jesús quiere hacer también hoy con nosotros: un paso corporal, un paso espiritual y un paso eterno. El paso corporal era, para el Pontífice, el paso hacia Jerusalén para reconquistar el Santo Sepulcro; el paso espiritual era el paso de los vicios a la virtud, del pecado a la gracia, y por tanto la renovación moral de la Iglesia; el paso eterno era el paso definitivo de este mundo al Padre, la muerte. En su discurso el papa insistía, sobre todo, en el paso espiritual: en la reforma moral de la Iglesia, sobre todo del clero; esto era lo que más le preocupaba. Más aún, a pesar de su vejez, decía que quería pasar él mismo por toda la Iglesia, como aquel hombre vestido de lino y con los avíos de escribano a la cintura, de que habla el profeta Ezequiel (Ez 9, 1ss), para marcar la Taupenitencial en la frente de los hombres que, como él, lloraban y se lamentaban por las abominaciones que se cometían en la Iglesia y en el mundo.

Este sueño no pudo realizarlo, porque pocos meses después le llegó la muerte y realizó el tercer paso, el paso a la Jerusalén celestial. Pero

en la basílica de Letrán, donde Inocencio III pronunció aquel discurso, perdido entre la multitud y quizás sin que nadie lo conociera, estaba —según la tradición— un pobrecillo: ¡estaba Francisco de Asís! En cualquier caso, lo cierto es que Francisco recogió el ardiente deseo del papa y lo hizo suyo. Al volver con los suyos, empezó a predicar desde aquel día, con mayor intensidad aún que antes, la penitencia y la conversión y empezó a marcar una Tau en la frente de los que se convertían sinceramente a Cristo. La Tau, aquel signo profético de la cruz de Cristo, se convirtió en su sello. Con él firmaba sus cartas y lo dibujaba en las celdas de los frailes, hasta el punto de que san Buenaventura pudo decir, después de su muerte: "Recibió del cielo la misión de llamar a los hombres a llorar, a lamentarse, a raparse la cabeza y ceñirse el sayal, y de imprimir, con el signo de la cruz penitencial, la Tau en la frente de los que gimen y lloran". (BUENAVENTURA, Leyenda mayor, Prólogo.)

Esta fue la "cruzada" que eligió Francisco para sí: marcar la cruz, no en las ropas o en las armas, para combatir a los "infieles", sino marcarla en el corazón, en el suyo y en el de los hermanos, para acabar con la infidelidad del pueblo de Dios. Recibió esa misión "del cielo", escribe san Buenaventura; pero ahora sabemos que la recibió también de la Iglesia, del papa. Quiso ser un humilde instrumento al servicio de la Iglesia y de la jerarquía, para llevar a cabo la renovación deseada por el concilio ecuménico de su tiempo. Al celebrar este año el octavo centenario del nacimiento del Poverello de Asís, pedimos a Dios que mande a su Iglesia de hoy, entregada también a llevar a cabo la renovación deseada por un concilio ecuménico, el Vaticano II, hombres como Francisco, capaces de ponerse, como él, al servicio de la Iglesia y de llamar a los hombres a reconciliarse con Dios y entre ellos mediante la penitencia y la conversión.

CRUCIFICADO POR SU DEBILIDAD

VIVE POR LA FUERZA DE DIOS

En toda la Biblia, junto a la revelación de la fuerza de Dios, hay una revelación secreta, que podríamos llamar revelación de la debilidad de Dios. La debilidad de Dios está relacionada con lo que la Escritura llama con frecuencia "las entrañas misericordiosas de nuestro Dios" (cf Jr 31,20; Le 1,78). Esa debilidad lo vuelve, por así decirlo, impotente ante el hombre pecador y rebelde. El pueblo es "duro para convertirse", "se rebela con rebelión continua". ¿Y cuál es la respuesta de Dios? "¿Cómo podré dejarte, Efraín —dice—; entregarte a ti, Israel?... Me da un vuelco el corazón, se me conmueven las entrañas" (Os 11,8). Y como excusándose de esa debilidad, Dios dice: "¿Puede una madre olvidarse de su criatura, dejar de querer al hijo de sus entrañas?" (cf Is 49,15). En realidad, ese amor es, por excelencia, el amor de una madre. Nace en esas profundidades donde se ha formado la criatura y se apodera después de toda la persona de la mujer —de su cuerpo y de su alma—, haciéndole sentir a su hijo como una parte de sí misma de la que ya nunca podrá desprenderse sin un profundo desgarrón en su propio ser.

La causa de la debilidad de Dios es, pues, su amor al hombre. ¡Ver cómo la persona amada se destruye con sus propias manos y no poder hacer nada! Algo de eso saben el padre y la madre que ven cómo su hijo se va apagando, día a día, a causa de la droga, y no pueden ni aludir a su verdadera enfermedad, por miedo a perderlo del todo. ¿Y no podría impedirlo Dios, siendo omnipotente? Claro que podría, pero destruyendo también la libertad del hombre, o sea ¡destruyendo al hombre! Por eso, sólo puede amonestar, suplicar, amenazar, que es lo que hace desde siempre por medio de los profetas.

Pero la dimensión de ese sufrimiento de Dios no lo conocíamos hasta que no tomó cuerpo ante nuestros ojos en la pasión de Cristo. La pasión de Cristo no es sino la manifestación histórica y visible del sufrimiento del Padre por culpa del hombre. Es la suprema manifestación de la debilidad de Dios: Cristo —dice san Pablo— "fue crucificado por su debilidad" (2 Co 13,4). Los hombres vencieron a Dios, el pecado salió victorioso y se yergue triunfante ante la cruz de Cristo. La luz ha sido cubierta por las tinieblas... Pero sólo por un instante: Cristo fue crucificado por su debilidad, "pero vive por la

fuerza de Dios", añade enseguida el Apóstol. ¡Vive, vive! Él mismo se lo repite ahora a su Iglesia: "Estaba muerto, y ya ves, vivo por los siglos de los siglos, y tengo las llaves de la Muerte y del Infierno" (Ap 1,18). Verdaderamente, "lo débil de Dios es más fuerte que los hombres" (1 Cc 1,25). La cruz —precisamente la cruz— se ha convertido en fuerza de Dios, sabiduría de Dios, victoria de Dios. Dios ha vencido sin dejar su debilidad, más aún, llevándola al extremo. No se ha dejado arrastrar al terreno del enemigo: "Cuando lo insultaban, no devolvía el insulto" (1 P 2,23). A la voluntad del hombre de aniquilarlo, no respondió con la misma voluntad de destruirlo, sino con la voluntad de salvarlo: "Por mi vida —dice—, no quiero la muerte del pecador, sino que cambie de conducta y viva" (Ez 33,11). Dios manifiesta su omnipotencia con la misericordia y el perdón (parcendo et miserendo), dice una oración de la Iglesia. Al grito "¡Crucificalo!", él contesta con el grito: "¡Padre, perdónalos!" (Le 23,34).

No hay en todo el mundo palabras como esas tres palabras: "¡Padre, perdónalos!" En ellas se encuentran encerradas toda la fuerza y la santidad de Dios. Son palabras indomables; no pueden ser superadas por ningún delito, porque han sido pronunciadas bajo el mayor de todos los delitos, en un momento en que el mal hizo su esfuerzo supremo, más allá del cual ya no se puede llegar. "La muerte ha sido absorbida en la victoria. ¿Dónde está, muerte, tu victoria? ¿Dónde está, muerte, tu aguijón?" (1 Co 16,55). Esas palabras se parecen a las palabras sacramentales. Ellas también, a su manera, "producen lo que significan" —la reconciliación del mundo con Dios— y hacen realidad lo que expresan.

Esa reconciliación empieza enseguida, en torno a la cruz, con los que crucificaron a Cristo. Yo estoy seguro de que los que crucificaron a Cristo se han salvado y de que los encontraremos en el paraíso. Estarán allí para dar testimonio, por los siglos eternos, de hasta dónde ha llegado la bondad del Señor. Jesús rezó por ellos con toda su autoridad, y el Padre, que siempre había escuchado la oración del Hijo durante su vida (cf Jn 11,42), no pudo dejar de escuchar esta oración que el Hijo le dirigió cuando estaba a punto de morir. Detrás de los que lo crucificaron viene el buen ladrón, y después el centurión

romano (cf Mc 15,39), y luego la multitud que se convierte el día de Pentecostés. Es un cortejo que ha ido aumentando cada vez más, hasta abarcarnos también a nosotros que estamos aquí esta tarde celebrando la muerte de Cristo. Del Siervo sufriente Dios había dicho por medio del profeta Isaías: "Le daré como premio una multitud..., por haberse entregado a la muerte y haber compartido la suerte de los pecadores. Pues él cargó con los pecados de muchos e intercedió por los pecadores" (Is 53,12). Porque intercedió por los pecadores diciendo: "~Padre, perdónalos!", Dios le dio como premio a Jesús de Nazaret muchedumbres.

Nosotros los hombres tenemos una visión distorsionada de la redención, y esto nos acarrea muchos problemas en el campo de la fe. Pensamos en una especie de transacción: Jesús, mediador entre Dios y los hombres, paga al Padre un precio por nuestro rescate —un precio que es su sangre—, y el Padre, "satisfecho", perdona a los hombres sus culpas. Pero ésta es una forma de ver las cosas demasiado humana, inexacta, o al menos parcial. Una visión que nos resulta intolerable incluso humanamente hablando: ¡un padre que necesita la sangre de su hijo para sentirse aplacado! La verdad es otra: el sufrimiento del Hijo es lo primero (~es espontáneo y libre!), y a los ojos del Padre es algo tan precioso que su respuesta es hacerle al Hijo el mayor regalo que podía hacerle: darle una multitud de hermanos, hacerlo "primogénito de muchos hermanos" (cf Rm 8,29). "Pídemelo —le dice—: te daré en herencia las naciones, en posesión los confines de la tierra" (Sal 2,8).

No es, pues, el Hijo quien paga una deuda al Padre, sino el Padre quien paga una deuda al Hijo por haberle "devuelto a todos los hijos que estaban dispersos". Y lo paga al estilo de Dios, con una medida infinita, ya que ninguno de nosotros puede imaginar, ni de lejos, la gloria y la alegría que el Padre le ha dado a Cristo resucitado.

Un poeta cristiano, comentando la oración del Padre nuestro, pone en labios de Dios estas palabras que suenan aún más verdaderas si las aplicamos a la oración de Jesús en la cruz, como ahora vamos a hacerlo:

"Como la estela de un hermoso navío, va extendiéndose hasta desaparecer y perderse; pero empieza en una punta, y esa punta viene hacia mí.

Y el navío es mi propio Hijo, cargado con todos los pecados del mundo.

Y esa punta son estas dos o tres palabras:

¡Padre, perdónalos!

Sabía bien lo que hacía aquel día mi Hijo que tanto los amaba, cuando puso entre ellos y yo esta barrera:

¡Padre, perdónalos!

Estas dos o tres palabras.

Como un hombre que se echa un manto sobre los hombros, vuelto hacia mí se había vestido,

se había echado sobre los hombros

el manto de los pecados del mundo,

y ahora el pecador se esconde detrás de él de mi rostro.

Se han amontonado como miedosos, ¿y quién podrá reprochárselo?

Como tímidos gorrioncillos se han hacinado detrás de él, que es fuerte.

Y me presentan esa punta.

Y hienden así el viento de mi cólera

y vencen hasta la fuerza de la tempestad de mi justicia,

Y el soplo de mi cólera no puede hacer la menor presa sobre esa masa angular de alas fugitivas.

Porque ellos me presentan este ángulo:

¡Padre, perdónalos!

Y a mí no me queda más remedio que tomarlos bajo ese ángulo" 1 CHARLES P-GUY, El misterio de los santos inocentes., en G3uvres poétiques complètes, París, ed. Gallimard, 1975, p 697ss.

Tal vez la estela de ese "navío" esté pasando a nuestro lado justo ahora, en esta Pascua: no nos quedemos fuera; echémonos en brazos de la misericordia de Dios; escondámonos al abrigo de esa punta. Unámonos al alegre cortejo de los que han sido rescatados por el Cordero. En estos momentos, la Iglesia nos suplica, con las palabras del apóstol Pablo: "¡Reconciliaos con Dios!" (2 Co 5,20). Dios ha sufrido por ti, por ti en persona, y estaría dispuesto a volver a hacerlo, si fuese necesario para salvarte. ¿Por qué quieres perderte? ¿Por qué haces sufrir a tu Dios, diciendo que a ti todo eso no te importa? A ti Dios no te importa, ¡pero tú si le importas a Dios! Le importas tanto, que ha muerto por ti. Ten compasión de tu Dios, no seas cruel con él y contigo mismo. Prepara en tu corazón las palabras que vas a decirle, como el hijo pródigo, y ponte en camino hacia él, que te está esperando.

Es bien sabido por qué mucha gente no quiere reconciliarse con Dios. Dicen: hay demasiados inocentes en el mundo, demasiados sufrimientos injustos. Reconciliarse con Dios supondría reconciliarse con la injusticia, aceptar el dolor de los inocentes, ¡y yo no quiero aceptarlo! No se puede creer en un Dios que permite el dolor de los inocentes (A. Camus); el sufrimiento de los inocentes es "la roca del ateísmo" (G. Büchner).

¡Pero eso es un terrible error! Esos inocentes están cantando ahora el cántico de victoria del Cordero: "Eres digno. Señor, de tomar el libro y de abrir sus sellos, porque fuiste degollado y con tu sangre compraste para Dios hombres de toda tribu, lengua, pueblo y nación..." (Ap 5,9). Ellos siguen la "estela" del Cordero, mientras que nosotros seguimos ahí, en esa "roca" desdichada. Sí, hay mucho dolor inocente en el mundo, tanto que ni siquiera podemos imaginárnoslo, pero ese dolor no tiene alejado de Dios al que lo sufre (es más, lo une a Él más que ninguna otra cosa), sino sólo al que escribe ensayos o

discute, sentado cómodamente en su mesa, sobre el dolor de los inocentes. Los inocentes que sufren (empezando por los millones de niños a los que se mata en el seno de su madre) forman un "bloque" con el inocente Hijo de Dios. Estén o no estén bautizados, forman parte de esa Iglesia más amplia y oculta que empezó con el justo Abel y que abraza a todos los perseguidos y a todas las víctimas del pecado del mundo: la Ecclesia ab Abel. El sufrimiento es su bautismo de sangre. Al igual que los Santos Inocentes, cuya fiesta celebra la liturgia inmediatamente después de la Navidad, ellos confiesan a Cristo, no hablando sino muriendo. Ellos son la sal de la tierra. De la misma manera que la muerte de Cristo fue el mayor pecado de la humanidad, y sin embargo salvó a la humanidad, así también el sufrimiento de esos millones de víctimas del hambre, de la injusticia y de la violencia son la mayor culpa de la humanidad de nuestros días, y sin embargo contribuyen a salvar a la humanidad. Si todavía no nos hemos hundido, tal vez se lo debemos también a ellos, ¿y podemos llamar a todo eso inútil y desperdiciado? Pensamos que es un sufrimiento perdido porque ya no

creemos de verdad en la recompensa eterna de los justos, en la fidelidad de Dios. No es la imposibilidad de explicar el dolor lo que hace perder la fe, sino la pérdida de la fe lo que hace inexplicable el dolor.

* *

Y a los pastores de su pueblo, en un día como hoy, Dios les dice: Perdonad como perdono yo; yo perdono de corazón, me compadezco hasta las entrañas por la miseria de mi pueblo. Tampoco vosotros debéis sólo pronunciar con los labios unas frías fórmulas de absolución; yo quiero servirme no sólo de vuestros labios, sino también de vuestro corazón, para trasladarles mi perdón y mi compasión. Revestíos también vosotros de "entrañas de misericordia". Que ningún pecado os parezca demasiado grande, demasiado espantoso; decíos siempre a vosotros mismos y al hermano que tenéis delante: "Sí, pero la misericordia de Dios es mucho, mucho más grande". Sed como aquel padre de la parábola que sale al encuentro

del hijo pródigo y le echa los brazos al cuello. Que el mundo no sienta tanto sobre sí el juicio de la Iglesia, cuanto la misericordia y la compasión de la Iglesia. No impongáis enseguida penitencias que el pecador no este aún en condiciones de cumplir; más bien, haced vosotros penitencia por él, y así os pareceréis a mi Hijo. Yo amo a esos hijos extraviados y por eso les daré también, a su tiempo, la posibilidad de expiar su pecado. ¡Amad, amad a mi pueblo, al que yo amo!

A los que sufren en el alma o en el cuerpo —los ancianos, los enfermos, los que se sienten inútiles y que son un peso para la sociedad y que tal vez miran con envidia desde su lecho a los que están a su lado, en pie y sanos—, yo quisiera decirles con toda humildad: ¡Mirad cómo se ha comportado Dios! Hubo un tiempo, cuando la creación, en que también Dios obraba con fuerza y alegría; hablaba, y se hacía todo, mandaba y todo empezaba a existir. Pero cuando quiso hacer una cosa todavía más grande, entonces dejó de obrar y empezó a padecer; inventó el propio anonadamiento y así nos redimió. Porque también en Dios, y no sólo en los hombres, "la fuerza se manifiesta plenamente en la debilidad" (cf 2 Co 12,9). Vosotros estáis codo con codo con Cristo en la cruz. Si sufrís por culpa de otros, decid con Jesús: "¡Padre, perdónalos!" y el Padre os dará, como premio, a ese hermano para la vida eterna.

Finalmente, a todos quiero repetirles la gran noticia de este día: ¡Cristo fue crucificado por su debilidad, pero vive por la fuerza de Dios!

EL ESPÍRITU, LA SANGRE Y EL AGUA

Un día, en la época en que el templo de Jerusalén estaba destruido y el pueblo desterrado en Babilonia, el profeta Ezequiel tuvo una

visión. Vio ante sí el templo reconstruido y vio que bajo el umbral del templo, por el lado derecho, manaba agua hacia oriente. Se puso a seguir aquel arroyico de agua y se dio cuenta de que la corriente iba creciendo más y más, a medida que avanzaba, hasta llegarle primero a los tobillos, después a las rodillas, luego a la cintura, hasta convertirse en un río que no se podía vadear. Vio que en la orilla del río crecía una gran cantidad de árboles frutales y oyó una voz que decía: "Estas aguas fluyen hacia la comarca levantina, bajarán hacia la estepa, desembocarán en el mar de las aguas pútridas y lo sanearán. Todos los seres vivos que bullan allí donde desemboque la corriente tendrán vida, y habrá peces en abundancia. Al desembocar allí estas aguas, quedará saneado el mar y habrá vida adondequiera que llegue la corriente" (Ez 47,1ss).

El evangelista Juan vio realizada esta profecía en la pasión de Cristo. "Uno de los soldados —escribe— con la lanza le traspasó el costado y al punto salió sangre y agua" (Jn 19,34). La liturgia de la Iglesia ha recogido esta enseñanza al hacernos cantar, al principio de todas las Misas solemnes del tiempo pascual, aquellas palabras del profeta, aplicándoselas a Cristo: "Vidi aquam egredientem de templo - Vi que manaba agua del templo".

Jesús es el templo que los hombres destruyeron, pero que Dios ha vuelto a edificar, resucitándolo de la muerte: "Destruíd este templo —había dicho él mismo—, y en tres días lo levantaré"; y el evangelista explica que "él hablaba del templo de su cuerpo" (Jn 2,19-21). El cuerpo de Cristo en la cruz es, pues, el templo nuevo, el centro del nuevo culto, el lugar definitivo de la gloria y de la presencia de Dios entre los hombres. Y ahora, del costado derecho de este nuevo templo ha brotado agua. También esa agua, como la que vio el profeta, empezó siendo un arroyito, pero fue creciendo más y más hasta convertirse también ella en un gran río. En efecto, de aquel arroyo de agua proviene, espiritualmente, el agua de todas las pilas bautismales de la Iglesia. En la pila bautismal de San Juan de Letrán, el papa san León Magno hizo grabar dos versos latinos que, traducidos, dicen: "Ésta es la fuente que lavó al mundo entero — trayendo su origen de la llaga de Cristo" "Fons hic est qui totum diluit orbem - sumens de

Christi vulnere principium". Verdaderamente, de su costado manaron "ríos de agua viva", es decir ¡del costado de Cristo en la cruz!

* * *

¿Y qué simboliza el agua? Un día -era el último día de la fiesta de las tiendas—, Jesús, puesto en pie, exclamó a voz en grito: "El que tenga sed, que venga a mí; el que cree en mí, que beba". Y el evangelista comenta: "Decía esto refiriéndose al Espíritu, que habían de recibir los que creyeran en él" (Jn 7,37-39).

El agua, pues, simboliza al Espíritu. "Tres son los testigos — leemos en la primera carta de san Juan en relación con este episodio— : el Espíritu, el agua y la sangre" (1 Jn 5,7-8). Estas tres cosas no están en el mismo plano: el agua y la sangre fue lo que se vio salir del costado; eran señales, sacramentos; el Espíritu era la realidad invisible que en ellos se escondía y que en ellos actuaba.

Antes de este momento, aún no estaba el Espíritu en el mundo; pero ahora que Jesús ha muerto por nosotros, purificándonos de nuestros pecados, el Espíritu se cierce de nuevo sobre las aguas, como en los albores de la creación (cf Gn 1,2). Después de exclamar: "Todo está cumplido!", Jesús "entregó el espíritu" (Jn 19,30), es decir: dio su último suspiro, murió, pero también: entregó el Espíritu, el Espíritu Santo. En ambos significados piensa el evangelista. El último suspiro de Jesús se convirtió en el primer suspiro de la Iglesia. Y ésta es la coronación de toda la obra de la redención, su fruto más precioso. Porque la redención no consistió solamente en el perdón de los pecados, sino también, positivamente, en el don de la vida nueva del Espíritu. Es más, todo se dirige a esto, y la misma remisión de los pecados no se realiza hoy en la Iglesia sino en virtud del Espíritu Santo.

Es cierto que el Espíritu Santo vino sobre la Iglesia, de manera solemne y pública, el día de Pentecostés; pero Juan ha querido señalar, en su evangelio, de dónde proviene ese Espíritu que el día de Pentecostés irrumpió desde lo alto sobre los apóstoles; cuál es su

origen en la historia. Ese origen es el cuerpo de Cristo glorificado en la cruz. En la encarnación, y luego, de una manera nueva, en el bautismo del Jordán, el Padre envió sobre su Hijo la plenitud del Espíritu Santo. Ese Espíritu se concentró todo él en la humanidad del Salvador; santificó su actividad humana, inspiró sus palabras y guió todas sus decisiones. Por él, "se acostumbró a vivir entre los hombres" (san Ireneo). Pero durante su vida terrena estaba oculto a los ojos de los hombres, como el perfume que contenía aquel frasco de alabastro de la mujer (cf Jn 12,iss). Pero luego aquel vaso de alabastro que era la humanidad purísima de Cristo se rompió durante su pasión, y el perfume que se derramó inundó toda la casa, que es la Iglesia.

"Adondequiera que llegue la corriente —decía la profecía—, habrá vida". Eso fue lo que ocurrió también con esa corriente que brotó del costado de Cristo. Esa corriente trajo al mundo la vida. De tal forma que, cuando la Iglesia quiso condensar en pocas palabras su fe en la tercera Persona de la Trinidad, en Constantinopla, en el año 381, no encontró nada más esencial que decir sobre el Espíritu Santo que él es quien da la vida: "Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida".

Este anuncio del Espíritu como dador de vida es más necesario y más esperado que nunca en el mundo en que vivimos. Cuando san Pablo llegó a Atenas, vio que, en medio de la idolatría que asolaba la ciudad, estaba también, oculta, la esperanza en una divinidad distinta, a la que, sin conocerla, los atenienses habían erigido un altar con la inscripción: "Al Dios desconocido". Entonces el Apóstol empezó a predicar y a decir: "Atenienses, eso que veneráis sin conocerlo, os lo anuncio yo" (Hch 17,22-23). Y empezó a hablar de Jesús muerto y resucitado. Algo parecido ocurre también hoy. En medio de toda la nueva idolatría y del materialismo con que se trata de cubrirla, existe en nuestra sociedad la necesidad difusa de algo nuevo y distinto, de algo que no se acabe con nosotros, que dé un sentido eterno a la vida. Existe una profunda insatisfacción que no puede depender de la falta de cosas, porque con frecuencia es mayor justamente donde más abundancia hay de cosas. Un indicio de ello es la tristeza, una tristeza que impresiona a quien no se ha acostumbrado a ella y a los que

vienen de lejos. Incluso a nuestros niños se los educa silenciosamente en la tristeza.

Un filósofo de nuestros días hablaba de una "nostalgia del absolutamente Otro" que aflora acá y acullá en el mundo de hoy. Pues bien, la Iglesia grita a los hombres de hoy lo que aquel día dijo el Apóstol a los atenienses: "Eso que andáis buscando sin conocerlo, yo os lo anuncio". Ese algo "distinto", de lo que sentís nostalgia, existe: ¡es el Espíritu de Dios! El Espíritu es libertad, es novedad, es gratuidad, es belleza, es alegría. El Espíritu es vida. ¡Cuánto se lucha hoy en día por mejorar, como se dice, "la calidad de vida"! Al hacerlo, no habría que perder de vista que existe una vida de calidad distinta, sin la cual todo será en vano. En efecto, ¿de qué sirve vivir bien, si no podemos vivir para siempre?

* * *

Por eso, ¡ qué dulces suenan las palabras que Jesús nos dirige en silencio, en este día, desde lo alto de la cruz!

"¡ Atención, sedientos!, acudid por agua, también los que no tenéis dinero:

venid, comprad trigo, comed sin pagar, vino y leche de balde" (Is 55,1).

Para vosotros se ha abierto esta herida en mi costado. "Gustad y ved qué bueno es el Señor". Que vengan también los que no tienen con qué pagar: los que no tienen méritos, los que se sienten indignos y pecadores, los que ya no tienen ni fuerzas para rezar. Sólo una cosa os pido a cambio: vuestra sed, vuestro deseo: que nos os sintáis ahítos de todo, auto-suficientes. ¡Os pido fe!

Pero ahora aquel templo que era su cuerpo ya no está entre nosotros; entonces, ¿adónde nos invita a ir Jesús con esas palabras? Nos invita a la Iglesia, a los sacramentos de la Iglesia. Ya no existe visiblemente aquel templo que era su cuerpo físico, el que nació de María y fue clavado a la cruz; pero aún existe ese otro cuerpo suyo que es la Iglesia. El mismo evangelista Juan que nos mostró en el evangelio el cumplimiento de la profecía de Ezequiel en la cruz, nos muestra en el Apocalipsis su cumplimiento en la Iglesia. "El ángel del Señor —dice— me mostró el río de agua viva, luciente como el cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero. A mitad de la calle de la ciudad, a ambos lados del río, crecía un árbol de la vida..." (Ap 22,1-2). El agua de la vida corre ahora por en medio de la ciudad santa, la nueva Jerusalén que es la Iglesia. A ella deben acudir todos los que tienen verdadera sed del Espíritu. San Ireneo — que bebió su doctrina de los labios mismos de un discípulo de Juan— nos advierte: "El Don de Dios le ha sido confiado a la Iglesia... Porque donde está la Iglesia, allí está también el Espíritu de Dios, y donde está el Espíritu de Dios allí está también la Iglesia. No participan de él los que no se alimentan a los pechos de su Madre para la vida y no beben en la fuente purísima que brota del cuerpo de Cristo sino que se excavan 'cisternas agrietadas' y, haciéndose fosas en la tierra, beben el agua putrefacta de los pantanos" (1 IRENEO, Contra las herejías, III, 24,2.)

Al anoecer del día de Pascua, entró Jesús en el lugar donde estaban sus discípulos, "exhaló su aliento sobre ellos y les dijo: Recibid el Espíritu Santo" (Jn 20,22). Esto no lo hizo de una vez para siempre, en su primera Pascua, para luego desaparecer de la historia dejando a la Iglesia caminar sola, con los medios con que la había dotado, hasta su vuelta. No. Aquel día Jesús, al conceder a los apóstoles el poder de perdonar los pecados, inauguró, de forma solemne y visible, su nueva condición de "dador de vida" (cf 1 Co 15,45). Y ahora vive para siempre exhalando su aliento" sobre la Iglesia, y ni por un momento ha dejado de hacerlo. Y lo hace también ahora, en esta liturgia.

Si él "retira su Espíritu", todo en la Iglesia "expira y vuelve a ser polvo", exactamente como dice en otro sentido la Escritura que ocurre

con la creación (cf Sal 194,29). "Sin el Espíritu Santo, Dios está lejos, Cristo sigue en el pasado, el Evangelio es letra muerta, la Iglesia una simple organización, la autoridad dominio, la misión propaganda, el culto simple evocación y el proceder cristiano una moral de esclavos. Pero con el Espíritu Santo, el cosmos se levanta y gime con los dolores del Reino, Cristo resucitado se hace presente, el Evangelio es fuerza vital, la misión es un Pentecostés, la liturgia es memorial y espera y el proceder cristiano queda deificado" (Ignacio de Latakia).

Jesús, pues, está siempre "exhalando su Espíritu"; pero nosotros, los hombres, no siempre hemos recogido ni recogemos su aliento, no siempre le hacemos caso, fiándonos de nuestro propio esfuerzo y de nuestra pericia humana, preocupados como estamos por producir, por hacer, por proyectar y por discutir entre nosotros. Algo, sin embargo, nos impele de manera irresistible a detenernos y a exponernos de nuevo, a rostro descubierto y con el corazón rebosante de un secreto anhelo, al soplo potente del Resucitado. Un "viento recio" vuelve a sacudir la casa desde que se ha invocado sobre la Iglesia un nuevo Pentecostés".

"Llega la hora, y ya está aquí, en que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que hayan oído vivirán" (Jn 5,25). Sí, ha llegado la hora y es ésta. Hoy, aun en medio de las espesas tinieblas que envuelven el mundo, innumerables vidas cristianas, apagadas o tías, vuelven a florecer al contacto con el Espíritu de Cristo. Renacen, vuelven a descubrir la grandeza de su bautismo, se alegran de ponerse al servicio de la Iglesia para evangelizar y, aun en medio de las tribulaciones, entonan un cántico nuevo, de alabanza y de júbilo, a Dios que ha hecho en ellos maravillas de gracia. Acá y acullá, al calor de ese soplo divino, están brotando bellísimas flores de santidad en medio del pueblo de Dios.

En este despertar "pentecostal" tienen un papel decisivo los sacerdotes de la Iglesia, que justo por eso no pueden quedarse al

margen, como simples espectadores, por miedo a lo nuevo. A nosotros, los sacerdotes, recurren con frecuencia los hombres que sienten aquella nostalgia del absolutamente Otro. Somos nosotros los que debemos administrar a los fieles "espíritu y vida". No les defraudemos; no demos palabras cansadas y desvaídas sobre Dios a quien anda buscando al Dios vivo. Que no tenga que decirse también hoy, como en tiempos de Isafas: "Los pobres y los indigentes buscan agua, y no la hay" (Is 41,17).

Aquel día, junto a la cruz de Jesús, estaba con María el discípulo al que Jesús tanto quería, el más joven de los discípulos; él "vio y dio testimonio". También hoy Jesús llama a los jóvenes junto a él al pie de la cruz. Jóvenes de puro corazón, ¡os necesitamos en la Iglesia para el "servicio del Espíritu"! Es hermoso dejarlo todo por Cristo, para ponerse a su servicio en la vida religiosa o sacerdotal. Es hermoso formar una familia humana, pero es aún más hermoso trabajar para reunir a la familia de Dios. Hoy, pues, si oís su llamada, no endurezáis el corazón. ¡Venid! No os dejéis desalentar por nuestra mediocridad; vosotros podéis ser —y lo seréis— mejores sacerdotes que nosotros: ¡los sacerdotes nuevos de una Iglesia nueva!

Y termino con una oración. Señor Jesús, exhala con fuerza tu aliento sobre tu Iglesia, reunida en todo el mundo para celebrar en esta hora tu pasión; pronuncia también sobre nosotros aquella palabra tuya soberana: "¡Recibid el Espíritu Santo!".

LA FE, JUSTICIA DE DIOS

Un hombre, que era también creyente y poeta, contó así, en tercera persona, la historia del mayor acto de fe de toda su vida. Un hombre —dice, y sabemos que ese hombre era él— tenía tres hijos y un día cayeron enfermos. A su mujer le entró tal miedo, que tenía la mirada fija en su interior y el ceño fruncido y ya no hablaba ni una palabra. Pero él era un hombre, y no tenía miedo de hablar. Había comprendido que las cosas no podían seguir así. Y entonces hizo algo muy osado. Hasta él mismo se admiraba un poco de lo que había

hecho, y la verdad es que había sido un acto audaz. Como quien coge a tres niños del suelo y los pone a los tres juntos a la vez, como bromeando, en brazos de su madre o de su nodriza, que se echa a reír o prorrumpe en exclamaciones porque son demasiados y no puede con todos, así él, con la audacia de un hombre, había cogido —con la oración— a sus hijos enfermos y los había puesto tranquilamente en brazos de Aquella que carga con todos los dolores del mundo (había hecho una peregrinación de París a Chartres para poner a sus hijos en brazos de la Virgen). "Mira —le dijo—, te los entrego y me largo y desaparezco para que no me los devuelvas. Ya no los quiero, ¿lo oyes?" ¡Cómo se alegraba de haber tenido valor para hacer eso! Desde aquel día todo marchó bien, naturalmente, pues se encargaba de ellos la Santísima Virgen. Y hasta resulta curioso que no hagan lo mismo todos los cristianos. Es tan sencillo...; nunca pensamos en lo que es sencillo. En fin, que somos tontos, es mejor decirlo de una vez (Cf CH. PÉGuY, *El pórtico de la segunda virtud*, en *Ouvres poétiques compktes*, París, ed. Gailimard, 1975, p. 556ss.)

He comenzado, de manera un poco insólita, con la historia de ese "golpe de audacia", porque en este día la palabra de Dios nos invita a que demos también nosotros un golpe así. Jesús, para explicar por adelantado el sentido de su muerte en cruz, dijo un día: "Lo mismo que Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el Hijo del Hombre, para que todo el que cree en él tenga vida eterna" (Jn 3,14). Así pues, creer es la gran obra que tenemos que realizar el Viernes Santo ante Jesús crucificado. Él ha sido "elevado" en la cruz y allí está, misteriosamente, hasta el fin del mundo (aunque resucitado), para que la humanidad, contemplándolo, crea.

¿Y qué es lo que tenemos que creer? Escribe san Pablo en la carta a los Romanos: "Ahora se ha manifestado la justicia de Dios... Por la fe en Jesucristo viene esa justicia de Dios a todos los que creen, sin distinción alguna. Pues todos pecaron y todos están privados de la gloria de Dios". Todos, sin distinción; la única distinción consiste en que algunos lo saben, otros lo desconocen y otros lo han olvidado. "Y son justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención de Cristo Jesús, a quien constituyó sacrificio de propiciación mediante la fe en su sangre" (Rm 3,21-25).

Eso es lo que tenemos que creer: que en Cristo Dios nos ofrece la posibilidad de ser justificados mediante la fe, es decir de volvemos justos, de ser perdonados, salvados, de ser hechos criaturas nuevas. Este es el significado de "justicia de Dios". Dios se hace justicia, siendo misericordioso.

En esta nueva creación se entra por medio de la fe. "Convertíos y creed", decía Jesús al comienzo de su ministerio (cf Mc 1,15); convertíos, o sea creed, ¡convertíos creyendo! ¡Entrad en el reino que ha aparecido en medio de vosotros! Y eso mismo repiten después de Pascua los apóstoles, refiriéndose al reino que ya ha llegado definitivamente y que es Cristo crucificado y resucitado.

La primera y fundamental conversión es la fe en sí misma. La fe es la puerta por la que se entra en la salvación. Si se nos dijera: la puerta es la inocencia, la puerta es la observancia meticulosa de los mandamientos, es tal o cual virtud, podríamos decir: Eso no es para mí. Yo no soy inocente, no tengo esa virtud. Pero se nos dice: la puerta es la fe. ¡Cree! Esa posibilidad no está demasiado elevada para ti, ni demasiado lejos de ti; no está al otro lado del mar; al contrario, "la palabra está cerca de ti: la tienes en los labios y en el corazón. Es la palabra de la fe que os anunciamos. Porque si tus labios profesan que Jesús es el Señor y tu corazón cree que Dios lo resucitó de entre los muertos, te salvarás" (Rm 10,8-9).

Pero hay muchas clases de fe: la fe-asentimiento, la fe-confianza, la fe-obediencia. ¿De qué se trata aquí? Se trata de una fe muy especial: de la fe-apropiación. De la fe que es capaz de dar un "golpe de audacia". "Yo —es san Bernardo quien habla— todo lo que me falta me lo apropio con confianza en el corazón del Señor, porque está lleno de misericordia. Pues si grande es la misericordia del Señor (cf Sal 119,156), tendré abundancia de méritos. ¿Y qué será de mi justicia? Sólo me acordaré de tu justicia, Señor, pues tu justicia es también la mía, ya que tú eres para mí justicia de parte de Dios" (SAN BERNARDO DE Ci ARAVAL, Homilías sobre el Cantar de los Cantares, 61, 4-5 (PL 183, 1072). En efecto, está escrito que Cristo

Jesús se ha hecho para nosotros "sabiduría, justicia, santificación y redención" (1 Co 1,30).

Todas estas cosas son "para nosotros", es decir son nuestras. La obediencia de Cristo en la cruz es mía, su amor al Padre es mío. Su misma muerte nos pertenece y es nuestro mayor tesoro, un título de perdón que ningún pecado nuestro, por grande que sea, puede anular. Es como si nosotros mismos hubiésemos muerto, destruyendo así en nosotros "el cuerpo del delito". "Si uno murió por todos, todos murieron" (2 Co 5,14).

Verdaderamente, nunca pensamos en lo sencillo. Y esto es lo más sencillo, lo más claro de todo el Nuevo Testamento, ¡pero cuánto camino hay que hacer hasta llegar a descubrirlo! Es ése un descubrimiento que se hace generalmente al final, y no al principio, de la vida espiritual. Y, en definitiva, se trata simplemente de decir "sí" a Dios. Dios había creado al hombre libre, de manera que pudiese aceptar libremente la vida y la gracia y aceptarse a sí mismo como criatura favorecida, agraciada por Dios. Sólo esperaba su "sí". Sin embargo, recibió de él un "no". Y Dios ofrece al hombre una segunda oportunidad, una especie de segunda creación, un volver a empezar. Le presenta a Cristo en la cruz como "expiación" por él y le pregunta: "¿Quieres vivir para él y en él?" Creer significa decirle: "¡Si, quiero!" y ser así una criatura nueva, "creada en Cristo Jesús" (cf Ef 2,10).

Éste es el "golpe de audacia" del que hablábamos, y ciertamente es para extrañarse de que sean tan pocos los que lo dan. Un Padre de la Iglesia —san Cirilo de Jerusalén— explicaba así, con otras palabras, esa idea del golpe de audacia de la fe: "¡Oh inmensa bondad de Dios con los hombres! Los justos del Antiguo Testamento agradaron a Dios durante muchos años en medio de fatigas; pero lo que ellos lograron alcanzar mediante un largo y heroico servicio agradable a Dios, Jesús te lo da a ti en el breve espacio de una hora. Porque si crees que Jesucristo es el Señor y que Dios lo ha resucitado de entre los muertos, te salvarás y te introducirá en el paraíso el mismo que introdujo en él al buen ladrón" (CIRILO DE JERUSALÉN, Catequesis, 5, 10 (PG 33, 517)).

Imagínate —decía otro escritor antiguo- que haya tenido lugar en el estadio un lucha épica. Un hombre intrépido se ha enfrentado al tirano y con gran trabajo y sufrimiento lo ha vencido. Tú no has luchado, no te has cansado ni has quedado herido; pero si admiras al héroe desde el estrado, site alegras de su victoria, si le trenzas coronas, si excitas y animas para él a los espectadores, si te inclinas feliz ante el triunfador y lo besas en la frente, en una palabra, si te entusiasmas con él hasta el punto de considerar como tuya su victoria, entonces tendrás ciertamente parte en el premio del vencedor. Pero aún hay más: suponte que el vencedor no necesite lo más mínimo el premio que ha conquistado, sino que desee más que ninguna otra cosa ver honrado a su admirador y que, como premio a su combate, quiera ver coronado a su amigo: en ese caso, ¿no obtendrá éste la corona, aunque él no se haya cansado ni sudado? Eso es lo que ocurre entre nosotros y Cristo. Aunque aún no nos hayamos cansado ni hayamos luchado (es decir, aunque todavía no tengamos méritos), no obstante, mediante la fe ensalzamos (como lo estamos haciendo en esta liturgia) la lucha de Cristo, admiramos su victoria, veneramos su triunfo y le demostramos, como a un héroe, nuestro ardiente e indecible amor; hacemos nuestras aquellas heridas y aquella muerte (4 Cf N. CABASILAS, Vida en Cristo, 1, 5 (PG 150, 517)).

En el Antiguo Testamento, en el libro de las Crónicas, leemos que, ante la inminencia de una batalla decisiva para la supervivencia del pueblo de Israel, Dios pronunció estas palabras por boca de un profeta: "No tendréis necesidad de combatir; estad quietos y firmes contemplando cómo os salva el Señor" (2 Cro 20,17). Esas palabras encontraron su pleno cumplimiento en la suprema batalla de la historia, en la batalla que trabó Jesús con el príncipe de este mundo.

Gracias a la fe, nosotros recogemos donde no sembramos; no hemos sostenido la batalla, pero recogemos el premio. Esta increíble oportunidad Dios se la ofrece al hombre en Cristo. Y constituye el único verdadero "negocio" de nuestra vida, porque dura para siempre y nos hace "rico ~ para toda la eternidad. ¿No es acaso esto un increíble golpe de fortuna?

* * *

Dice san Pablo: "Ahora se ha manifestado la justicia de Dios". Ese ahora significa, en primer lugar, la hora histórica en que Cristo murió en la cruz; luego significa la hora sacramental de nuestro bautismo, cuando fuimos "lavados, consagrados y perdonados" (cf 1 Co 6,11); y finalmente significa la hora presente, el hoy de nuestra vida. Esta hora que estamos viviendo. Hay, pues, algo que debe hacerse ahora, sin tardanza; algo que yo —y no otro en mi lugar— tengo que hacer y sin lo cual todo se queda como suspendido en el vacío. La justificación por la fe es, sí, el comienzo de la vida sobrenatural, pero no un comienzo que quede pronto superado por otras acciones u otros deberes, sino un comienzo siempre actual, que hay que hacer o que renovar de continuo, como todo comienzo del que nace una vida. Dios es siempre el primero que ama y el primero que justifica, y de manera gratuita; por eso el hombre debe siempre dejarse justificar gratuitamente por medio de la fe. "Para todo hombre —leemos en una antigua homilía atribuida a san Juan Crisóstomo—, el comienzo de la vida es aquel en que Cristo se inmola por él. Pero Cristo se inmola por él en el momento en que él reconoce esa gracia y toma conciencia de la vida que le otorga esa inmolación"⁵.(Antigua homilía atribuida a san Juan Crisóstomo).

Así pues, en este mismo momento Cristo se está inmolando por nosotros; todo se vuelve real, actual y operante para nosotros si tomamos conciencia de lo que Cristo ha hecho por nosotros, si lo ratificamos con nuestra libertad, si saltamos de alegría y damos gracias por lo que ha tenido lugar en la cruz. Yo puedo volverme a casa esta tarde con el botín más precioso que puede existir; puedo dar un golpe de mano de tal envergadura, que pueda felicitarme por él a mí mismo por toda la eternidad. Puedo volver a poner mis pecados en los brazos de Cristo crucificado, como hizo aquel hombre que puso a sus tres hijos enfermos en brazos de la Santísima Virgen y luego se fue, sin volver la cabeza, por miedo a tener que volverlos a coger. Puedo, por tanto, presentarme lleno de confianza al Padre celestial y decirle: "Ahora mírame, mírame, Padre, porque ahora yo soy tu hijo Jesús. Su justicia ha caído sobre mí, él me ha vestido un traje de salvación y ha envuelto en un manto de justicia" (cf Is 61,10). Cristo ha cargado con mi iniquidad y yo he cargado con su santidad. Me he

"revestido" de Cristo (Ga 3,27). "Goce el Señor con sus obras" "Laetetur Dominus in operibus suis" (Sal 104,31). En el día sexto de la nueva semana creadora, el de la muerte de Cristo, Dios mira de nuevo su creación y vuelve a ver que es "muy buena".

¿Dónde queda el orgullo? Queda excluido (Rm 3,27). Ya no hay lugar para aquella terrible carcoma que echó a perder la primera creación. ¡Todo es gracia! "Nadie puede salvarse ni dar a Dios un rescate" (Sal 49,8). Es Dios quien nos ha rescatado con la sangre de Cristo. Queda, pues, excluido el orgullo. Y sin embargo, sí que hay algo de lo que el hombre puede gloriarse: puede gloriarse "de la cruz de nuestro Señor Jesucristo"; "el que se gloríe, que se gloríe en el Señor" (1 Co 1,31). ¡Poder gloriamos de Dios! ¿Qué mayor orgullo que éste puede haber en el cielo y en la tierra? ¿Quién podrá seguir siendo tan tonto que quiera cambiar este motivo de orgullo por la propia justicia? Nosotros, Señor, nos gloriaremos de ti. ¡Por toda la eternidad!

HA VENCIDO EL LEÓN DE LA TRIBU DE JUDÁ

Los cristianos tenemos un comentario auténtico al relato de la Pasión que acabamos de escuchar, un comentario que salió de la pluma del propio evangelista Juan, o, en cualquier caso, de la pluma de uno de sus discípulos más cercanos, que vivió a su lado y se alimentó de su pensamiento. Se trata del capítulo quinto del Apocalipsis. Ambos textos se refieren al mismo acontecimiento del Calvario, que el cuarto evangelio narra de manera histórica y el Apocalipsis interpreta y celebra de manera profética y litúrgica.

En el capítulo quinto del Apocalipsis, el acontecimiento pascual aparece presentado en el marco de una liturgia celestial, pero inspirándose en el culto real y terrestre de la comunidad cristiana de aquel tiempo. Al leerlo, todos podían percibir en él los rasgos de lo que celebraban en sus asambleas litúrgicas. La liturgia pascual en que se inspira san Juan, tanto para el evangelio como para el Apocalipsis, es la cuartodecimana, que celebra la Pascua el mismo día en que la

celebraban los judíos, el 14 de Nisán, o sea en el aniversario de la muerte de Cristo, en vez de en el aniversario de la resurrección. Para entendemos, la liturgia que pone como centro de todo el Viernes de paraseve y que contempla incluso la resurrección a partir de él. Sabemos por la historia que las siete iglesias de Asia Menor a las que va dirigido el libro del Apocalipsis seguían todas ellas la praxis cuartodecimana. De una de ellas, de Esmirna, fue obispo un discípulo de Juan, san Policarpo, que hacia la mitad del siglo II viajó a Roma precisamente para discutir con el papa Aniceto la cuestión de la diferencia en la fecha de Pascua. De otra, de Sardes, fue obispo el famoso cuartodecimano Melitón.

El capítulo quinto del Apocalipsis es, pues, el mejor comentario a lo que estamos celebrando. Se refiere al mismo momento histórico y litúrgico que nosotros estamos reviviendo. Y contiene palabras de Dios, palabras inspiradas, dirigidas a nosotros aquí y ahora. Escuchémoslas.

"Y en la mano derecha —dice— del que estaba sentado en el trono vi un rollo escrito por dentro y por fuera y sellado con siete sellos" (Ap 5,1). Este libro escrito por dentro y por fuera indica la historia de la salvación, y en concreto las Escrituras del Antiguo Testamento que la contienen. Está escrito por fuera y por dentro —explicaban los Padres de la Iglesia— para decir que se puede leer según la letra y según el Espíritu, es decir en su sentido literal, que es particular y provisorio, o en su sentido espiritual, que es universal y definitivo. Pero para poderlo leer también "por dentro", hay que romper el sello del rollo, que ahora está sellado con siete sellos. La Sagrada Escritura, antes de Cristo, se parece a la partitura de una inmensa sinfonía que yace sobre el papel y cuyo potente sonido no puede escucharse hasta que no se le ponga, en el encabezamiento, la indicación de la clave musical en que hay que leerla. El ministro de la reina Candaces que volvía de Jerusalén leyendo el capítulo 53 de Isaías se dirigió a Felipe preguntándole: "¿De quién dice esto el profeta?, ¿de él mismo o de otro?" (Hch 8,34). (Estaba leyendo el pasaje en que se dice: "Como cordero llevado al matadero, como oveja ante el esquilador, enmudecía y no abría la boca..."). Le faltaba la clave para leerlo.

La visión de Juan prosigue: "Y vi a un ángel poderoso, que gritaba a grandes voces: ¿Quién es digno de abrir el rollo y soltar sus sellos? Y nadie, ni en el cielo ni en la tierra ni debajo de la tierra, podía abrir el rollo y ver su contenido. Yo lloraba mucho..." Juan -como es propio de la índole misma de la liturgia— nos traslada en espíritu al momento histórico en que ocurren las cosas o en que están a punto de ocurrir. El llanto del profeta evoca el llanto de los discípulos en la muerte de Jesús ("Nosotros esperábamos que él fuera..."), el llanto de la Magdalena junto al sepulcro vacío, el llanto de todos los que "esperaban la redención de Israel".

"Pero uno de los ancianos —prosigue la visión— me dijo: No llores más. Sábetete que ha vencido el león de la tribu de Judá, el vástago de David, y que puede abrir el rollo y sus siete sellos". ¡Enikesen! ¡Vicit! ¡Ha vencido! Este es el grito que el vidente está encargado de hacer resonar en la Iglesia y la Iglesia en el mundo a través de todos los siglos: ¡Ha vencido el león de la tribu de Judá! (el "león de la tribu de Judá" es el Mesías, así llamado por las palabras que pronunció Jacob, en el libro del Génesis, al bendecir a su hijo Judá). El acontecimiento que se esperaba desde siempre, y que lo explica todo, ha tenido lugar. Ya no habrá marcha atrás. Con un ingente esfuerzo, la historia ha desplazado su centro de gravedad de atrás hacia adelante y ha alcanzado su punto culminante.

Se ha instaurado la plenitud de los tiempos. "Está cumplido —Consummatum est", gritó Jesús antes de expirar (Jn 19,30).

Aquel simple verbo en pasado —enikesen: ha vencido— encierra en sí el principio que da fuerza y consistencia a la historia, el que confiere a un hecho acaecido en un punto del tiempo y del espacio un valor eterno y universal: "Es imposible que no haya ocurrido lo que ha ocurrido: Impossibile est factum non esse quod factum est". Nadie conoce mejor que "el príncipe de este mundo" la fuerza tremenda de este principio que representa, para la historia, lo que representa para la metafísica el principio de la no-contradicción. Ya nunca se podrá retroceder a lo que había antes. Nada ni nadie en el mundo, por más que se esfuerce, podrá conseguir que no haya sucedido lo que ha sucedido, es decir que Jesucristo no haya muerto y resucitado, que los hombres no estén redimidos, la Iglesia fundada, los sacramentos

instituidos, el reino de Dios instaurado. "Esta es la página que, al volverla, todo lo ilumina, como aquella gran hoja ilustrada del Misal, al comienzo del Canon. Ahí está, resplandeciente y pintada en rojo, la gran página que divide los dos Testamentos. Se abren a una todas las puertas, se disipan todas las oposiciones, se resuelven todas las contradicciones"(P. CLAUDEL, *Le poète et la Bible*, París, Gallimard, 1998, p. 729).

. También nosotros hemos escuchado, en esta liturgia, la lectura de Isaías 53 sobre el cordero llevado al matadero, pero no necesitamos preguntarnos, como tuvo que hacerlo el ministro de la reina Candaces, de quién habla el profeta. Nosotros ya sabemos de quién habla, porque el libro ha sido abierto.

¿Cómo y cuándo sucedió todo eso? La visión continúa: "Entonces vi delante del trono, rodeado por los seres vivientes y los ancianos, a un Cordero en pie; se notaba que lo habían degollado". Un Cordero degollado, es decir muerto, y que sin embargo está de pie, es decir ¡resucitado! Cristo, con su muerte y su resurrección, ha realizado, pues, todo eso. Ha explicado las Escrituras cumpliéndolas; o sea, no con palabras, sino con hechos. Juan está pensando abiertamente en la escena del Calvario, cuando Jesús, con su muerte victoriosa, "cumplió las Escrituras". "Yo vencí -dice el propio Resucitado en el Apocalipsis— y me senté en el trono de mi Padre" (Ap 3,21).

Un poeta se ha imaginado ese relato como si lo hubiera hecho el centurión que estaba presente aquel día en el Calvario:

"Nunca hubo una muerte como ésta, y yo ya he perdido la cuenta...

Su lucha no era con la muerte.

La muerte era su esclava, no su dueña. No era un hombre derrotado...

En la cruz, su lucha era contra algo mucho más serio
que las lenguas amargas de los fariseos. No, la suya era otra
lucha...

Al final lanzó un fuerte grito de victoria. Todos se preguntaban qué era aquello, pero yo sé algo de combates y de combatientes. Sé reconocer entre mil

un grito de victoria" (Cf E TOPPING, An Impossible God).

La victoria fue precisamente aquella muerte aceptada en total obediencia al Padre y en amor a los hombres. Para el evangelista Juan, la resurrección lo único que ha hecho ha sido sacar a la luz la victoria escondida que tuvo lugar en la cruz. Jesús es "vencedor porque es víctima": "victoria quia victima" (SAN AGUSTIN, Confesiones, X, 43).

. Lo mismo que en el altar, después de la consagración, aparentemente nada ha cambiado en el pan y en el vino, mientras que nosotros sabemos que son ya otra cosa respecto a lo que eran antes, así, con la Pascua, aparentemente nada ha cambiado en el mundo, cuando en realidad todo ha cambiado y el mundo se ha convertido en una "nueva creación".

* * *

Pero ¿por qué siente Juan la necesidad de recordar estas cosas a la Iglesia de su tiempo? Nos hacemos esta pregunta porque aquí, creo yo, está encerrado el mensaje que tiene para nosotros esta página del Nuevo Testamento. Aquí se nos desvela el sentido y la finalidad de la liturgia que estamos celebrando.

Un día Juan el Bautista envió a dos de sus discípulos a Jesús para que le preguntaran: "¿Eres tú el que ha de venir o tenemos que esperar a otro?" (Mt 11,3). Por lo visto, el Precursor compartía en cierta medida con sus contemporáneos la espera de un Mesías glorioso y triunfante, y se había quedado decepcionado por la forma de obrar de Jesús, tan afable y sencillo, tan poco apasionado respecto a como él se lo había imaginado. En otras palabras, por lo visto también él tuvo su prueba de fe, su "escándalo" acerca de Jesús, como lo tuvieron, por la misma razón, Pedro y los demás apóstoles. Sabemos cuál fue la respuesta que Jesús hizo llegar al Bautista:

"¡Dichoso el que no se escandalice de mí!" (Mt 11,6). Algo semejante se repitió hacia finales de la era apostólica, esta vez en el seno de la comunidad cristiana. La segunda carta de Pedro nos habla de una pregunta que se andaba deslizando acá y allá entre los cristianos: "¿En qué se ha quedado la promesa de su venida? Nuestros padres murieron, y desde entonces todo sigue como desde que empezó el mundo" (1 P 3,4).

El Apocalipsis está escrito para una Iglesia que vive en esa situación y que debe afrontar esa terrible duda. ¿Es verdad que el que tenía que venir ha venido? ¿O no es verdad más bien todo lo contrario, o sea que todo sigue igual? A los discípulos de Cristo se les persigue, se les señala con el dedo, se les excluye de las ventajas que ofrece la sociedad. A la bestia "le permitieron guerrear contra los santos y vencerlos" (Ap 13,7). Y en ese suelo brota la división interna, la herejía, que tiende a desplazar el centro de atención desde la vida real y concreta hacia las especulaciones (la gnosis), con lo que se priva a la vida cristiana de su exigencia de radicalidad y se le permite pactar con las costumbres de los paganos.

A esta Iglesia tentada de desaliento y de "tibieza" y que necesita volver a encontrar su "fervor primero" para afrontar, si fuese necesario, incluso el martirio, precisamente a esta Iglesia le hace llegar el vidente, cual toque de trompeta, aquel potente grito pascual: "Enikesen" ¡ Ha vencido!" Juan quiere transformar a todos los cristianos en "videntes" como él: en personas que tienen ojos para ver en qué se ha convertido el mundo por la muerte de Cristo.

En la gama de colores hay una zona, situada por debajo del rojo, que no la percibe el ojo humano. Con sus rayos, llamados rayos infrarrojos, pueden percibirse aspectos de las cosas y de nuestro planeta que sin ellos no conoceríamos. La imagen que se obtiene con ellos es completamente distinta a la de la experiencia ordinaria. Pues una cosa así sucede también en el ámbito del espíritu. Hay un aspecto de la realidad -el que no pasa cuando pasa la apariencia de este mundo— que no se ve a simple vista, sino únicamente a la luz de la revelación divina. El hombre natural, por más erudito y sabio que sea, no puede ni siquiera sospechar su existencia. Es la imagen pascual del mundo que resulta de la muerte y resurrección de Cristo; es el mundo,

visto como lo ve el mismo Dios. Una imagen que no nos hace ver tan sólo un aspecto más de la realidad, sino que nos hace verlo todo

—incluso las cosas de la tierra— bajo una luz nueva. Juan ha recibido esta imagen, está totalmente empapado de ella, y ahora la transmite a la Iglesia con toda su fuerza profética. "Quien tenga oídos —no se cansa de repetir—, oiga lo que dice el Espíritu a las iglesias" (Ap 2,7ss).

La pregunta y la tentación que por un momento vinieron a la mente del Precursor ("¿Eres tú el que ha de venir...?") y las que acecharon a los cristianos de la segunda generación ("¿En qué se ha quedado la promesa de su venida?") están presentes y operantes más que nunca también en nuestros días. Todo parece seguir igual desde la creación del mundo. También hoy a la bestia "se le permite guerrear contra los santos y vencerlos". Los creyentes y, de forma distinta, todos los rectos de corazón y los hombres de buena voluntad, son con frecuencia perdedores en todos los frentes. En esta situación se deja adivinar el antiguo enemigo, que busca debilitar la resistencia precisamente de las almas más amantes de la verdad y de la justicia y más sensibles al dolor y al mal que hay en el mundo. Y mientras la Iglesia, el día de Viernes Santo, proclama ante el mundo que éste es el día de la gran redención, él les grita a esas almas, martirizándolas: "¡Éste es el día de la gran mentira, éste es el día de la gran mentira! Mirad a vuestro alrededor: ¿acaso se ha redimido algo en el mundo?"

También hoy el acusador cae precipitado "como un rayo" cada vez que hacemos nuestras, por la fe, las palabras del profeta y repetimos: "Vicit leo de tribu Iuda: ¡Ha vencido el león de la tribu de Judá" y ha abierto el libro. Todo está redimido, porque también el pecado y hasta la misma muerte han sido redimidos. Y cuanto más inmerso esté en la prueba el que repite esas palabras, cuanto más derrotado y más débil se encuentre, más puro se alzarán su grito y con mayor fuerza hará que tiemble en sus cimientos el poder de las tinieblas, porque entonces su fe se está purificando como la plata en el crisol y sobre todo porque entonces se asemeja más de cerca al Cordero, que resultó vencedor al aceptar ser víctima. Ante el sepulcro de su hermano muerto, Jesús le

dijo a Marta: "Te aseguro que, si crees, verás la gloria de Dios" (cf Jn 11,40). Y eso mismo nos repite a cada uno de nosotros cuando humanamente nos parece que nos encontramos en un callejón sin salida: "Te aseguro que, si crees, verás la gloria de Dios".

Aquí en la tierra, no sólo tenemos fe en la victoria, sino que tenemos ya también victoria en la fe. En la fe, somos ya vencedores, experimentamos ya algo de la vida eterna. El que cree está sentado ya "junto a Jesús en su trono" y "saborea el maná escondido" (cf Ap 3,21; 2,17). Juan nos lo recuerda con fuerza: "Y ésta es la victoria que vence al mundo: nuestra fe" (1 Jn 5,4).

Hubo un tiempo en que era más fácil proclamar esta victoria del Crucificado. "La cruz, que antes era un signo de ignominia, ahora brilla en la corona de los reyes", exclamaban algunos Padres de la Iglesia una vez terminada la era de las persecuciones (SAN AGUSTÍN, Exposición sobre los Salmos, 75, 10).

. ¿Acaso no oyó el propio Constantino, en su célebre visión de la cruz, cómo se le prometía: "Con esta señal vencerás: In hoc signo vinces"? Pero ahora ya no es así, y precisamente en los países de antigua tradición cristiana. Al Crucificado se lo va echando de todas partes. Pon eso, ahora más que nunca es la hora de proclamar que ha vencido el león de la tribu de Judá, como cuando le fue dirigida a Juan esa palabra mientras estaba "desterrado en la isla de Patmos por haber predicado la palabra de Dios y haber dado testimonio de Jesús" (cf Ap 1,9). "Dichoso el que no se escandalice de mí", sigue diciendo hoy Jesús.

Cuando nos sentimos abrumados por situaciones que superan nuestras fuerzas, o cuando los designios de Dios sobre nuestra vida, sobre nuestros seres queridos o sobre la Iglesia en su conjunto nos parecen un libro sellado con siete sellos y tenemos que cumplir esos designios sin entenderlos, o cuando vemos que hoy también el pobre se hunde sin que a nadie le importe un bledo, entonces es la hora de ponernos de rodillas y gritar con toda nuestra fe: "¡Ha vencido el león de la tribu de Judá y abrirá el libro y sus siete sellos!" En él se les ha dado a todos los vencidos y a las víctimas del mundo una esperanza de que también ellos saldrán vencedores.

* * *

Está escrito que, en cuanto el Cordero tomó el libro de manos del que se sentaba en el trono, se oyó un coro que resonaba con voz potente de un extremo al otro del cielo y de la tierra y que decía: "Eres digno de tomar el libro y de abrir sus sellos, porque fuiste degollado... ¡Eres digno, enes digno!", y está escrito también que al final todos "se postraron rindiéndole homenaje". Eso es lo que, dentro de unos momentos, haremos también nosotros cuando nos postremos para adorar al Crucificado, prolongando aquí en la tierra la liturgia divina del cielo. "Yo lloraba mucho", decía de sí mismo el profeta al comienzo de la visión, y también la Iglesia llora hoy. Lloro por la muerte de su Esposo en la cruz, llora inmersa en las tribulaciones del mundo, llora por la defección y la dureza de corazón de muchos de sus hijos, llora por sus propias infidelidades. Y a esta Iglesia, de corazón contrito y humillado, reunida en torno al Cordero para seguir a su Pastor, a esta Iglesia se dirigen hoy aquellas palabras rebosantes de júbilo y de esperanza. "¡No llores más! Enikesen, que ha vencido el león de la tribu de Judá, el Vástago de David. ¡Ha vencido!".

TRITURADO POR NUESTROS CRÍMENES

“Los que hemos sido bautizados en Cristo -escribe el apóstol Pablo—, fuimos incorporados a su muerte” (Rm 6,3). El ser sumergidos en el agua, al ser bautizados, era, pues, un signo externo y visible de otro “baño” y de otra “sepultura”: en la muerte de Cristo. Pero es necesario que lo que al principio ocurrió de manera ritual y simbólica se haga luego realidad, por medio de la fe, a lo largo de la vida, para que no se quede en mero símbolo. Tenemos que realizar un baño salutífero en la pasión de Cristo, sumergirnos espiritualmente en

ella, sentir en nuestra carne todo su frío y su amargura, para salir de allí renovados y con nuevas fuerzas.

Dice el Evangelio que en Jerusalén había una piscina milagrosa y que el primero que se metía en ella cuando se removían las aguas quedaba curado. Nosotros tenemos que meternos en esa piscina, o, mejor dicho, en ese océano que es la pasión de Cristo. Pues eso es el sufrimiento del hombre-Dios: un océano inmenso, sin orillas y sin fondo.

Hay una pasión del alma de Cristo que es el alma de la pasión, es decir lo que le confiere su valor único y trascendente. Otras personas han padecido los sufrimientos corporales que padeció Jesús, y tal vez incluso mayores. Lo que es cierto, en cualquier caso, es que, desde el

punto de vista físico, los sufrimientos que han padecido todos los hombres a lo largo de todos los siglos, forman, juntos, una masa más grande que los de Jesús considerados en sí mismos, mientras que todos los dolores y las angustias de los hombres, juntos, no se acercarán nunca, ni de lejos, a la pasión del alma del Redentor.

Esa pasión del alma se encierra toda ella en las siguientes palabras del Apóstol: “Al que no conoció el pecado, Dios lo trató por nosotros como al propio pecado, para que, por medio de él, nosotros sintamos la fuerza salvadora de Dios” (2 Co 5,21). ¡El mismo Hijo de Dios, el Inocente, el Santo convertido en “pecado”, el pecado personificado!

En Getsemaní, Jesús ora diciendo: “¡Que pase de mí este cáliz!” (Mt 26,39). En la Biblia, la imagen del cáliz evoca casi siempre la idea de la ira de Dios contra el pecado (cf Ap 14,10). La “copa del vértigo” la llama Isaías (Is 51,22). “Desde el cielo se revela la ira de Dios contra toda clase de impiedad” (Rm 1,18). Es éste una especie de principio universal. Donde hay pecado, no puede por menos de aparecer el juicio de Dios, su tremendo “¡no!”; de lo contrario, el

mismo Dios entraría en componendas con el pecado, se vendría abajo la distinción entre el bien y el mal y el universo entero se derrumbaría sobre sí mismo. La ira de Dios no es como la de los hombres; es otro nombre para indicar la santidad de Dios.

Pues bien, Jesús, en su pasión, es la iniquidad, toda la iniquidad del mundo. Por lo tanto, sobre él se vuelca la ira de Dios. Dios “condenó el pecado en la carne de Cristo” (Rm 8,3).

La correcta comprensión de la pasión de Cristo se ha visto obstaculizada por una visión demasiado jurídica de las cosas, que lleva a pensar que en un lado están los hombres con sus pecados y en otro lado Jesús que sufre y expía la pena merecida por esos pecados, pero quedándose él a distancia; mientras que la relación entre el pecado y Jesús no es una relación indirecta y únicamente jurídica, sino cercana y real. En otras palabras, los pecados estaban sobre él, los llevaba misteriosamente encima, porque había cargado libremente con ellos. “Nuestros pecados -dice la Escritura— él los llevó en su cuerpo” (1 P 2,24). En cierto modo, él se sentía como el pecado del mundo, y ésta es la pasión del alma.

Tenemos que dar de una vez por todas un nombre y un rostro a esa realidad del pecado, para que no siga siendo para nosotros una idea abstracta o una cosa de poca importancia, como lo es para el mundo. Jesús cargó con todo el orgullo del hombre, con todas las rebeliones abiertas o sordas contra Dios, con toda la lujuria (que es y seguirá siendo pecado, aun cuando todos los hombres se pusieran de acuerdo para defender lo contrario), con toda la hipocresía, toda la violencia y la injusticia, toda la explotación de los pobres y de los débiles, toda la mentira, todo el odio, que es algo tan terrible.

En la pasión de Cristo encuentran su pleno cumplimiento las palabras de Isaías que escuchábamos en la primera lectura: “Él fue triturado por nuestros crímenes; sobre él descargó el castigo que nos sana” (Is 53,5). El es el justo sufriente que ora en los salmos y que dice al Padre: “Tu cólera pesa sobre mí, me echas encima todas tus olas... Pasó sobre mí tu incendio, tus espantos me han consumido” (Sal 88).

¿Que ocurriría si todo el universo físico, con sus miles de millones de galaxias, se apoyase en un solo punto, como una inmensa pirámide invertida? ¿Qué presión no tendría que soportar ese punto? Pues bien, todo el universo de la culpa, que no es menos inmenso que el universo físico, pesaba, en la pasión, sobre el alma del Hombre-Dios. Dice la Escritura que el Señor cargó sobre él todos nuestros crímenes (cf Is 53,6); él es el Cordero de Dios que carga con el pecado del mundo (cf Jn 1,29). La verdadera cruz que Jesús cargó sobre sus hombros, que llevó hasta el Calvario y en la que finalmente lo clavaron, ¡fue el pecado!

Y como Jesús lleva sobre sí el pecado, Dios está lejos. La atracción infinita que existe entre el Padre y el Hijo está atravesada por una repulsión igualmente infinita. Cuando en verano, en los Alpes, una masa de aire frío que baja del norte choca con una masa de aire caliente que sube del sur, se desencadenan terribles tormentas que trastornan la atmósfera: nubarrones y silbido del viento, relámpagos que rasgan de parte a parte el firmamento, truenos que hacen estremecerse a las montañas. Algo así ocurrió en el alma del Redentor: la inmensa malicia del pecado chocó en ella con la inmensa santidad de Dios, trastornándola hasta producirle un sudor de sangre y arrancarle de los labios aquella queja: “Me muero de tristeza. Quedaos aquí velando” (Mc 14,34).

En un pasaje de la carta a los Romanos, san Pablo, hablando de los judíos, dice que siente por ellos tanto dolor, porque han rechazado el

Evangelio, que estaría dispuesto a ser él mismo “anatema” y , verse separado de Cristo por el bien de ellos (cf Rm 9,3). Lo que el Apóstol percibía como la suprema privación, aunque sin padecerla de hecho, Jesús la vivió realmente en la cruz, y hasta el fondo; él se convirtió en “anatema”, se vio separado de Dios por el bien de sus hermanos. “Cristo —dice la Escritura— nos rescató de la maldición de la Ley, haciéndose por nosotros un maldito, porque dice la Escritura: ‘Maldito todo el que cuelga de un árbol’” (Ga 3,13). “Maldición — katara” es casi lo mismo que “anatema indica separación de Dios y de los hombres, algo así como una excomunión.

La experiencia del silencio de Dios, que el hombre de hoy siente tan agudamente, puede también ayudarnos a entender algo de la pasión de Cristo, siempre que tengamos en cuenta que el silencio de Dios no es lo mismo para el hombre bíblico que para el hombre de hoy. El silencio de Dios se mide por la intensidad con que se invoca su nombre. Para el que no cree o para el que, aunque crea, sólo se dirige a él tíbiamente, ese silencio no significa nada. Cuanto mayor sea la confianza que se tiene en él y más ardiente sea la súplica, tanto más doloroso resulta el que Dios se calle. De ello podemos intuir lo que habrá sido para Jesús el silencio del Padre en la cruz y qué abismo se esconde tras aquel grito: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” (Mt 27,46). También María al pie de la cruz supo lo que era el silencio de Dios. Nadie mejor que ella podría hacer suya la exclamación que le brotó de los labios a un Padre de la Iglesia, al recordar un momento de feroz persecución de los cristianos bajo el emperador Juliano, cuando hubo iglesias profanadas y virgenes violadas: “¡Qué duro fue, Dios mío, soportar aquel día tu silencio!”

En la cruz, Jesús experimentó hasta el fondo la consecuencia fundamental del pecado: la pérdida de Dios. Se convirtió en un sin-Dios, ¡en un ateo! La palabra “ateo” puede tener un significado activo o uno pasivo; puede designar a alguien que rechaza a Dios, pero también a alguien que es rechazado por Dios. Y esa palabra terrible se aplica a Cristo crucificado en ese segundo sentido. El suyo no fue

ciertamente un ateísmo de culpa, sino de pena, para expiar todo el ateísmo culpable que existe en el mundo y en cada uno de nosotros, bajo la forma de resistencia a Dios, de egoísmo y de despreocupación por Dios. Es evidente que nunca estuvo el Padre del cielo tan cerca de su Hijo como en aquel momento en que estaba realizando su obediencia suprema; pero, en cuanto hombre, ha habido un momento en el que Jesús no percibió esa cercanía y se “sintió~~ abandonado.

,~‘ * *

Todo eso era necesario “para que quedase destruida nuestra condición de pecadores” (Rm 6,6) y para que, a cambio de la maldición, recibiésemos “por la fe el Espíritu prometido” (Ga 3,14). Los Padres de la Iglesia han aplicado a Cristo crucificado la figura bíblica de las aguas amargas de Mara, que se convirtieron en aguas dulces al contacto con la planta que echó Moisés en ellas (cf Ex 15,23s). En el madero de la cruz, Jesús bebió las aguas amargas del pecado y las convirtió en el agua “dulce” de su Espíritu, de lo cual es símbolo el agua que salió de su costado. Transformó el inmenso “no” de los hombres a Dios en un “sí”, en un amén, todavía más inmenso, de manera que ahora “por él podemos responder amén a Dios, para gloria suya” (2 Co 1,20).

Éste es “el gran misterio de nuestra religión” (cf 1 Tm 3,16). Y consiste en el hecho de que, incluso en una situación tan extrema, Jesús mantuvo su confianza en Dios y su amorosa sumisión al Padre; en sus labios nunca se apagó el grito filial: “¡Abba, Padre!” y murió diciendo “Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu” (Le 23,46).

Al llevar a cabo este misterio de nuestra religión, Jesús tuvo junto a sí a su Madre, a la que dirigimos ahora, emocionados, nuestro pensamiento. “Ella -dice un texto del Vaticano II— sufrió

profundamente con su Hijo unigénito y se asoció con corazón maternal a su sacrificio, consintiendo con amor en la inmolación de la víctima que ella misma había engendrado”, convirtiéndose así para nosotros en “madre en el orden de la gracia (Lumen Gentium, nn. 58. 61).

En el Nuevo Testamento, el kerigma, o anuncio de la pasión, consta siempre de dos elementos: de un hecho —“padeció”, “murió” — y de la motivación de ese hecho —“por nosotros”, “por nuestros pecados” (cf Rm 4,25; 1 Co 15,3). La pasión de Cristo nos resulta inevitablemente ajena a nosotros mientras no penetremos en ella a través de esa puertecita estrecha del “por nosotros”, porque sólo conoce de verdad la pasión de Cristo quien acepta que es obra suya. Sin esto, todo lo demás puede quedarse en palabras hueras.

En Getsemaní, pues, estaba también mi pecado personal, que pesaba sobre el corazón de Jesús; en la cruz estaba también mi egoísmo y el abuso que yo hago de mi libertad, que lo tenían clavado a ella. Si Cristo murió por mis pecados”, eso quiere decir que —poniendo simplemente la frase en voz activa— que yo he crucificado a Jesús de Nazaret. Las tres mil personas a las que Pedro se dirigió el día de Pentecostés no habían estado todas ellas ante el Pretorio de Pilato ni clavando los clavos en el Calvario, y sin embargo Pedro les dice con gran convicción: “¡Vosotros crucificasteis a Jesús de Nazaret!” Y ellas, movidas por el Espíritu Santo, reconocieron que era verdad, pues está escrito que “esas palabras les traspasaron el corazón, y preguntaron a Pedro y a los demás apóstoles: ‘¿Qué tenemos que hacer, hermanos?’” (cf Hch 2,23-27).

¿Estabas tú allí, estabas tú allí, cuando crucificaron al Señor? — Were you there, were you there, when they crucified my Lord”, canta

un negro espiritual lleno de fe. Y continúa: “A veces ese pensamiento me hace temblar, temblar, temblar”. Cada vez que lo escucho, me veo obligado a responder en mi interior: “¡Sí, ay de mí, también estaba yo, también estaba yo cuando crucificaron al Señor!”

Es preciso que en la vida de todo hombre ocurra alguna vez un terremoto y que en su corazón se produzca algo de lo que ocurrió en la naturaleza al morir Cristo, cuando el velo del templo se rasgó en dos de arriba abajo, las rocas se rajaron y los sepulcros se abrieron. Es necesario que el santo temor de Dios rompa de una vez por todas nuestro corazón tan seguro de sí mismo, a pesar de todo. El apóstol Pedro vivió una experiencia de esa índole, y si pudo gritar aquellas tremendas palabras a la multitud fue porque primero se las había gritado a sí mismo y, al mirarlo Jesús, había “llorado amargamente” (Lc 22,61).

Hace unos momentos escuchábamos las palabras del evangelio de san Juan: “Mirarán al que atravesaron” (Jn 19,37). Ojalá que esa profecía se realice también en nosotros; miremos al que hemos atravesado, mirémoslo de un modo nuevo; lloremoslo como se llora a un primogénito (cf Za 12,10). Si el mundo no se convierte al oírnos hablar a los hombres de Iglesia, ¿que se convierta viéndonos llorar!

Es hora de que se haga realidad en la vida de todos y cada uno de nosotros aquel “estar bautizados en su muerte”, de que algo del hombre viejo se nos caiga de encima, se desprenda de nosotros y quede sepultado para siempre en la pasión de Cristo. Basta ya de pasarnos el tiempo justificándonos a nosotros mismos y culpando a los demás. Basta ya de pasarnos la vida en inútiles polémicas entre nosotros, los creyentes, y nosotros, los católicos. Cristo murió “para reunir a los hijos de Dios dispersos” (Jn 11,52), ¿y nosotros seguimos dividiéndonos y dispersándonos por cosas secundarias? ¿Cómo podemos seguir perdiéndonos por nuestras pequeñas divergencias, ante un Dios que muere por amor a nosotros y ante un mundo que aún,

en gran parte, no lo conoce? “Cessent jurgia maligna, cessent lites: “Que se acaben las contiendas, que cesen las disputas, y que entre nosotros esté Cristo nuestro Dios”, dice un antiguo canto gregoriano. Gran parte de los males y de las desgracias que afligen a las familias, a las comunidades, a la misma sociedad y a la Iglesia dependen del hecho de que cada uno juzga y señala con el dedo a los demás, en vez de juzgarse y de señalarse con el dedo en primer lugar a sí mismo y a su propio pecado; todos quieren cambiar a los demás y son muy pocos los que piensan seriamente en cambiarse a sí mismos. Y si decidiésemos hacer esa revolución en nuestro interior, esta misma noche el mundo sería mejor y reinaría la paz en nuestros corazones. Y si es necesario defender la paz y la justicia contra alguien, después lo haremos mejor, con mayor libertad y caridad.

Sólo después de haber pasado por esta especie de nuevo bautismo en la muerte de Cristo, veremos cómo la cruz cambia totalmente de aspecto y, de cargo de acusación contra nosotros y motivo de miedo y de tristeza, se convierte en causa de alegría y de confianza. “Ya no pesa condena alguna sobre los que están unidos a Cristo Jesús” (Rm 8,1); la condena ha agotado su curso y ha dado paso a la benevolencia y el perdón. Es más, la cruz aparece como nuestro orgullo y nuestra gloria: “Lo que es a mí, Dios me libre de gloriarme si no es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo” (Ga 6,14). La palabra “gloriarme” denota aquí una confianza gozosa, acompañada de una gratitud emocionada, a la que el hombre se eleva por la fe. Es el sentimiento que invade y que inspira el himno de este tiempo de pasión: “O crux, ave, spes unica: “Salve, oh cruz, única esperanza nuestra”.

6Cómo podemos gloriamos de un sufrimiento que nosotros no hemos soportado, y que incluso hemos provocado? La razón es que la pasión de Cristo ahora es ya “nuestra”, es nuestro mayor tesoro, la roca de nuestra salvación. El “por nosotros”, de complemento de causa, ha pasado a ser complemento de finalidad. Si antes significaba “por culpa nuestra —propter nos”, ahora, una vez que hemos reconocido y confesado nuestro pecado y nos hemos arrepentido,

significa “en favor nuestro: “pro nobis”: “Al que no conoció el pecado, Dios lo trató por nosotros como al propio pecado, para que, por medio de él, nosotros sintamos la fuerza salvadora de Dios” (2 Co 5,21).

VOSOTROS MATASTEIS A JESÚS

El día de Pentecostés, Pedro, poniéndose en pie con los otros once, dirigió al pueblo un discurso que puede resumirse en tres palabras. Pero tres palabras que tienen cada una de ellas la fuerza de un trueno:

"¡Vosotros matasteis a Jesús de Nazaret!

¡Dios lo resucitó!

¡Convertíos!" (Hch 2, 23ss).

Mi deseo es recoger estas tres palabras y hacer que cobren vida en medio de nosotros, con la esperanza de que logren traspasarnos el corazón, como traspasaron el corazón de aquellas personas que las escucharon de labios de los apóstoles. Aquellas tres mil personas a las que Pedro dirigió esa terrible acusación no habían estado, a buen seguro, todas ellas en el Calvario clavando los clavos; tal vez ni siquiera habían estado ante el pretorio de Pilato gritando: "¡Crucifícalo!" ¿Por qué se dice entonces que "mataron a Jesús"? Porque pertenecían al pueblo que lo mató. Porque no acogieron la noticia que Jesús pasó anunciando: "Ha llegado el reino de Dios: ¡convertíos y creed en el Evangelio!" Porque quizás, cuando Jesús pasaba por las calles de Jerusalén, habían bajado la persiana de su tiendecita para evitarse molestias...

* * *

Estas cosas que hemos recordado hasta aquí nos dejan bastante tranquilos. Nos parece que afectan a las gentes que vivieron en Palestina en tiempos de Jesús, pero no a nosotros. Somos como el rey David, el día que escuchó de labios del profeta Natán el relato de aquel gran pecado que alguien había cometido en la ciudad, y que al final gritó enfurecido: "¡El que ha hecho eso es reo de muerte!" (2 S 12,5). En los años que siguieron a la segunda guerra mundial, nos apasionamos mucho con el problema de la responsabilidad por la muerte de Cristo, incluso debido a la tragedia que vivió el pueblo judío. Fueron incontables los libros y las representaciones sobre el proceso de Cristo. De la respuesta que se diera a ese problema se desprendían importantes consecuencias, incluso para la participación de los cristianos en las luchas de liberación en varias partes del mundo. El problema de la muerte de Cristo se convirtió en un problema esencialmente histórico, y, en cuanto tal, neutral. Es decir, nos interesa indirectamente, por las consecuencias que se pueden sacar para nuestros días; no directamente, como partes implicadas personalmente en el litigio. En cualquier caso, no como imputados, sino a lo sumo como acusadores. Algunos acusan de la muerte de Jesús al poder religioso, o sea a los judíos de su tiempo; otros al poder político, o sea a los romanos, convirtiendo así a Jesús en mártir de una causa de liberación; otros, finalmente, los acusan a ambos a la vez. Es como si asistiéramos a un proceso en el que cada uno repite, más o menos conscientemente, en su interior la frase de Pilato: "¡Yo soy inocente de la sangre de este hombre!" (Mt 27,24).

¿Pero qué respondió, aquel día, el profeta Natán a David? Respondió, señalándolo con el dedo: "¡Eres tú, rey!" Eso mismo nos grita la palabra de Dios a nosotros cuando buscamos saber quién ha matado a Jesús: "¡Eres tú! ¡Tú mataste a Jesús de Nazaret! Tú estabas allí aquel día; tú gritaste con la multitud: ‘¡Fuera, fuera: Crucificalo!’". ¡Tú estabas con Pedro cuando lo negó; estabas con Judas cuando lo traicionó; estabas con los soldados que lo azotaban; tú añadiste tu espina a su corona, tu salivazo a su rostro!" Esa convicción pertenece al núcleo más esencial de nuestra fe: "Cristo fue entregado por nuestros pecados" (Rm 4,25). El profeta Isaías dio, por anticipado, a esta verdad la expresión más dramática:

"El soportó nuestros sufrimientos
y cargó con nuestros dolores...
Él fue traspasado por nuestras rebeliones,
triturado por nuestros crímenes.
Sobre él descargó
el castigo que nos sana,
sus heridas nos han curado" (Is 53,4s).

Todos estamos acusados de su muerte, pues todos hemos pecado y, si decimos que no tenemos pecado, mentimos. Decir: "Jesús murió por nuestros pecados" es lo mismo que decir: "¡Nosotros matamos a Jesús!". La carta a los Hebreos, hablando de los que vuelven a pecar después del bautismo (o sea de nosotros), dice que "vuelven a crucificar al Hijo de Dios y lo exponen al escarnio" (Hb 6,6).

Aquellos tres mil, al oír la terrible acusación "¡Vosotros matasteis a Jesús de Nazaret!", sintieron que se les traspasaba el corazón y dijeron a Pedro y a los otros apóstoles: "¿Qué tenemos que hacer, hermanos?". Un gran temor se apoderó de ellos y en este momento se apodera también de nosotros, si no somos de piedra.

¡Cómo no vamos a aterrarnos ante este pensamiento: Dios amó tanto al mundo, que le entregó a su Hijo unigénito, y nosotros, por toda respuesta, ¡se lo matamos! ¡Hemos matado a la Vida!

Mientras no hayamos pasado por esta crisis interior, por este "temor y temblor", no seremos verdaderos cristianos maduros, sino tan sólo un embrión de cristianos, en camino hacia la luz. Mientras no te hayas sentido ni una sola vez realmente perdido, digno de condena, pobre náufrago, no sabrás lo que significa estar salvado por la sangre de Cristo; no sabrás lo que dices cuando llamas a Jesús tu "salvador". No podrás, en rigor, ni siquiera conocer los sufrimientos de Cristo y llorar sobre ellos. Sería hipocresía, porque sólo conoce de verdad los sufrimientos de Cristo el que está convencido en lo más íntimo de que esos sufrimientos son obra suya, de que él se los ha infligido. Jesús te

podría decir, como a las piadosas mujeres: "No llores por mí, ¡llora por ti y por tu pecado!" (cf Lc 23,28).

* * *

Esa "crisis" puede tener dos salidas: o la de Judas, que dijo: "He entregado a muerte a un inocente" (Mt 27,4), y fue y se ahorcó, o la de Pedro, que saliendo fuera "lloró amargamente" (Mt 26,75). Al haber experimentado la fuerza del arrepentimiento, Pedro puede ahora señalar a los hermanos ese camino de salvación, gritando con gran firmeza: "¡Arrepentíos!

¿Pero qué significa esta palabra? ¿Cómo se hace eso? Se hace pasando del estado de imputación del pecado al estado de confesión del pecado; de escuchar a quien te dice "Tú mataste a Jesús de Nazaret" a decir tú mismo, con corazón dolorido y con toda tu sinceridad: ¡Sí, yo he matado a Jesús de Nazaret! Ese paso no depende sólo de ti: es obra del Espíritu Santo que "deja convicto al mundo de un pecado" (cf Jn 16,8). Es algo milagroso. Cuando ocurre, se producen -espiritualmente— en el corazón de un hombre los mismos fenómenos que se registraron aquel día en la naturaleza: se rasga el velo que cubre su mente, se rompe su corazón de piedra, se abre el sepulcro donde lo tenía prisionero el pecado, y por fin es un hombre libre. Ha renacido a una vida nueva.

¡Qué cosa tan grande y tan digna del hombre es la confesión del pecado, cuando es sincera y libre! Le da a Dios la posibilidad de ser él mismo, es decir de ser "el Dios que perdona el pecado" (cf Mi 7,18). Alistándose contra sí mismo en las filas de Dios, el hombre induce a Dios a hacer lo mismo: a alistarse con el hombre contra sí mismo, contra su propia justicia. Claro está que, no por necesidad, sino por misericordia. Porque Dios quiere tener misericordia del mundo, pero no puede hacerlo si el hombre niega el objeto mismo de esa misericordia de Dios: su pecado. Un "corazón quebrantado y humillado" es lo que más le cuesta conseguir a Dios; para ello no le basta con su omnipotencia: necesita también nuestra libertad. Por eso,

ésa es también la cosa más preciosa y la que más conmueve el corazón de Dios: "El cielo es mi trono, la tierra el estrado de mis pies — oráculo del Señor. Pero en ése pondré mis ojos: en el humilde y en el abatido" (Is 66,1s).

Pero aquí reside precisamente nuestra desgracia: en que no reconocemos realmente y hasta el fondo nuestro pecado. Decimos: "En el fondo, ¿qué he hecho de malo?" Pero escúchame, hermano, porque ahora quiero hablarle a mi corazón pecador, y también al tuyo. ¿No ves tu pecado? Pues entonces has de saber que tu pecado consiste precisamente en no ver tu pecado. Tu pecado consiste en la autojustificación; consiste en sentirte indefectiblemente en paz con Dios y con los hombres, aun cuando de palabra te declares pecador. Ese fue el pecado que —por haberlo denunciado enérgicamente en los fariseos— llevó a Jesús a la cruz.

Al sentirte justo, acabas por no entender ya la cruz de Cristo ni tu propia cruz. Te sientes a ti mismo y al mundo entero como víctima de un dolor desproporcionado, demasiado grande como para no echar la culpa a Dios que lo permite. ¡Ah, si entendiésemos de una vez lo que dice la Escritura: que "no goza afligiendo o apenando a los hombres" (Lm 3,33), que ante la desgracia de su pueblo se le revuelve el corazón y se le conmueven las entrañas (cf Os 11,8)! Entonces sería muy distinta nuestra reacción y más bien exclamaríamos: "¡Perdónanos, Padre, si con nuestro pecado te hemos obligado a tratar tan duramente a tu Hijo amado! ¡Perdónanos si te obligamos ahora a hacernos sufrir también a nosotros para poder salvarnos, cuando tú, como cualquier padre, e infinitamente más, querías dar sólo "cosas buenas" a tus hijos! Perdónanos si te obligamos a verte privado del gozo de darnos sin tardanza, ya en esta vida, la felicidad para la que nos has creado".

Cuando yo era niño, desobedecí en una ocasión a mi padre, yendo descalzo a un lugar adonde me había dicho que no fuera. Un gran trozo de cristal me hizo una herida en la planta del pie. Estábamos en tiempo de guerra y mi pobre padre tuvo que afrontar muchos peligros para llevarme al médico militar aliado más cercano. Mientras éste extraía el cristal y me curaba la herida, yo veía a mi padre retorcerse las manos y volver la cara hacia la pared para no mirar. ¿Qué clase de hijo habría sido yo si, al volver a casa, le hubiese echado en cara que

me hubiese dejado sufrir de esa manera sin hacer nada? Y sin embargo, esto es lo que nosotros hacemos la mayoría de las veces con Dios.

La verdad, pues, es muy distinta. Somos nosotros los que hacemos sufrir a Dios, y no él quien nos hace sufrir a nosotros. Pero hemos tergiversado esta verdad de tal manera, que, después de cada nueva desgracia, nos preguntamos: "¿Dónde está Dios? ¿Cómo puede permitir Dios todo esto?" Es verdad: Dios podría salvarnos también sin la cruz, pero sería algo totalmente distinto y él sabe que un día nos avergonzaríamos de haber sido salvados de esa manera, pasivamente, sin haber podido colaborar en nada a nuestra felicidad.

Todos hemos pecado y estamos privados de la gloria de Dios (cf Rm 3,23); por eso, a todos se dirige la palabra de Pedro: "¡Arrepentíos!" Arrepentimiento: ésta es la palabra de salvación por excelencia en este tiempo. En el Apocalipsis se contienen siete cartas a otras tantas Iglesias de Asia Menor (cf Ap 2-3). Todas y cada una de esas cartas termina con una advertencia: "Quien tenga oídos, oiga lo que dice el Espíritu a las Iglesias". Cuando las leemos con atención, descubrimos que en el centro de cada una de esas cartas se encuentra, en una situación absolutamente preeminente, la palabra metanóeson, que significa: "¡Arrepiéntete, conviértete!". El que tiene oídos para oír lo que dice hoy el Espíritu a las Iglesias, sabe que hoy también dice lo mismo: ¡arrepentimiento!

El día antes de que cediera, en Friuli, la presa del Vajont, el 9 de octubre de 1963, provocando una terrible catástrofe, se oyeron unos crujidos que venían de aquella parte, y nadie les hizo caso.

Bueno, pues algo así está ocurriendo a nuestro alrededor, si sabemos escucharlo. Este mundo que nos estamos construyendo, amasado de injusticia y de abierta rebelión contra los mandamientos de Dios, está crujiendo. Hay olor a quemado en el aire. Si Juan Bautista aún viviese, gritaría: "Ya está el hacha aplicada a la raíz, ya está el hacha aplicada a la raíz. ¡ Convertíos!" (cf Mt 3,10).

El mismo mundo no creyente advierte confusamente esta amenaza, que está en el aire, pero reacciona de manera totalmente distinta: ¡construyendo refugios antiatómicos! Hay naciones que se gastan en

esto una parte considerable de su presupuesto. ¡Como si con eso se resolviese el problema! También nosotros los creyentes andamos en busca de un refugio antiatómico, pero nuestro verdadero refugio antiatómico, nuestra "arca de Noé", es precisamente ésta: el arrepentimiento de nuestros pecados. En efecto, nada ni nadie podrá dar miedo a quien ha puesto su corazón en esa roca firme que es Dios. Ese canta con el salmista:

"Dios es nuestro refugio y nuestra fuerza,
poderoso defensor en el peligro.
Por eso no tememos aunque tiemble la tierra
y los montes se desplomen en el mar" (Sal 46,1).

A este mundo desmandado que me amenaza con destruirme, siento que puedo decirle desde la fe: "¡Tú no tienes, para hacerme daño, ni una milésima parte de la fuerza que yo tengo para soportarlo!" Porque "todo lo puedo en aquel que me conforta" (Flp 4,13). Y él ha dicho: "Tened valor: yo he vencido al mundo" (Jn 16,33).. ¡Y yo creo en él!

Llegamos así a la otra gran palabra de la predicación de Pedro: "¡Pero Dios lo ha resucitado!". Al resucitar a Jesús de la muerte, Dios ha transformado nuestro mayor pecado en su mayor misericordia. Nosotros, al matar a Jesús, matamos nuestro propio pecado, que él había cargado sobre sí. Sólo quien haya acogido en lo más hondo del corazón la palabra del arrepentimiento estará en condiciones de saborear ahora el torrente de luz y de gozo que se encuentra encerrado en este alegre anuncio pascual. El que sabe lo que se siente al decir "Yo he matado a Jesús de Nazaret", sabe también lo que significa "nacer de nuevo para una esperanza viva por la resurrección de Jesucristo de entre los muertos" (1 P 1,3). Es algo así como un hombre que está convencido de que ha matado a otro y huye desesperado, creyendo que para él ya no hay salvación en este mundo, y de pronto se entera de que el hombre a quien creía haber matado está vivo y lo ha perdonado y hasta lo busca para ser su amigo.

El mismo pecado ya no nos da miedo, porque ya no lo llevamos solos. Él "fue resucitado para nuestra justificación" (Rm 4,25), es decir para que pudiese tomar nuestro pecado y darnos, a cambio, su justicia. La persona arrepentida es alguien que ha bajado con Cristo a los infiernos, que ha sido "bautizado en su muerte" (cf Rm 6,3), y que ahora se siente arrastrado por Jesús, con él, fuera de la tumba, hacia una vida nueva: "Dios, rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó, estando nosotros muertos por los pecados, nos ha hecho revivir con Cristo" (Ef 2,4s).

Tal vez pienses que esta alegre noticia no es para ti, porque no has visto rasgarse tu velo y porque todavía no han brotado de tus ojos lágrimas de arrepentimiento. No estés triste y no pierdas la esperanza: eso es un don de Dios, y él te lo puede dar en un instante o poco a poco, tal vez cuando menos lo esperas. Tú sigue implorándolo y deseándolo, sin cansarte, que es lo que hago también yo. Si deseas ardientemente arrepentirte, ¡ya estás arrepentido! Deja que Dios te haga renacer también a ti a "una esperanza viva"; empieza a vivir como un resucitado. Mira a los miles de personas que te rodean y dite a ti mismo: "Son mis hermanos; ¡todos son mis hermanos!" "Todos han nacido allí", en el corazón de Cristo traspasado por nuestros pecados.

Ahora es el mismo Resucitado el que nos habla. Son unas palabras llenas de fe y de entusiasmo, que fueron pronunciadas durante una liturgia como ésta por el obispo de una de aquellas siete Iglesias de Asia Menor en los mismos comienzos de la Iglesia: "Yo soy el que ha destruido la muerte, el que ha triunfado del enemigo, el que ha arrebatado al hombre a lo más alto de los cielos. Ea pues, venid todas las razas humanas sumidas en el pecado. Recibid el perdón de los pecados. Pues yo soy vuestro perdón; yo soy la Pascua de la salvación, yo el Cordero inmolado por vosotros, yo vuestro rescate, yo vuestra vida, yo vuestra resurrección, yo vuestra luz, yo vuestra salvación, yo vuestro rey. Yo os mostraré al Padre".(1 MELITÓN DE SARDES, Sobre la Pascua, 102-103 (Seh 123, pp.120-122).

JUNTO A LA CRUZ ESTABA SU MADRE

"Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre, María la de Cleofás, y María la Magdalena. Jesús, al ver a su madre y cerca al discípulo que tanto quería, dijo a su madre: Mujer, ahí tienes a tu hijo. Luego, dijo al discípulo: Ahí tienes a tu madre. Y desde aquella hora, el discípulo la recibió en su casa" Estas palabras las escuchábamos hace un momento, en el relato de la Pasión. Nos las refiere el mismo que las escuchó y que estaba, junto con María, al pie de la cruz: Juan. Pocas noticias llegan hasta nosotros de una fuente tan directa y segura como ésta. En ellas queremos detenernos un rato, para meditarlas, en este Viernes Santo.

Si María estaba "junto a la cruz de Jesús" en el Calvario, eso quiere decir que estaba en Jerusalén aquellos días; y si estaba en Jerusalén, eso quiere decir que lo presencié todo. Que asistió a toda la pasión de su Hijo, a los gritos de ¡a Barrabás, a Barrabás!, al Ecce Horno. Que vio cómo su Hijo era sacado afuera azotado, coronado de espinas, cubierto de salivazos; que vio cómo su cuerpo desnudo se estremecía en la cruz, en el estertor de la muerte. Que vio cómo los soldados se repartían sus vestiduras y echaban a suertes aquella túnica que ella tal vez había tejido con tanto amor. También ella bebió el cáliz amargo, lo apuró hasta las heces. A ella pueden aplicársele muy bien las palabras que pronunciaba la hija de Sión en su angustia: "Vosotros, los que pasáis por el camino, mirad, fijaos: ¿Hay dolor como mi dolor?" (Lm 1,12).

María no estaba sola junto a la cruz; con ella estaban otras mujeres, además de Juan: una hermana suya, más María la de Cleofás y María Magdalena. Podría parecer que María es una más entre las mujeres que estaban allí presentes. He asistido a veces al funeral de algún joven. Recuerdo en especial el de un chico. Detrás del ataúd iban varias mujeres, todas vestidas de negro y todas llorando. Parecían sufrir todas de la misma manera. Pero entre ellas había una que era distinta, en la que todos los asistentes pensaban, por la que lloraban y a la que dirigían furtivamente la mirada: la madre. Tenía los ojos fijos en el ataúd, como petrificados, y se veía que sus labios repetían sin descanso el nombre de su hijo. Cuando, al Sanctus, todos se pusieron a decir con el sacerdote "Santo, santo, santo es el Señor, Dios del

universo...", también ella susurró mecánicamente "Santo, santo, santo...". Y en aquel momento yo pensé en María al pie de la cruz.

Pero a María se le pidió algo más difícil: que perdonase a los que mataban a su Hijo. Cuando oyó a su Hijo decir: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen" (Le 23,34), María comprendió enseguida lo que el Padre esperaba también de ella: que dijese también en su corazón esas mismas palabras: "Padre, perdónalos..." Y las dijo, y perdonó.

El Concilio Vaticano II habla así de María al pie de la cruz: "También la Santísima Virgen avanzó en la peregrinación de la fe y mantuvo fielmente la unión con su Hijo hasta la cruz. Allí, por designio divino, se mantuvo de pie, sufrió profundamente con su Hijo unigénito y se asoció con corazón maternal a su sacrificio, consintiendo con amor en la inmolación de la víctima que ella misma había engendrado" (Lumen Gentium, 58.) . Consentir en la inmolación de la víctima que ella había engendrado fue como inmolarse a sí misma.

Al estar "de pie" junto a la cruz, la cabeza de María quedaba a la altura de la cabeza inclinada de su Hijo. Sus miradas se encontraron. Cuando le dijo: "Mujer, ahí tienes a tu hijo". Jesús la miró y por eso no sintió necesidad de llamarla por su nombre para distinguirla de las demás mujeres. ¿Quién podrá penetrar el misterio de aquella mirada entre la madre y el Hijo en aquella hora? Una alegría tremendamente dolorida pasaba de uno a otra, como el agua entre los vasos comunicantes, y esa alegría provenía del hecho de que ya no ofrecían la menor resistencia al dolor, de que estaban sin defensas ante el sufrimiento, de que se dejaban inundar libremente por él. A la lucha le sucedía la paz. Habían llegado a ser una sola con el dolor y el pecado de todo el mundo. Jesús en primera persona, como "víctima de propiciación por los pecados del mundo entero" (1 Jn 2,2); María indirectamente, por su unión corporal y espiritual con su Hijo.

Lo último que hizo Jesús, antes de adentrarse en la oscuridad de la agonía y de la muerte, fue adorar amorosamente la voluntad de su Padre. María lo siguió también en eso: también ella adoró la voluntad del Padre antes de que descendiese sobre su corazón una terrible

soledad y se hiciese la oscuridad en su interior, como se hizo la oscuridad "sobre toda aquella región" (cf Mt 27,45). Y aquella soledad y aquella adoración se quedaron clavadas allí, en el centro de su vida, hasta la muerte, hasta que llegó también para ella la hora de la resurrección.

Un salmo que la liturgia aplica a María dice: "Todos han nacido allí... Se dirá de Sión: 'Uno por uno todos han nacido en ella...' El Señor escribirá en el registro de los pueblos: 'Éste ha nacido allí'" (Sal 87,2ss). Es verdad: todos hemos nacido allí; se dirá de María, la nueva Sión: Uno por uno todos han nacido en ella. En el libro de Dios está escrito, de mí, de ti, de todos y cada uno, incluso de los que todavía no lo saben: "¡Este ha nacido allí!"

¿Pero no hemos sido regenerados por la "palabra de Dios, viva y duradera" (1 P 1,23)? ¿No hemos "nacido de Dios" (Jn 1,13) y renacido "del agua y del Espíritu" (Jn 3,5)? Ciertísimo, pero eso no quita para que, en otro sentido, hayamos nacido también de la fe y del sufrimiento de María. Si Pablo, que era servidor de Cristo, pudo decir a sus fieles: "por medio del Evangelio soy yo quien os ha engendrado para Cristo Jesús" (1 Co 4,15), ¡ con cuánta mayor razón podrá decirlo María, que es su Madre! ¿Quién, mejor que ella, puede hacer suyas aquellas palabras del Apóstol: "Hijos míos, a quienes doy a luz de nuevo" (Ga 4,19)? Ella nos da a luz "de nuevo" en este momento, porque nos ha dado ya a luz por primera vez en la encarnación, cuando entregó al mundo la "Palabra de Dios viva y eterna" que es Cristo, en la que hemos renacido.

* * *

Hay una comparación que puede ayudarnos a comprender mejor el significado de la presencia de María al pie de la cruz: la comparación

con Abrahán. Este parangón nos lo sugiere el propio ángel Gabriel en la Anunciación, cuando dice a María las mismas palabras que se le dijeron a Abrahán: "Para Dios nada hay imposible" (cf Gn 18,14; Lc 1,37). Pero surge sobre todo de los hechos. Dios prometió a Abrahán que tendría un hijo, aunque ya se le había pasado la edad y su mujer era estéril. Y Abrahán creyó. También a María Dios le anuncia que va a tener un hijo, a pesar de que ella no convive con ningún hombre. Y María creyó.

Mas he aquí que Dios vuelve a intervenir en la vida de Abrahán, y esta vez para pedirle que le inmole precisamente aquel hijo que él mismo le había dado y del que le había dicho: "En Isaac tendrás una gran descendencia". Y Abrahán también esta vez obedeció. También en la vida de María Dios intervino otra vez, pidiéndole que consintiese, e incluso que asistiese a la inmolación de su Hijo, del que había sido dicho que reinaría para siempre y que sería grande. Y María obedeció. Abrahán subió con Isaac al monte Moria y María subió tras de Jesús al monte Calvario. Pero a María se le pidió mucho más que a Abrahán. En el caso de Abrahán Dios se detuvo en el último momento y Abrahán recuperó vivo a su hijo. En el caso de María, no. Ella tuvo que pasar esa línea postrera y sin retorno que es la muerte. Recuperó a su Hijo, pero sólo después que lo bajaron de la cruz.

Como también María caminaba en la fe y no en la visión, esperaba que de un momento a otro cambiaría el curso de los acontecimientos, que se reconocería la inocencia de su Hijo. Esperó ante Pilato, pero nada. Dios seguía adelante. Esperó hasta la cruz, hasta antes de que clavaran el primer clavo. No podía ser eso. ¿Acaso no le habían asegurado que aquel Hijo subirla al trono de David y que reinaría para siempre sobre la casa de Jacob? ¿Era, pues, aquél el trono de David: la cruz? María sí que "esperó contra toda esperanza" (Rm 4,18); esperó en Dios, por más que veía desvanecerse la última razón humana para esperar.

Pero saquemos ahora la consecuencia obligada de esa comparación. Si Abrahán mereció, por lo que hizo, ser llamado "padre de todos nosotros" (Rm 4,16) y "nuestro padre en la fe" (Canon romano), ¿vacilaremos nosotros en llamar a María "madre de todos nosotros" y "nuestra madre en la fe", o "madre de la Iglesia"? A

Abrahán Dios le dijo: "Por haber obrado así, por no haberte reservado tu hijo, tu hijo único, te bendeciré, multiplicaré a tus descendientes como las estrellas del cielo... Te hago padre de una multitud de pueblos" (Gn 22,16; 17,5). Eso mismo, pero con mucha mayor fuerza, le dice ahora a María: "Por haber obrado así, por no haberte reservado tu Hijo, tu Hijo único, te bendeciré... Te hago madre de una multitud de pueblos

Si todos los creyentes de todas las confesiones tienen la convicción de que Abrahán no sólo ha sido constituido "ejemplo y patrono, sino también causa de bendición" (como se expresa Calvino al comentar Gn 12,3), de que "en el plan salvífico de Dios, a Abrahán le fue reservado el papel de mediador de bendición para todas las generaciones" (G. von Rad), ¿por qué no habrán de acoger y compartir con alegría todos los cristianos la convicción de que María ha sido constituida, con mayor razón, por Dios causa y mediadora de bendición para todas las generaciones? No solamente —insisto— ejemplo, sino también "causa de salvación", como la llama, precisamente, san Ireneo (IRENEO, *Contra las herejías*, III, 22, 4)? ¿Por qué no hemos de poder compartir la convicción de que no sólo iban dirigidas a Juan, sino a todos los discípulos, las palabras de Cristo moribundo: "Hijo, ahí tienes a tu madre"? María —dice el concilio—, al pie de la cruz, se convirtió para nosotros en "madre en el orden de la gracia" (Lumen Gentium, n0 61).

Por eso, como los judíos, en los momentos de prueba, se dirigen a Dios diciendo: "Acuérdate de nuestro padre Abrahán", así nosotros podemos ahora dirigirnos a él diciendo: "Acuérdate de nuestra Madre, María". Y lo mismo que ellos le decían a Dios: "Por Abrahán, tu amigo, no nos niegues tu misericordia" (Dn 3,25), así nosotros podemos decirle: "Por María, tu amiga, no nos niegues tu misericordia".

Llega una hora en la vida en la que se necesitan una fe y una esperanza como las de María. Entonces nos parece que Dios no escucha ya nuestra oración, tenemos la impresión de que se está

desdiciendo a sí mismo y a sus promesas, de que nos lleva de derrota en derrota, de que nos envuelve en su propia derrota y que el poder de las tinieblas parece triunfar en todos los frentes; cuando, como dice un salmo, parece que "se ha agotado su misericordia y que la cólera le cierra las entrañas" (Sal 77,10). Cuando te llegue a ti esa hora, acuérdate de la fe de María y exclama: "Padre, ya no te comprendo, ¡pero me fío de ti!"

Tal vez el Señor esté pidiendo precisamente ahora a alguno de nosotros que le sacrifique, como Abrahán, a su "Isaac", es decir la persona, o la cosa, o el proyecto, o la fundación, o el cargo que más quiere y que el mismo Señor un día le encomendó y por el que ha trabajado toda su vida... Esta es la oportunidad que Dios te ofrece para demostrarle que lo quieres a él más que a todo lo demás, incluso más que a sus dones y que al trabajo que realizas por él. Dios puso a prueba a María en el Calvario para ver lo que ella llevaba en el corazón", y en el corazón de María encontró, intacto, y hasta más fuerte que nunca, el "sí", el "aquí está la esclava del Señor" del día de la Anunciación. ¡Ojalá que, en estos momentos, pueda encontrar también a nuestro corazón dispuesto a decirle "sí", "aquí estoy"!

María, como he dicho, en el Calvario se unió a su Hijo para adorar la voluntad sagrada del Padre. Con ello llevó a cabo, con toda perfección, su vocación de figura de la Iglesia. Y ahora nos espera allí a nosotros. Se ha dicho de Cristo que "está en agonía hasta el fin del mundo y no debemos dejarlo solo en esta hora" (B. Pascal). Y si Cristo está en agonía y en la cruz hasta el fin del mundo, de una manera incomprensible para nosotros pero cierta, ¿dónde podrá estar María en esta hora sino con él, "junto a la cruz"? Allí invita y allí cita a las almas generosas para que se unan a ella en su adoración a la voluntad sagrada del Padre. Para que la adoren incluso sin entenderla. No debemos dejarla sola en esta hora. María sabe que esto es, sin lugar a dudas, lo más grande, lo más hermoso, lo más digno de Dios que podemos hacer en la vida, al menos una vez antes de morir.

Dice la Escritura que, cuando Judit volvió con los suyos después de haber expuesto su vida por su pueblo, los habitantes de la ciudad corrieron a su encuentro y el Sumo Sacerdote la bendijo diciendo: "Que el Altísimo te bendiga, hija, más que a todas las mujeres de la

tierra... El valor que has tenido perdurará siempre en el corazón de los hombres" (Jdt 13,18s). Esas mismas palabras dirigimos nosotros en este día a la Virgen: ¡Bendita tú eres entre todas las mujeres! El valor que has tenido perdurará siempre en el corazón de los hombres y en el recuerdo de la Iglesia.

SE HUMILLÓ A SÍ MISMO

En el año 630 d. C., Heraclio, emperador de Bizancio, tras derrotar al rey de Persia, Cosroes, recuperó la reliquia de la Santa Cruz que éste se había llevado de Jerusalén catorce años antes. Cuando iban a colocar de nuevo la preciosa reliquia en la basílica que Constantino había erigido en el Calvario, ocurrió un hecho extraordinario que la liturgia recuerda el 14 de septiembre con la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz. "Heraclio —se leía hace años en el oficio de esa fiesta—, revestido con ornamentos de oro y piedras preciosas, quiso cruzar la puerta que da al Calvario, pero no podía. Cuanto más se esforzaba por seguir, más se sentía como clavado en aquel lugar. Estupor general. Entonces el obispo Zacarías le hizo notar al emperador que tal vez aquellas ropas de triunfo no condecían con la humildad con que Jesucristo había cruzado aquel umbral llevando la cruz. Inmediatamente el emperador se despojó de sus lujosas vestiduras y, con los pies descalzos y vestido como un hombre cualquiera, recorrió sin la menor dificultad el resto del camino y llegó hasta el lugar donde había que colocar la cruz".

De este episodio proviene remotamente el rito del Papa que, dentro de un poco se dirigirá, sin ornamentos y con los pies descalzos, a besar la cruz. Pero ese hecho tiene también un significado espiritual y simbólico que nos concierne a todos los que estamos aquí presentes, aunque no vayamos descalzos a besar la cruz. Quiere expresar que no podemos acercarnos al Crucificado si antes no nos despojamos de todas nuestras pretensiones de grandeza, de nuestros títulos; en una palabra, de nuestro orgullo y de nuestra vanidad. Sencillamente, no podemos; nos veríamos invisiblemente rechazados.

Y esto es lo que queremos hacer en esta liturgia. Dos cosas sumamente sencillas: la primera, echar a los pies del Crucifijo toda la carga de orgullo del mundo y del nuestro personal; la segunda, revestirnos de la humildad de Cristo y, con ella, volver a nuestra casa "justificados", como el publicano (cf Le 18,14), es decir perdonados, renovados.

En el profeta Isaías leemos estas palabras del Señor: "Será doblegado el orgullo del mortal, será humillada la arrogancia del hombre; sólo el Señor será ensalzado aquel día" (Is 2,17).

"Aquel día" es el día del cumplimiento mesiánico, el día en que Cristo proclamó desde la cruz que "todo está cumplido" (Jn 19,30). Aquel día, en una palabra, ¡es este día! ¿Y cómo doblegó Dios el orgullo de los hombres? ¿Atemorizándolos? ¿Mostrándoles su tremenda grandeza y su poder? ¿Aniquilándolos? No, lo ha doblegado anonadándose él:

"Cristo Jesús, a pesar de su condición divina, no se aferró a su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos. Y así, actuando como un hombre cualquiera, se rebajó a sí mismo" (Flp 2,6-8).

Humiliavit semetipsurn: ¡se humilló a sí mismo, no a los hombres! Doblegó el orgullo y la arrogancia humana desde dentro, no desde fuera. ¡Y hasta qué punto se humilló! No nos dejemos engañar por el esplendor de este lugar, de la liturgia, de los cánticos, de todos los honores con que hoy rodeamos a la cruz. Hubo un tiempo en que la cruz no era nada de todo esto, sino únicamente infamia. Algo que había que mantener lejos, no sólo de la vista, sino incluso de los oídos de los ciudadanos romanos (Cf CICERÓN, Pro Rabino) '. Murió como había sido predicho: "No tenía presencia ni belleza que atrajera nuestras miradas, ni aspecto que nos cautivase. Despreciado y evitado de la gente, al verlo se tapaban la cara; lo tuvimos por un contagiado, herido de Dios y afligido" (Is 53,2-4). Sólo una persona en el mundo, a excepción de Jesús, sabe de verdad lo que es la cruz: María, su madre. Ella cargó, junto con él, con "el oprobio de la cruz" (Hb 13,13). Los demás, san Pablo incluido, conocieron "la fuerza de la

cruz" (cf 1 Co 1,18), ella conoció también su debilidad; los demás conocieron la teología de la cruz, ella la realidad de la cruz.

La cruz es el sepulcro en el que se abisma todo el orgullo humano. Dios le dice como al mar: "Hasta aquí llegarás y no pasarás; aquí cesará la arrogancia de tus olas" (Jb 38,11). En la roca del Calvario van a romper todas las olas del orgullo humano, y no pueden pasar más allá. El muro que Dios ha levantado contra él es demasiado alto, y el abismo que ha excavado ante él demasiado profundo. "Nuestro hombre viejo ha sido crucificado con Cristo, quedando así destruida nuestra condición de pecadores" (Rm 6,6). Nuestra condición orgullosa, ya que éste —el orgullo— es el pecado por excelencia, el pecado que anida detrás de todo pecado. "Cargado con nuestros pecados subió al leño" (1 P 2,24). Cargado con nuestro orgullo.

¿Y qué parte nos toca a nosotros en todo esto? ¿Cuál es el "evangelio", es decir la buena noticia? Que Jesús se humilló también por mí, en mi lugar. "Si uno murió por todos, todos murieron" (2 Co 5,14): si uno se rebajó por todos, todos se rebajaron con él. En la cruz Cristo es el nuevo Adán que obedece por todos. Es el fundador de una estirpe, el principio de una humanidad nueva. Actúa en nombre de todos y en beneficio de todos. Si "por la obediencia de uno todos se convirtieron en justos" (Rm 5,19), por la humillación de uno todos se convirtieron en humildes.

La soberbia, al igual que la desobediencia, ya no nos pertenece. Es cosa del viejo Adán. Es vetustez, es muerte. Lo nuevo es la humildad. Y ésta rebosa de esperanza, porque abre las puertas a una existencia nueva, basada en el don, en el amor, en la solidaridad, en vez de basarse en la competitividad, en la ambición y en el engaño mutuo. "Lo antiguo ha pasado, lo nuevo ha comenzado" (2 Co 5,17). Y una de esas maravillosas novedades es la humildad.

¿Qué significa, entonces, celebrar el misterio de la cruz "en espíritu y en verdad"? ¿Qué significa, aplicado a los ritos que estamos celebrando, el antiguo axioma: "Considerad lo que hacéis, imitad lo que celebráis: "Agnoscite quod agitis, imitamini quod tractatis"? Significa: ¡haced realidad en vuestro interior lo que representáis, llevad a la práctica lo que conmemoráis!

Esta tarde, yo tengo que entregar a Cristo mi "condición orgullosa", para que él pueda destruirla de hecho como la destruyó ya en la cruz, para siempre, de derecho. Cuando yo era niño, la víspera de ciertas solemnidades, existía en mi tierra la costumbre de encender en el campo, al caer la noche, grandes hogueras que se veían de una colina a otra, y cada familia llevaba su parte de leña o de sarmientos para alimentar el fuego, mientras se rezaba en torno a él el rosario. Algo así tiene que ocurrir, espiritualmente, esta tarde, como preparación para la gran solemnidad de la Pascua. Cada uno de nosotros debería venir, en espíritu, a echar en la gran hoguera de la pasión de Cristo su carga de orgullo, de vanidad, de autosuficiencia, de presunción, de arrogancia. Debemos imitar lo que hacen los elegidos en el cielo, en su liturgia de adoración del Cordero, sobre la que se modela la nuestra aquí en la tierra. Ellos -dice el Apocalipsis— avanzan procesionalmente y al llegar ante el que se sienta en el trono, se postran ante él y arrojan sus coronas ante el trono" (Ap 4,10), Ellos, las coronas verdaderas de su martirio; nosotros, las falsas coronas que nosotros mismos nos hemos puesto en la cabeza. Tenemos que "clavar en la cruz todos los movimientos de la soberbia" (SAN AGUSTÍN, Sobre la doctrina cristiana, 2, 7, 9).

No debemos tener miedo a humillarnos, a abdicar de nuestra dignidad de hombres, o a caer por ello en estados morbosos de ánimo. A comienzos de nuestro siglo, alguien atacaba al cristianismo acusándolo de haber introducido en el mundo lo que él llamaba el "morbo" de la humildad (F. Nietzsche). Pero ahora es la propia filosofía la que nos dice que la existencia humana "auténtica" sólo es la que reconoce la propia "nulidad" radical (Cf M. HEIDEGGER, Ser y tiempo, 58). La soberbia es un camino que lleva a la desesperación, ya que equivale a no aceptarnos como somos sino buscar desesperadamente ser lo que, a pesar de todos nuestros esfuerzos, nunca podremos ser, es decir independientes, autónomos, sin nadie por encima de nosotros a quien debemos darle gracias por lo que somos (4 Cf 5. KIERGEGAARD, La enfermedad mortal).

A la misma conclusión ha llegado, por otro camino, la moderna psicología de lo profundo. Uno de sus máximos exponentes, C. G. Jung, ha observado algo sorprendente: todos los pacientes de cierta

edad que se habían dirigido a él sufrían —dice— de algo que podía definirse como falta de humildad, y no se curaban hasta que no adquirían una actitud de respeto y de humildad ante una realidad más grande que ellos, o sea una actitud religiosa.

El orgullo es una máscara que nos impide ser verdaderos hombres, antes incluso que creyentes. Ser humildes es humano. Las palabras homo y humilitas provienen las dos de humus, que quiere decir tierra, suelo. Todo lo que en el hombre no es humildad es mentira. "Si alguno se figura ser algo, cuando no es nada, él mismo se engaña" (Ga 6,3).

En cuanto decidimos desprendemos del orgullo, nos damos cuenta, asombrados, de cómo nos invade y nos rodea por dentro y por fuera, de hasta qué punto estamos amasados de orgullo. Dicen que más del setenta por ciento del cuerpo humano está formado por agua, pero quizás mucho más del setenta por ciento del espíritu humano está formado de orgullo. Hasta el aire que respiramos está surcado, en todas las frecuencias, por ondas que transportan palabras y mensajes cargados de orgullo. Hay incluso quien cree poder ir "más allá" que Jesucristo y declara abierta una nueva era —"a New Age"—, basada no en la encarnación sino en una constelación, Acuario; no en la conjunción de la divinidad con la humanidad, sino en la conjunción de los planetas. Cada año se fundan nuevas religiones y nuevas sectas y se anuncian nuevos caminos de salvación, como si el camino revelado por Dios y cimentado en Cristo ya no les bastase a los hombres que se han vuelto sabios y adultos, como si fuese un camino demasiado humilde para ellos. ¿Y qué es esto, sino orgullo y presunción? "¡Insensatos gálatas! -decía san Pablo—. ¿Quién os ha embrujado? ¡Y pensar que ante vuestros ojos presentamos la figura de Jesucristo en la cruz!" (Ga 3,1). Insensatos cristianos, ¿quién os ha embrujado hasta el punto de hacer que os pasaseis tan pronto a otro evangelio?

Todos andamos locos por llamar la atención. Si pudiésemos representarnos visualmente a toda la humanidad tal como aparece a los ojos de Dios, veríamos el espectáculo de una inmensa muchedumbre de personas que se ponen de puntillas, que intentan

sobresalir unas sobre otras, aplastando quizás a los que tienen a su lado, y gritando todas ellas: "¡Miradme, también yo estoy en el mundo!"

¿Humo, vanidad? La verdad es que toda esta soberbia es humo que la muerte disipa día tras día como el viento. "Vanidad de vanidades", la llama el Qohelet. Ni un solo gramo de ella atravesará con nosotros el umbral de la eternidad, y, silo atraviesa, será para convertirse inmediatamente en cargo de acusación y de tormento. Pero sus efectos son terribles. Se parece al hongo atómico que se eleva amenazador contra el cielo, como un puño cerrado, pero que luego vuelve a caer sobre la tierra sembrando destrucción y muerte a su alrededor.

¿Cuántas guerras del pasado y del presente no dependen más que del orgullo? Y el sufrimiento de los pobres ¿no depende también, en gran medida, del orgullo de determinados gobernantes que quieren ser poderosos y estar seguros en sus tronos, y para ello tener el ejército más fuerte y las armas más terribles, y que invierten en ellas los recursos que deberían servir para mejorar las condiciones de vida, a veces espantosas, de sus gentes? Pero incluso al nivel de la convivencia humana de cada día, en el seno de las familias y de las instituciones, ¿cuántos sufrimientos nos causamos unos a otros con nuestro orgullo y cuántas lágrimas arranca!

Pero no tenemos que quedarnos aquí. Si nos quedamos en la denuncia de ese orgullo colectivo, no hemos hecho casi nada. Y hasta puede ser más orgullo que se añade a ese orgullo. La procesión que debemos hacer esta tarde no es tanto una procesión hacia el exterior cuando una procesión hacia nuestro interior. Tenemos que rasgarnos el corazón, no las vestiduras (cf Jn 2,13). Allí, en mi corazón es donde anida el viejo orgullo, el único que yo puedo destruir con mi voluntad, porque es el único que nace de mi voluntad.

¡Empresa difícil si las hay! El buscador de perlas de los mares del sur, que intenta llegar al fondo del mar, siente la tremenda resistencia del agua que lo empuja hacia arriba con una fuerza igual y contraria a su volumen. Experimenta, sin saberlo, el principio de Arquímedes. Quien intenta sumergirse bajo el espejo tranquilo de las aguas de sus

ilusiones, quien intenta humillarse y conocerse como es en realidad, siente el empuje, aún más fuerte, del orgullo que lo impulsa a elevarse, a salir a flote, a quedarse en la superficie. También nosotros andamos en busca de una perla preciosa, de la perla más preciosa que existe para Dios. Y esa perla se llama "un corazón quebrantado y humillado".

¿Cómo se puede conseguir un corazón quebrantado y humillado? En primer lugar pidamos la ayuda del Espíritu Santo; abandonemos las defensas y las resistencias. Luego, mirémonos por un momento, si podemos, al espejo de nuestra conciencia. Solos ante Dios. Cuánto orgullo, cuánta vanidad, cuánta autosuficiencia: en aquella ocasión, en aquella otra, en aquella actitud, en aquella otra... Quizás hasta en este mismo momento. ¡Cuánto "yo", "yo", "yo"! "Sonrójate, soberbia ceniza : erubescer superbe cinis: Dios se humilla ¿y tú te ensalzas?", se decía a sí mismo san Bernardo (BERNARDO DE CLARAVAL, Alabanzas a la Virgen, 1, 8). , y san Agustín antes que él: "Tu Señor humilde, ¿y tú soberbio? La Cabeza humilde, ¿y un miembro soberbio?" (SAN AGUSTÍN, Sermón 354, 9, 9 (PL 39, 1568).

Los cielos y la tierra están llenos de la gloria de Dios; sólo el corazón del hombre es una excepción, porque está lleno de su propia gloria y no de la de Dios. Tan centrado en sí mismo, que hace que hasta las cosas que Dios ha hecho para sí sirvan para su propia gloria. ¡Y hasta el mismo Dios! Y sin embargo, "atienes algo que no lo hayas recibido?" (1 Co 4.7).

Para tener un corazón quebrantado y humillado, hay que pasar por la experiencia de quien ha sido pillado infraganti, como aquella mujer del Evangelio que fue sorprendida en flagrante adulterio, que se estaba allí, callada y con los ojos bajos, esperando la sentencia (cf Jn 8,3ss). Nosotros somos ladrones de la gloria de Dios cogidos infraganti. Pues bien, si en vez de huir a otra parte con el pensamiento, o de enfadarnos diciendo: "Este modo de hablar es duro, ¿quién puede hacerle caso?", bajamos la mirada, nos golpeamos el pecho y decimos desde lo más hondo del corazón, como el publicano: "¡Oh Dios!, ten compasión de este pecador" (Le 18,13), entonces empezará a producirse también en nosotros el milagro de un corazón quebrantado y humillado. Y

también nosotros, como aquella mujer, experimentaremos la alegría del perdón. Tendremos un corazón nuevo.

Las muchedumbres que asistieron a la muerte de Cristo "se volvieron a sus casas dándose golpes de pecho" (cf Le 23,48). ¡Qué hermoso sería que pudiésemos imitarlas! ¡Qué hermoso sería que se repitiese hoy también, aquí entre nosotros, el espectáculo de aquellas tres mil personas que, el día de Pentecostés, sintieron que se les "traspasaba el corazón" y dijeron a Pedro y a los demás apóstoles: "¿Qué tenemos que hacer, hermanos?" (cf Hch 2,37)! Eso sí que sería verdaderamente "imitar lo que celebramos".

Un corazón quebrantado y humillado es un "sacrificio" agradable a Dios (cf Sal 51,19). Hoy la Iglesia no celebra el sacrificio de la Misa, porque el sacrificio de este día debe ser nuestro corazón quebrantado y humillado. "Así dice el Señor: El cielo es mi trono, la tierra el estrado de mis pies. ¿Qué templo podéis construirme o qué lugar para mi descanso? Todo esto lo hicieron mis manos y es mío -oráculo del Señor—. Pero en éste pondré mis ojos: en el humilde y en el abatido" (Is 66,1-2). Un corazón contrito es el paraíso de Dios en la tierra, la casa en la que a él le gusta poner su morada y revelar sus secretos.

Todos los acontecimientos externos, por grandiosos que sean, incluso los que hemos vivido recientemente y los que estamos viviendo con la caída de los regímenes comunistas de Europa del Este, son ambiguos y nadie puede saber por anticipado si un día tendremos que alegrarnos por ellos o tendremos que lamentarnos. Pero con un corazón humano que se humilla y se convierte, no sucede eso. Para Dios, eso es lo más importante que puede ocurrir sobre la faz de la tierra, una absoluta novedad.

* * *

Ahora que hemos depuesto, al menos con el deseo, todo nuestro orgullo al pie de la cruz, nos queda hacer brevemente la segunda cosa: revestirnos de la humildad de Cristo. "Dejaré en ti un pueblo pobre y humilde, un resto de Israel que se confiará al Señor" (So 3, 12s). Cristo ha dado origen en la cruz a ese pueblo humilde y pobre que

confía en el Señor; nosotros tenemos que entrar a formar parte de ese pueblo de hecho, lo mismo que por el bautismo hemos entrado ya a formar parte de él de derecho.

Dice Jesús en el Evangelio: "Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón" (Mt 11,29). ¿Qué es lo que ha hecho Jesús para llamarse humilde? ¿Acaso ha pensado bajamente de sí o hablado bajamente de sí? Al contrario, él se proclamó "Maestro y Señor", alguien mayor que Jonás, que Salomón, que Abrahán, que todos. Entonces, ¿qué es lo que ha hecho? "Tomó la condición de esclavo" (Flp 2,8). No se consideró pequeño, no se declaró pequeño, sino que se hizo pequeño, y pequeño para servirnos. Se hizo. antes que nadie, "el más pequeño de todos y el servidor de todos" (cf Mc 9,35). Cristo no tuvo miedo a comprometer su dignidad divina rebajándose hasta parecerse a un hombre como los demás.

La humildad de Cristo, además de estar hecha de servicio, está hecha de obediencia. "Se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte" (Flp 2,8). Humildad y obediencia aparecen aquí casi como una misma cosa. En la cruz Jesús es humilde porque no opone ninguna resistencia a la voluntad del Padre. "Devolvió a Dios su poder", realizó el gran "misterio de la religión". El orgullo se quiebra con la sumisión y la obediencia a Dios y a las autoridades que Dios ha constituido. Hay quienes se han pasado la vida discutiendo con Dios, como si se tratase de un igual. Y acabaron convenciéndose a sí mismos de que podían traer también en jaque a Dios porque tuvieron en jaque a los hombres y a sus superiores. Nunca se plegaron ni se sometieron de verdad a él. Que lo hagan antes de morir, si quieren encontrar finalmente la paz del alma. Recuerden lo que dice la Escritura: "¡ Qué terrible caer en manos del Dios vivo!" (Hb 10,31). Caer, se entiende, impenitentes.

* * *

En la cruz Jesús no sólo reveló y practicó la humildad; también la creó. La verdadera humildad, la humildad cristiana, consiste desde entonces en participar del estado de ánimo de Cristo en la cruz. "Tened los mismos sentimientos de Cristo Jesús" (Flp 2,5); los mismos, no unos parecidos. Aparte de esto, fácilmente pueden

tomarse por humildad muchas otras cosas que no son más que cualidades naturales, o timidez, o ganas de quedar bien, o simple sentido común e inteligencia, cuando no son una forma refinada de orgullo.

Si nos revestimos de la humildad de Cristo, nos resultará más fácil, entre otras cosas, trabajar por la unidad de los cristianos, ya que paz y unidad son el cortejo natural de la humildad. Y lo son también en el seno de la familia. El matrimonio nace de un acto de humildad. El joven que se enamora y que pide de rodillas, como se acostumbraba antaño, la mano de una chica, está haciendo el acto de humildad más radical de toda su vida. Se vuelve mendigo y es como si dijera: "Dame tu ser, que con el mío no me basta. ¡Yo no me basto a mí mismo!" Podría decirse que Dios creó al hombre varón y mujer para que aprendiesen a ser humildes, a salir de sí mismos, a no ser altaneros y autosuficientes, y para que descubriesen la felicidad que existe en depender de alguien que te ama. Que ha inscrito la humildad en nuestra carne. ¡Pero cuántas veces, por desgracia, el orgullo vuelve a tomar luego las riendas y le hace pagar caro al otro la necesidad inicial que se tuvo de él o de ella! Entonces entre el hombre y la mujer se levanta el terrible muro del orgullo y de la incomunicación que apagan todas las alegrías. También a los esposos cristianos se dirige, en esta tarde, la invitación a deponer al pie de la cruz todos los resentimientos y a reconciliarse mutuamente, echándose uno a otro, si es posible, los brazos al cuello por amor a Cristo que, en este día, "dio muerte en él al odio" (Ef 2,16).

El "pueblo humilde" estaba representado, al pie de la cruz, por María, a la que un texto del concilio Vaticano II llama "la primera de esos humildes y esos pobres del Señor que esperan con confianza y que reciben de él la salvación" (Lumen Gentium, 55.) . A ella dirigimos, pues, nuestra oración: "Oh María, primicia del pueblo humilde y del resto de Israel, sierva sufriente junto al Siervo sufriente, nueva Eva obediente junto al nuevo Adán, alcánzanos de Jesús, con tu intercesión la gracia de ser humildes. Enséñanos a 'humillarnos bajo la mano poderosa de Dios', como te humillaste tú. Amén".

NO PERDONÓ A SU PROPIO HIJO

Esta tarde la palabra de Dios nos va a hacer un regalo; un regalo tan grande, que me pongo triste con sólo pensar que yo voy a echarlo a perder, más aún, que no voy a poder evitar echarlo a perder. Así que quiero precaverme entregándoos enseguida, todo entero, ese regalo. Quiero pronunciar su nombre y ponerlo a salvo en vuestro corazón antes de que esa plenitud se disipe al intentar traducirla en palabras. ¡El Padre, el Padre de nuestro Señor Jesucristo!

¿Cómo me gustaría gritar con pureza y amor este nombre, del que "toma nombre toda paternidad en el cielo y en la tierra" (Ef 3,15)! Sólo Jesús puede hablar del Padre. Cuando Jesús habla del Padre, los ojos de los discípulos se abren de par en par, sobreviene una gran nostalgia y Felipe exclama: "¡Muéstranos al Padre y nos basta!" (Jn 14,8).

¿Pero por qué hablar del Padre hoy, que es el día de la muerte del Hijo? San Pablo escribió: "La prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros" (Rm 5,8). Y también: "Dios no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros" (Rm 8,32). Esta es una afirmación desconcertante. Para la razón humana, el hecho de que Cristo haya muerto en una cruz no demuestra el amor del Padre, sino en todo caso su crueldad, o al menos su inflexible justicia. Y es que el conocimiento del Padre está como obstruido, incluso entre los creyentes, por una selva de prejuicios humanos. Jesús podría muy bien repetir también en nuestros días: "¡Padre santo, el mundo no te ha conocido!" (Jn 17,25).

La dificultad para conciliar la bondad del Padre celestial con la muerte de Cristo proviene de una doble serie de hechos. Una de orden teológico. De ella somos responsables, ¿por qué no decirlo?, nosotros, los teólogos y los predicadores, que a veces, en el pasado, hemos dado una imagen del misterio de la redención concebida más o menos en estos términos. El hombre, al pecar, ha ido acumulando una inmensa deuda con Dios, y Dios exige que se le pague esa deuda. Entonces se presenta Cristo, el Hijo de Dios hecho hombre, y paga esa inmensa

deuda derramando su sangre. Entonces el Padre, "satisfecho" (¡ peligrosa palabra!), "aplacado" (¡ otra palabra peligrosa!), perdona. Pero es evidente que estas imágenes, tan fríamente jurídicas, a la larga no podían por menos de engendrar un sentimiento de secreto rechazo hacia ese Padre que, allá en su cielo, espera impasible que se le entregue en precio la sangre de su Hijo.

La segunda serie de dificultades es de orden cultural, y es típicamente moderna. La psicología ha logrado sacar a la luz todas las desviaciones de la figura paterna que tienen lugar en el paisaje humano: machismo, autoritarismo, paternalismo... En el corazón de todo hijo —se dice— anida el secreto deseo de matar a su padre. Y estas sospechas se transfieren del padre de la tierra al Padre del cielo; de esta manera, todo un filón de la cultura moderna ha pensado que debía abrazar la causa de Jesús contra el Padre, hasta llegar a la así llamada "teología de la muerte de Dios". Por fin —se diría— la humanidad ha hecho realidad el secreto deseo de matar al Padre.

La principal razón de todo este resentimiento es el dolor humano, el hecho de que el hombre sufra y Dios no. No podemos aceptar —dicen— a un Dios que permite el dolor de tantos niños inocentes. Y si se intenta hacerles notar que también Jesús ha sufrido, replican:

"¡ Precisamente él es nuestro principal argumento! Al menos él es seguro que era inocente. ¿Por qué tuvo que sufrir?" Se llega así al colmo de la aberración de poner a Jesús, precisamente a Jesús, como una especie de prueba de cargo contra él.

Debemos reaccionar como reaccionaría un hijo queridísimo a quien le han ofendido a su padre. Tenemos que volver a descubrir el verdadero rostro del Padre, ese rostro silencioso y velado, y ninguna ocasión más hermosa para hacerlo que el Viernes Santo. San Pablo nos dice que "Dios no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros". La liturgia de la Iglesia, en uno de los domingos del año, une este pasaje con el de Gn 22, y es probable que el propio Apóstol haya querido hacer esta yuxtaposición. ¿Y de quién se habla en ese pasaje? Se habla de Abrahán. Dios dice a Abrahán: "Por haber obrado así, por no haberte reservado tu hijo, tu único hijo, te bendeciré

con toda clase de bendiciones. En ti se bendecirán todos los pueblos de la tierra".

El anciano Abrahán que camina en silencio, al lado de su hijo Isaac, hacia el monte Mona, era, pues, figura y símbolo de otro padre. Era el símbolo de Dios Padre que acompaña a Jesús en su camino hacia el Calvario. Al salir del cenáculo, Jesús, dirigiéndose a los discípulos, les dijo: "Me dejaréis solo. Pero no estoy solo, porque está conmigo el Padre" (Jn 16,32).

¿Quién podrá describir los sentimientos de Abrahán mientras llevaba a su hijo hacia el monte para inmolarlo allí? Decía Orígenes que el momento más peligroso para Abrahán fue cuando, en el camino, Isaac, que no sabía nada, se dirigió a su padre y le dijo: "Padre, tenemos fuego y leña, ¿pero dónde está el cordero para el holocausto?" No sabía que el cordero era él. Aquella palabra "padre" - escribe Orígenes—, sí que fue para Abrahán una palabra tentadora, ¡y qué violencia no tendría que hacerse para no traicionarse y volverse atrás! Y cuando también Jesús dijo en Getsemaní: "Padre, tú lo puedes todo, aparta de mí este cáliz" (Mc 14,36), ¿quién podrá decir lo que ocurrió en el corazón de Dios Padre? Seguro que Abrahán habría preferido mil veces morir él, antes que hacer morir a su hijo.

Así pues, el Padre celestial y su Hijo Jesús estaban los dos juntos en la pasión y los dos juntos estuvieron en la cruz. Jesús estaba clavado, más que a los brazos de madera de la cruz, a los brazos del Padre, es decir a su voluntad. Y así como, en la eternidad, del abrazo inefable y gozoso del Padre y del Hijo procede el Espíritu Santo, don recíproco de amor, de la misma manera ahora, en el tiempo, del abrazo doloroso del Padre y del Hijo en la cruz brotó el Espíritu Santo, don del Padre y del Hijo para nosotros. "Inclinando la cabeza, entregó el Espíritu" (Jn 19,30).

* * *

Pero, cabe preguntarnos, ¿se puede hablar así de Dios Padre? ¿Se puede hablar de sufrimiento en Dios? ¿No es Dios inmutable, impassible, eterno? Los primeros cristianos hablaban tranquilamente de "pasiones" y de sufrimiento en Dios. Decían: "Si el Hijo padeció, el Padre padeció con él. ¿Cómo iba a poder padecer el Hijo sin que el

Padre padeciese con él?" (TERTULIANO, *Contra Praxeas*, 29 (CCL 2, p. 1203). . "El propio Padre, Dios del universo, él que está lleno de longanimidad, de misericordia y de compasión, ¿acaso no sufre en cierta manera? ¿O tal vez no sabes que, cuando se ocupa de las cosas de los hombres, también él sufre una pasión humana? Él sufre una pasión de amor". Quien escribió estas últimas palabras fue uno de los Padres más celosos de las prerrogativas de Dios y de su trascendencia (ORIGENES, *Homilías sobre Ezequiel*, 6, 6 CGCS 1925, p. 384).

La pasión de Cristo es la manifestación histórica, y algo así como una epifanía, de esa misteriosa pasión del corazón de Dios. La misma pasión que lo llevaba a proferir, en el Antiguo Testamento, aquellas palabras que volveremos a escuchar dentro de unos momentos en el canto de los improperios: "Pueblo mío, ¿qué te he hecho?, ¿en qué te he ofendido? ¡Respóndeme!" (Mi 6,3). La respuesta a la pregunta "¿Por qué sufre Dios?" nos la da él mismo con estas palabras con que comienza el libro del profeta Isaías: "Hijos he criado y educado, y ellos se han rebelado contra mí" (Is 1,2).

Es cierto que el sufrimiento de Dios es muy distinto del nuestro, pues nuestro sufrimiento siempre es, en alguna medida, involuntario, forzado, mientras que el de Dios es soberanamente libre, sin que por ello se ponga en peligro su incorruptibilidad y su inmutabilidad. Es "la pasión del impassible", como la definía un Padre antiguo (san Gregorio el Taumaturgo).

El Dios de la Biblia es amor, y "el amor no puede vivirse sin dolor" (Imitación de Cristo, III, 5.)

Pero pronto surgió una herejía que echó por tierra la doctrina de la compasión de Dios. Esa herejía negaba que existiese, en Dios, cualquier distinción entre el Padre y el Hijo; en otras palabras, negaba la Trinidad. Para estos herejes, el Padre y el Hijo eran nombres distintos de una misma persona. Por eso se los llamó *patripasianos*, es decir, los que atribuyen la pasión al Padre. Ésta era una visión totalmente distinta de la ortodoxa, según la cual el Padre, sin dejar de ser Padre, es decir, persona distinta, participa del sufrimiento del Hijo, sin dejar éste de ser Hijo. Para quitar cualquier pretexto de error, se

prefirió no hablar ya más del sufrimiento de Dios, y también porque la nueva cultura a la que la Iglesia estaba llamada a anunciar el Evangelio —la griega— no entendía a un Dios capaz de apasionarse y de entrar en contacto con la historia.

Pero desde hace algún tiempo algo está cambiando, tal vez debido a las nuevas y terribles experiencias que el hombre ha conocido en materia de sufrimiento. Los teólogos más perspicaces han comenzado de nuevo a hablar, con la Biblia y con los Padres más antiguos de la Iglesia, del sufrimiento de Dios. "Es preciso —ha escrito al respecto uno de ellos— que el mundo lo sepa: la revelación del Dios-amor trastorna todo lo que él había pensado acerca de la divinidad" (H. de Lubac). En la encíclica *Dominum et vivificantem*, de Juan Pablo II, leemos, en ese mismo sentido, que "en la humanidad de Jesús redentor se hace realidad el sufrimiento de Dios" (n. 39).

¿Pero quién es la causa última de ese sufrimiento? ¿Debemos pensar tal vez, como algunos filósofos griegos, que por encima de nosotros y hasta del mismo Dios existe una Necesidad, un Hado al que todo y todos estamos sometidos? ¡De ninguna manera! Dios es Dios, y por encima de él no existe nada ni nadie. ¿Dónde está entonces esa causa? Se resume en dos palabras: el amor de Dios y la libertad del hombre. Los padres de la tierra que han tenido que sufrir a causa del extravío y la ingratitud de sus hijos (y hay tantos hoy en día) saben bien lo que significa el verse despreciados por los propios hijos. Dios había concebido para el hombre un maravilloso designio de gracia. Pero sobrevino el pecado; el hombre se soltó de Dios y dijo. "Non seiviam — ¡No te serviré!". Se fueron todos de la casa paterna, cual hijos pródigos. Pero la realidad ha sido aún más hermosa que la parábola. Pues aquí el hijo mayor no se queda tranquilo en la casa paterna. El Unigénito "que estaba en el seno del Padre" leyó el ardiente deseo de éste de recobrar a los hijos dispersos y no esperó a recibir la orden: "¡Ve y muere por tus hermanos! ", sino que, dirigiéndose al Padre, dijo: "Tú no quieres sacrificios ni ofrendas por los pecados. Entonces yo dije: Aquí estoy, ¡oh Dios!, para hacer tu voluntad" (Hb 10,5-7). Y tu voluntad es que todos los hombres se salven (cf 1 Tm 2,4).

La obediencia más perfecta es la que se anticipa a la orden y obedece al simple deseo. Así ha sido la obediencia de Cristo. Dios — escribe santo Tomás— ha entregado a su Hijo a la muerte "en cuanto que le ha inspirado la decisión de sufrir por nosotros, infundiéndole el amor (TOMÁS DE AQUINO, Summa Theologica, III, 47, 3). "Dios Padre —decía san Bernardo— no exigió la sangre de su Hijo, sino que aceptó la ofrenda de la misma" (SAN BERNARDO, Contra los errores de Abelardo, 8, 21 (PL 182,1070).

De ahí brota el misterio que esta tarde estamos celebrando: del mismísimo corazón de la Trinidad; nace del amor que el Padre nos tiene y del amor del Hijo al Padre. Al salir del cenáculo, Jesús dijo: "Para que el mundo comprenda que yo amo al Padre, levantaos, vámonos de aquí" (cf Jn 14,31). Por eso tenemos toda la razón cuando exclamamos con las palabras del Exsultet: "¡ Qué asombroso beneficio de tu amor por nosotros! —canta en el Exsultet—. ¡Qué incomparable ternura y caridad! ¡Para rescatar al esclavo entregaste el Hijo!"

Eso es lo que quiere decir que Dios "no perdonó" a su propio Hijo: quiere decir que no se lo reservó para sí, que no se lo guardó como un codiciado tesoro. El Padre no es solamente el que recibe el sacrificio del Hijo, sino también el que hace el sacrificio de entregarnos a su Hijo. ¡Cómo nos amaste, Padre bueno, que no perdonaste a tu Hijo único sino que lo entregaste por nosotros pecadores! ¡Cómo nos amaste!" (SAN AGUSTÍN, Confesiones, X, 43,) . ¡Y nosotros huyendo de tu presencia, creyendo que nos odiabas!

Dadle a un niño la seguridad de que su papá lo ama, y lo habréis convertido en una criatura fuerte, segura de sí misma, alegre y libre en la vida. Pues eso es lo que quiere hacer con nosotros la palabra de Dios: quiere devolvernos esa seguridad. La soledad del hombre en el mundo sólo se vence con la fe en el amor de Dios Padre. "El amor paternal de Dios —ha escrito un gran filósofo— es lo único estable en la vida, el verdadero punto de Arquímedes (KIERKEGAARD, Diario, III A, 73.

Fijaos en un niño que va de paseo, cogido de la mano de su papá, o al que el padre hacer dar vueltas a su alrededor sujetándolo por los brazos, y tendréis la mismísima imagen del orgullo, de la libertad, de la alegría. He leído en alguna parte que un día un acróbata realizó un ejercicio: se asomó al vacío desde el último piso de un rascacielos, apoyándose únicamente en la punta de los pies y teniendo en brazos a su hijo. Cuando bajaron, alguien le preguntó al niño si no había sentido miedo al estar en el vacío a aquella altura, y el niño, extrañado de la pregunta, contestó: "No, estaba en brazos de papá".

Así, repito, quiere la palabra de Dios que seamos nosotros. San Pablo, después de recordar que Dios no perdonó a su propio Hijo por nosotros, prorrumpe en un grito de júbilo y de victoria: "Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros? ¿Quién nos acusará? ¿Quién nos condenará? ¿Quién podrá apartarnos del amor de Dios: la espada, el miedo, la angustia, los complejos, el mundo, las enfermedades, la muerte? ¡Pero si de todo esto salimos vencedores gracias a aquel que nos ha amado!" (cf Rm 8,3 1-37). ¡Fuera, pues, los miedos, fuera el desaliento, fuera la pusilanimidad! El Padre sabe y el Padre os ama, dice Jesús. No habéis recibido un espíritu de esclavos para recaer en el temor, sino un espíritu de hijos con el que poder gritar: "¡Abba — Padre!".

Ante este amor tan incomprensible, resulta espontáneo dirigirnos a Jesús y preguntarle: "Jesús, tú que eres nuestro hermano mayor, dinos: ¿qué podemos hacer para ser dignos, o al menos para mostrarnos agradecidos ante tanto dolor y tanto amor?" Y Jesús, desde lo alto de la cruz, responde con hechos, no con palabras: "Hay algo —dice— que podéis hacer, algo que yo he hecho también y que hará feliz al Padre: tened confianza en él, fiaos de él, a pesar de todo, a pesar de todos, ¡a pesar de vosotros mismos! Cuando os ciegue la oscuridad, cuando las dificultades amenacen con ahogaros y estéis a punto de rendiros, recobraos y gritad: ¡Padre, ya no te comprendo, pero me fío de ti! Y recobraréis la paz

* * *

En el mundo de hoy existe una situación de sufrimiento muy especial que puede encontrar alivio en este anuncio del Padre. Al describir la misión de Juan Bautista, el ángel dijo a Zacarías, su padre, que aquel niño "convertiría los corazones de los padres hacia los hijos y los corazones de los hijos hacia los padres" (cf Lc 1,17; Mt 3,24). Necesitamos que se renueve esa conversión. Aquel cuyo nombre — dia bolos— significa el que divide, el que separa, ya no se conforma con poner a un pueblo contra otro, a una clase social contra otra, a un sexo contra el otro: a los hombres contra las mujeres y a las mujeres contra los hombres. Quiere golpear aún más profundamente: poner a los padres contra sus hijos y a los hijos contra sus padres y sus madres. ¡Cuánto sufrimiento, cuánta tristeza en el mundo a causa de esto, cuántas ruindades que nos dejan sin palabras!

Esta tarde estamos conmemorando el amor divino de un padre a su hijo y de un hijo a su padre. Quiera Dios que de este misterio brote para la Iglesia y para el mundo una gracia de curación que vuelva a convertir el corazón de los padres hacia los hijos y el de los hijos hacia los padres. Que enterezca los corazones endurecidos. "Os escribo, padres —decía el evangelista Juan a los cristianos de su tiempo—, porque ya conocéis al que existía desde el principio... Os escribo, hijos, porque ya conocéis al Padre" (1 Jn 2,13). Y también yo, en estos momentos, os hablo a vosotros, padres, y os hablo a vosotros, hijos. Es necesario volver a partir de Dios para no sucumbir al mal. Para volver a encontrar la alegría de ser hombre, de ser mujer, de ser padre o madre, de ser hijo o hija. La alegría de estar en el mundo, de existir.

Dice la Escritura que, el día sexto de la creación, miró Dios todo lo que había hecho y vio que "era muy bueno" (Gn 1,31). En el día sexto de la nueva semana creadora, que es el Viernes Santo, Dios Padre vuelve a mirar su creación y ve que, gracias al sacrificio de su Hijo, todo vuelve a ser "muy bueno". Goce de nuevo el Señor con sus obras (Sal 104,31).

Y si de este nuestro mundo enfermo se elevan hacia el cielo tantos gritos de rebelión, tantas blasfemias, tantas maldiciones, nosotros haremos nuestras, en este día santísimo del año, las palabras del

Apóstol y gritaremos desde lo más hondo del corazón, en nombre de todos los hombres de la tierra: "¡Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo!" (Ef 1,3). ¡Bendito sea Dios Padre! ¡ Bendito, bendito!

VENDRÁ A JUZGAR

"Jesús de Nazaret: lo mataron colgándolo de una cruz. Pero Dios lo resucitó al tercer día... Y nos encargó predicar al pueblo, dando solemne testimonio de que Dios lo ha nombrado juez de vivos y muertos" (Hch 10,39-42).

El relato de la pasión nos ha presentado durante todo el tiempo a un Jesús juzgado. Se multiplican los procesos contra él: Anás, Caifás, Pilato. Y no se acaba ahí. El procurador romano se retira, la multitud se dispersa, el tribunal se queda desierto, pero el proceso continúa. También hoy Jesús de Nazaret está en el centro de un proceso. Filósofos, historiadores, cineastas, simples estudiantes de teología: todos se sienten autorizados a juzgar su persona, sus enseñanzas, sus reivindicaciones mesiánicas, a su Iglesia...

Pero las palabras de Pedro que acabamos de escuchar y las palabras que Jesús mismo pronuncia ante el Sanedrín levantan de improviso algo así como un velo, dejando entrever una escena totalmente distinta: "Desde ahora veréis al Hijo del Hombre sentado a la derecha de Dios y venir sobre las nubes del cielo" (Mt 26,64). ¡Qué gran contraste! Ahora todos sentados y él de pie, maniatado; entonces todos de pie y él sentado a la derecha de Dios. Ahora los hombres y la historia juzgando a Cristo, entonces Cristo juzgando a los hombres y a la historia.

Desde que el Mesías llevó a cabo la salvación inmolándose como cordero en la cruz, se convirtió en juez universal. Él "pesa" a los hombres y a los pueblos. Ante él se decide quién cae y quién se mantiene en pie. No hay apelación posible. Él es la instancia suprema. Esta es la fe inmutable de la Iglesia, que sigue proclamando en el

Credo: "Y de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos. Y su reino no tendrá fin".

* * *

Durante milenios y milenios de vida en la tierra, el hombre se ha acostumbrado a todo; se ha adaptado a todos los climas, se ha inmunizado contra todas las enfermedades. Pero hay una cosa a la que no se ha acostumbrado: a la injusticia. Sigue sintiéndola como algo intolerable. "Esta hambre de justicia y de confesión atenaza las entrañas del planeta y se traduce en erupciones y convulsiones, como esos nudos y esos cólicos de la naturaleza que dieron origen a las cadenas montañosas". De la misma manera que tenemos necesidad de misericordia, así también, y quizás aún más, tenemos necesidad de justicia. Y la respuesta a esa sed de justicia será el juicio. Que no sólo lo exigirá Dios, sino, paradójicamente, también los hombres, incluso los malvados. "El día del juicio universal, no sólo bajará del cielo el Juez, sino que toda la tierra se precipitará a su encuentro" (P. Claudel).

El Viernes Santo es una ocasión muy apropiada para revivir la verdad del juicio final, sin el cual el mundo y la historia se vuelven incomprensibles y escandalosos. Al visitante que llega a la plaza de San Pedro, la columnata de Bernini le parece, a primera vista, un espectáculo bastante confuso. Las cuatro series de columnas que circundan la plaza se presentan como totalmente asimétricas, como un bosque de árboles gigantescos plantados allí al azar. Pero es bien sabido que hay un punto, marcado en el suelo con un círculo, en el que hay que situarse. Y desde ese punto de observación, la panorámica cambia por completo y aparece una maravillosa armonía: las cuatro series de columnas se alinean como por encanto, como si fuesen una sola columna. Es todo un símbolo de lo que ocurre en esa otra plaza más grande que es el mundo. En él todo nos parece confuso, absurdo, fruto más bien de un capricho del azar que de una providencia divina.

Ya lo observaba así un sabio del Antiguo Testamento: "Una misma suerte —dice— toca a todos: al inocente y al culpable, al puro y al

impuro... Otra cosa observé bajo el cielo: en la sede del derecho, el delito; en el tribunal de la justicia, la iniquidad" (Qo 9,2; 3,16). Y en efecto, en todas las épocas se ha visto cómo triunfa la iniquidad, mientras queda humillada la inocencia. Pero para que no pensemos que en el mundo hay algo firme y seguro, hacía notar Bossuet, a veces vemos lo contrario, o sea a la inocencia en el trono y a la iniquidad en el patíbulo. ¿Y qué conclusión sacaba de todo esto aquel sabio del Antiguo Testamento? "Y pensé: al justo y al malvado los juzgará Dios, pues hay una hora para cada asunto" (Qo 3,17). Así, también él descubrió el punto exacto de observación: el juicio final.

* * *

"El destino de los hombres es morir una sola vez. Y después de la muerte, el juicio" (Hb 9,27). ¡Cómo cambian de aspecto, vistas desde este ángulo, las vicisitudes de la vida del hombre, incluso las que ocurren en nuestro mundo de hoy en día! A diario nos llegan noticias de atrocidades, cometidas contra los débiles y los indefensos, que se quedan impunes. Vemos cómo personas acusadas de crímenes horrendos se defienden con la sonrisa en los labios, traen en jaque a jueces y tribunales y salen libres por falta de pruebas. Como si escabulléndose de los jueces humanos, lo hubiesen resuelto todo. ¡No os servirán de nada, pobrecitos, no os servirán de nada! El verdadero juicio aún no ha comenzado. Aun cuando terminéis vuestros días en libertad, temidos, respetados, incluso con un solemne funeral religioso y después de haber dejado abundantes limosnas para obras piadosas, no os servirán de nada. El verdadero Juez os está esperando detrás de la puerta, y de él nadie se ríe. Dios no se deja corromper. Es terrible caer, en ese estado, "en manos del Dios vivo" (Hb 10,31).

Ya sabemos cómo se va a desarrollar el juicio: "Y entonces dirá a los de su izquierda: Apartaos de mí, malditos, id al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre y no me disteis de comer, tuve sed y no me disteis de beber, fui forastero y no me hospedasteis, estuve desnudo y no me vestisteis, enfermo y en la cárcel y no me visitasteis" (Mt 25,4 1-43). ¿Y qué será entonces de

aquellos que no sólo no dieron de comer al que tenía hambre, sino que se lo quitaron; que no sólo no hospedaron al forastero, sino que hicieron que fuese forastero, desterrado y fugitivo; que no sólo no visitaron al preso, sino que lo metieron injustamente en la cárcel, lo secuestraron, torturaron y mataron?

* * *

Pero hay también otros hechos en nuestra sociedad que nos conciernen a todos. No hace mucho hemos visto cómo es posible que llegue a instaurarse un sentimiento general de impunidad, merced al cual se rivaliza en violar la ley, en corromper y dejarse corromper, con la excusa de que todos lo hacen, de que es una práctica común, de que es el sistema. Pero mientras tanto, la ley nunca se ha abrogado. Hasta que un día se abre una investigación, y llega la hecatombe.

No se habla de otra cosa en nuestros días. ¿Pero hay alguien que se pare a pensar que ésta es, en realidad, la situación en que vivimos más o menos todos, acusados y acusadores, respecto a la ley de Dios? Se violan alegremente, uno tras otro, los mandamientos de Dios, incluso el de no matar, con el pretexto de que a fin de cuentas todos lo hacen, de que la cultura, el progreso y hasta la ley humana ahora lo consienten. Pero Dios nunca ha pensado en abrogar ni los mandamientos ni el Evangelio, y ese sentido generalizado de impunidad es totalmente ficticio y un tremendo engaño. Eso que está ocurriendo ante nuestros ojos es una pálida imagen de otra investigación, mucho más dramática, que pende sobre las cabezas de todos. Pero ¿quién se preocupa por eso?

En el ámbito humano, reaccionamos indignados ante la hipótesis del "borrón y cuenta nueva" que cancele todas las responsabilidades penales, pero luego eso es lo que tácitamente pretendemos que haga Dios con nosotros en el ámbito espiritual: borrón y cuenta nueva de todo. No nos basta con un Dios misericordioso, queremos un Dios que sea también inicuo, que avale la injusticia y el pecado. Total —decimos—, Dios es bueno y lo perdona todo. Si no, ¿qué Dios es ése?

Y no pensamos que, si Dios accediese a pactar con el pecado, caería por tierra la diferencia entre el bien y el mal, y con ella todo el universo.

No podemos dejar caer en el olvido las palabras que nos han legado las generaciones pasadas: "Dies irae, dies irae... — Día de ira será el día aquel...". Habrá motivos para echarnos a temblar cuando aparezca el Juez para cribarlo todo meticulosamente. "Liber scriptus proferetur — Se abrirá un libro en el que se contendrá todo y en base al cual se juzgará al mundo". ¿Qué libro? En primer lugar, ese "libro escrito" que es la Sagrada Escritura, la palabra de Dios. "La palabra que yo he pronunciado, ésa lo juzgará en el último día" (Jn 12,48). Después, especialmente para los que no han conocido a Cristo, el libro de la propia conciencia. Un libro que saldrá con el hombre del sepulcro, como un diario. "Entonces se revelarán todos los secretos y nada quedará impune — nil inultum remanebit". Será el final de toda la rebeldía humana. No quedará piedra sobre piedra, absolutamente nada.

¿Qué le ha pasado al pueblo cristiano? Antes se escuchaban estas palabras con temor saludable. Ahora la gente va a la ópera, escucha la "Misa de Requiem" de Verdi o de Mozart, se emociona con las notas del "Dies irae", y sale tarareándolas y tal vez hasta imitando sus movimientos con la cabeza. Pero lo último en que se les ocurre pensar es en que esas palabras les atañen personalmente a ellos y que se está hablando también de ellos. O bien, la gente entra en la capilla Sixtina, aquí en el Vaticano, se sienta, contempla el "Juicio Final" de Miguel Ángel y se queda sin respiración. ¡Pero por la pintura, no por lo que en ella aparece pintado! Incluso el adúltero, el ambicioso, el sacrílego se sienta e intercambia comentarios con el vecino. Pero ni siquiera se le pasa por la cabeza que alguno de aquellos rostros llenos de terror tenga algo que decirle precisamente a él. Miguel Ángel sí que estaba subyugado por la realidad ("Venid, benditos... Alejaos, malditos..."); nosotros nos quedamos en la representación.

Se ha hablado mucho sobre la restauración del "Juicio Final" de Miguel Ángel. Pero hay otro juicio final que debe ser restaurado cuanto antes: el que está pintado, no en paredes de ladrillos, sino en el corazón de los cristianos. Pues también ése está todo él descolorido y amenazado de ruina. "El más allá (y con él el juicio) se ha convertido en una broma, en una exigencia tan incierta que hasta nos divierte pensar que hubo un tiempo en que ese pensamiento transformaba toda la existencia" (5. Kierkegaard). En algunas basílicas antiguas, el juicio final no se representaba en la parte de adelante, sino en la pared del fondo, detrás de la asamblea. De esa manera, ésa era la visión que la gente tenía al salir de la iglesia y la que se llevaba consigo al volver a la vida. El pensamiento del juicio plasmaba realmente toda la existencia.

De niño vi una escena de una película que ya nunca olvidé. Un puente del ferrocarril se había hundido sobre un río desbordado; a uno y otro lado colgaban en el vacío los dos trozos de la vía. El guarda del paso a nivel más cercano, al darse cuenta, echa a correr al encuentro del tren que viene a toda velocidad, al caer de la tarde, y desde el medio de la vía agita una linterna gritando desesperadamente: "¡Frena, frena, atrás, atrás!"

Ese tren nos representa a nosotros al vivo. Es la imagen de una sociedad que avanza despreocupadamente, al ritmo del Rock and roll, embriagada por sus conquistas y sin saber lo que le espera. La Iglesia tiene que hacer lo que aquel guarda: repetir las palabras que un día pronunció Jesús cuando se enteró de un desastre en el que varias personas habían perdido la vida: "Si no os convertís, todos pereceréis de la misma manera" (Le 13,5). O bien las palabras que los profetas iban repitiendo en su época: "Arrepentíos y convertíos de vuestros delitos, y así no moriréis, casa de Israel" (Ez 18,30.3 1). Éste podría ser uno de los puntos de partida para una nueva evangelización.

Alguien podrá intentar consolarse diciendo que, después de todo, el día del juicio está lejos, tal vez a millones de años. Pero de nuevo Jesús le responde desde el Evangelio: "Necio, ¿quién te garantiza que esta misma noche no te van a pedir cuentas de tu vida?" (cf Le 12,20). Verdaderamente, el Juez está ya a la puerta" (St 5,9). Aún no habremos terminado de exhalar el último aliento cuando habrá llegado

el juicio. Un relámpago y se hará la verdad sobre todo. "Juicio particular" lo llama la teología; pero que será también definitivo. Sin posibilidad de revisión.

* * *

Llegados aquí, es preciso disipar un posible malentendido. ¿Por quién suenan las campanas? ¿A quién se le da un toque de atención con estas palabras sobre el juicio? ¿Tan sólo a los incrédulos, a los de fuera? ¡ Seguro que no! "Ha llegado el momento -escribe el apóstol san Pedro- de que el juicio empiece por la casa de Dios; y si nosotros somos los primeros, ¿cuál será el final de los que no han obedecido al Evangelio de Dios?" (1 P 4,17). El juicio empieza, pues, por la Iglesia. Más aún, a quien más le han dado, más le exigirán. También en la Iglesia hay quienes no sirven a Dios sino que se sirven de Dios. Entonces llegará el final de todas la diferencias, incluso entre Iglesia docente e Iglesia discente, entre pastores y ovejas. Tan sólo habrá lugar para una diferencia: entre ovejas y cabras", o sea entre justos y réprobos. La campana —o la trompeta— del juicio sonará, pues, para todos. "Dios no tiene favoritismos" (Rm 2,11). "Todos tendremos que comparecer ante el tribunal de Cristo" (2 Co 5,10).

En el evangelio de Mateo leemos que los sumos sacerdotes, recogiendo las treinta monedas de plata que Judas había arrojado en el templo, dijeron: "No es lícito echarlas en el arca de las ofrendas, porque son precio de sangre" (Mt 27,3ss). Mucho me temo que, en algún lugar, nosotros, los ministros de la Iglesia, no hayamos estado suficientemente atentos y que hayan acabado a veces en el arca de las ofrendas, sin saberlo, dineros y ofrendas que eran "precio de sangre". Así que no sólo el juicio final, sino también el actual, debe empezar por la casa de Dios...

* * *

¿Por qué este severo toque de atención, justo durante la liturgia del Viernes Santo? Porque en la muerte de Jesús se ha anticipado el juicio. "Ahora va a ser juzgado el mundo", dijo él mismo poco antes de la pasión (Jn 12,31). El juicio final no será más que la revelación y la aplicación de este juicio irrevocable, de este "¡no!" absoluto que Dios pronunció sobre todo el pecado del mundo. Hasta el punto de que ahora existe un medio seguro para evitar, si queremos, el juicio futuro y asegurarnos por anticipado su resultado favorable: someternos al juicio de la cruz. El Juez futuro está ahora ante nosotros como Salvador y como Rey. Entre el juez y el rey existe una diferencia esencial. El rey, si quiere, puede perdonar: está en su derecho; el juez, aunque no quiera, tiene que hacer justicia: éste es su deber.

Jesús "borró el protocolo —el chirographum— que nos condenaba con sus cláusulas y lo quitó de en medio, clavándolo en la cruz" (Col 2,14). Por tanto, echemos entre los brazos del Crucificado todo el mal que hayamos hecho, ese "libro escrito" que llevamos dentro, listo para acusarnos. Que nadie vuelva a casa con la voluntad de seguir pecando, con un corazón impenitente. Juzguémonos a nosotros mismos, para que no nos juzgue Dios. Al que se acusa, Dios lo excusa; al que se excusa, Dios lo acusa. Dejemos aquí, en el Calvario, todas nuestras rebeldías, todos nuestros rencores, todos nuestros hábitos impuros, toda la avaricia, todas las envidias, todos los deseos de hacernos justicia por nuestra cuenta. Perdonémonos unos a otros, pues está escrito que "el juicio será sin misericordia para el que no practicó la misericordia" (St 2,13). Vivamos la Pascua atravesando este nuevo mar "rojo" que es la sangre de Cristo.

Esta invitación se dirige a todos, incluso a los que la sociedad, yo no sé con qué derecho, da el nombre de "fieras". En el Calvario, estaban con Jesús dos bandidos: uno de ellos murió blasfemando, el otro pidiendo perdón. El recuerdo del primero sigue siendo aún objeto de temor; el del segundo, de bendición y de esperanza. Todos tenemos hoy la posibilidad de elegir cuál de los dos queremos ser para nuestros hijos, para la sociedad, para la historia. Dios te está esperando para mostrar en ti la fuerza de su gracia. "Hay gran alegría en el cielo por un solo pecador que se arrepienta". Pero que se arrepienta de verdad por haber ofendido a Dios y dañado a la sociedad, no sólo para

conseguir una reducción de la pena. Después de Cristo, nadie debe ya decir lo que dijo Caín después de matar a Abel: "Mi culpa es demasiado grande para que pueda ser perdonada" (Gn 4,13).

* * *

En un cierto momento del "Dies irae", se da un cambio de tonalidad: el temblor se convierte en una conmovedora plegaria que parece escrita para este día del año: "Recordare, Jesu pie, quod sum causa tuae viae —Acuérdate, buen Jesús, que por mí has venido a la tierra. No me condenes en ese día. Tú me redimiste subiendo a la cruz: que no se desperdicie tanto dolor. Rex tremendae majestatis, qui salvandos salvas gratis, salva me, fons pietatis — Rey de tremenda majestad, tu que salvas gratuitamente a los que se salvan, sálvame, fuente de toda piedad". Sálvanos a todos nosotros, cuando vuelvas en tu gloria para juzgar a vivos y muertos.

SE ENTREGÓ POR SU ESPOSA

"Uno de los soldados con la lanza le traspasó el costado y al punto salió sangre y agua" (Jn 19,34). En la reflexión sobre estas palabras, hubo un momento en que la antigua Iglesia se sintió como fulgurada por una revelación. "No pases adelante demasiado deprisa, oh amado, sobre este misterio —exclama san Juan Crisóstomo—, porque quiero exponerte una interpretación mística. Esa sangre y esa agua son símbolos del bautismo y de la Eucaristía, donde se engendra la Iglesia. Porque del costado de Cristo se formó la Iglesia, como del costado de Adán se formó Eva... Y de la misma manera que entonces sacó del costado durante el sueño, mientras Adán dormía, así ahora, después de su muerte, entregó sangre y agua. La muerte es ahora lo mismo que entonces fue el sueño. ¿Veis cómo Cristo unió consigo a la esposa?"^bJuan CRISOSTOMO, Catequesis bautismales, 7, 17-18 (Sch Sübis, p. 160s).

En Occidente se hizo eco de ello san Agustín: "La primera mujer fue formada del costado del hombre mientras éste dormía, y fue llamada vida y madre de los que viven. Aquí el segundo Adán, inclinando la cabeza, se duerme en la cruz, para que así, con el agua y la sangre que brotaron de su costado, quedase formada su esposa" (SAN AGUSTIN, Tratados sobre el evangelio de san Juan, 120, 2).

Todo eso nos ayuda a ver bajo una luz nueva esta liturgia que estamos celebrando. A primera vista, se podría pensar que la liturgia del Viernes Santo pertenece, o se inspira, en el género de los threnoi, o sea de la lamentaciones que se hacían por un difunto; o bien en el género del epinicio, con que se celebraba una victoria. Ambas cosas son verdad: lloramos por una muerte y celebramos una victoria, ya que en la cruz "venció —enikesen— el león de la tribu de Judá" (Ap 5,5).

Pero la liturgia del Viernes Santo es sobre todo un epitalamio, un canto nupcial. Hay en la Biblia un salmo titulado "epitalamio real, que fue compuesto para las bodas de un príncipe con una princesa real y que la tradición ha aplicado a Cristo y a la Iglesia.. Empieza así:

"Me brota del corazón un poema bello, dedico mis versos a un rey

Al novio se le dice: "Eres el más bello de los hombres", y a la novia: "Escucha, hija, mira, inclina el oído, olvida tu pueblo y la casa paterna: prendado está el rey de tu belleza" (Sal 45). En el epitalamio todo habla de belleza.

También hay un epitalamio en el Nuevo Testamento, compuesto expresamente para esas nuevas bodas de Cristo con la Iglesia. Es la carta a los Efesios, en la que se dice: "Cristo amó a su Iglesia y se entregó a sí mismo por ella, para consagrarla... y para colocarla ante sí gloriosa, la Iglesia, sin mancha ni arruga ni nada semejante, sino santa e inmaculada... Nadie ha odiado jamás su propia carne, sino que le da alimento y calor, como Cristo hace con la Iglesia... Por eso abandonará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer y serán los dos una sola carne. Es éste un gran misterio, y yo lo refiero a Cristo y a la Iglesia" (Ef 5,25-32).

En la carta a los Efesios se da una significativa progresión, al hablar de la Iglesia, algo así como un intento de penetrar cada vez más profundamente en su misterio. Primero se la presenta con una imagen de la construcción, como edificio de Dios que tiene "al mismo Cristo Jesús como piedra angular" (Ef 2,20). La relación entre Jesús y la Iglesia se equipara a la que existe entre los cimientos y el edificio construido sobre ellos. Más adelante, la Iglesia aparece presentada como el cuerpo de Cristo: Dios ha constituido —leemos— a unos apóstoles, a Otros profetas, "para la edificación del cuerpo de Cristo" (Ef 4,11-12). Aquí la relación entre ambos se equipara a la que existe entre la cabeza y el cuerpo: "... hagamos crecer todas las cosas hacia él, que es la cabeza, Cristo" (Ef 4,15)

Pero el Apóstol no parece quedarse todavía satisfecho con estas imágenes del edificio y del cuerpo, y nos ofrece otra, la de la esposa. Cuando Adán vio a Eva, exclamó: "Ésta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne" (Gn 2,23). Eso mismo dice ahora Cristo de su Iglesia.

¿Dónde está la diferencia? Un edificio no es un compañero, un interlocutor con quien se puede dialogar. Tampoco el propio cuerpo es una persona que está delante de mí con su libertad, a la que puedo amar y dejarme amar por ella. ¡Una esposa es todo esto! También el nuevo Adán buscaba a "alguien como él que le ayudase" y lo encontró!

* * *

Pero al llegar aquí quiero retomar y hacer más las palabras de aquel Padre antiguo de la Iglesia y decir: "No pases adelante demasiado deprisa, oh amado, pues tengo que hacerte otra reflexión". En aquella afirmación del Apóstol "Cristo amó a la Iglesia" late una pregunta que se queda como resonando en el aire: Cristo amó a la Iglesia: ¿Y tú? ¿Amas tú a la Iglesia?

‘Nadie odia su propia carne’, es decir, a su esposa, y mucho menos Cristo. Entonces, hermano, ¿por qué dices tú: "Dios sí, la Iglesia no"?

¿Por qué diriges tan fácilmente tu dedo acusador contra tu madre, diciendo: "La Iglesia se equivoca en esto, la Iglesia se equivoca en aquello; la Iglesia debería decir, la Iglesia tendría que hacer..."? ¿Quién eres tú para atreverte a señalar con el dedo a mi esposa querida?, dice el Señor. "¿Dónde está el acta de repudio con que despedí a vuestra madre?", dice Dios por el profeta Isafas (Is 50,1). Creo que estas palabras se dirigen también a muchos cristianos de nuestros días: "¿Dónde está escrito que yo haya repudiado a vuestra madre, la Iglesia, o que ella no sea ya mi esposa?"

También la Iglesia es "la piedra que desecharon los arquitectos" (los arquitectos de la civilización secular de nuestros días). Es "la esposa repudiada", pero repudiada por los hombres, no por Dios. Dios es fiel. En algunas partes del mundo existe una expresión a propósito para designar a este tipo de creyentes: los unchurched Christians, los cristianos sin Iglesia. Y no se dan cuenta de que, de esa manera, no sólo renuncian a la Iglesia, sino también a Cristo (a menos que los excuse la ignorancia o la buena fe). Lo que Jesús dijo del matrimonio vale con mayor razón para Cristo y la Iglesia: "Lo que Dios ha unido, que el hombre no lo separe" (Mt 19,6).

Quien no ama a la Iglesia (al menos una vez que la ha conocido) no ama a Cristo. "No puede tener por Padre a Dios —decía san Cipriano— quien no tiene por madre a la Iglesia"³SAN CIPRIANO, La unidad de la Iglesia, 6. . Y tener por madre a la Iglesia no significa sólo haber sido bautizados un día en la Iglesia, sino también apreciarla, respetarla, amarla como madre, sentirse solidarios con ella en el bien y en el mal.

Si alguien mira las vidrieras de una antigua catedral desde la calle, no verá más que trozos de vidrio oscuros unidos por tiras de plomo negro; pero si atraviesa el umbral y las mira desde dentro, a contraluz, entonces verá un espectáculo de colores y de figuras que lo dejan sin respiración. Lo mismo ocurre con la Iglesia. El que la mira desde fuera, con los ojos del mundo, no ve más que lados oscuros y miserias; pero el que la mira desde dentro, con los ojos de la fe y sintiéndose parte de ella, verá lo que veía san Pablo: un maravilloso edificio, un cuerpo bien ensamblado, una esposa sin mancha, ¡un "gran misterio"! El que mira desde fuera de esta Basílica la vidriera

que tenemos frente a nosotros no ve nada de especial, tan sólo oscuro vidrio; pero nosotros, que estamos aquí dentro, divisamos una luminosísima paloma, el Espíritu Santo.

* * *

Tal vez digas: "¿Pero cómo? ¿Y las incoherencias de la Iglesia? ¿Y los escándalos, incluso por parte de algunos papas?" Pero esto lo dices porque razones humanamente, como hombre carnal, y no sabes aceptar que Dios manifiesta su fuerza y su amor a través de la debilidad.

Como no logras alcanzar la inocencia por ti mismo, se la exiges a la Iglesia, mientras que Dios ha decidido manifestar su gloria y su omnipotencia precisamente a través de la tremenda debilidad e imperfección de los hombres, incluidos los "hombres de Iglesia", y con ella ha moldeado a su esposa, que es maravillosa justamente porque exalta su misericordia. El Hijo de Dios vino a este mundo y, como buen carpintero que había llegado a ser en la escuela de José, recogió los trocitos de madera en peor estado y más nudosos que encontró y con ellos se construyó una barca que resiste a la mar desde hace dos mil años.

¡Los pecados de la Iglesia! ¿Crees que Jesús no los conoce mejor que tú? ¿Acaso no sabía él por quién moría?, ¿y dónde estaban en aquel momento sus apóstoles? Pero él amó a esta Iglesia real y concreta, no a una imaginaria e ideal. Murió "para hacerla santa e inmaculada", no porque fuese ya santa e inmaculada. Cristo amó a la Iglesia "en esperanza": no sólo por lo que "es", sino también por lo que "será": la Jerusalén celestial "arreglada como una novia que se adorna para su esposo" (Ap 21,2).

6Pero por qué esta Iglesia nuestra ha de ser tan pobre y tan lenta? ¿Nos lo hemos preguntado alguna vez? Don Primo Mazzolari, que no era por cierto un hombre acostumbrado a lisonjear a la Iglesia institucional, escribió: "Señor, yo soy tu carne enferma; te peso cual cruz pesada, cual hombros que no resisten. Para no dejarme caer, te

cargas también con mi fardo y caminas como puedes. Y entre aquellos con los que vas cargado, hay algunos que te culpan de no caminar según las reglas y acusan también de lentitud a tu Iglesia, olvidando que, cargada como va de escorias humanas que ni puede ni quiere echar por la borda (¡son sus hijos!), vale más el llevarlos que el llegar a puerto".

La Iglesia camina lenta, qué duda cabe. Camina lenta en la evangelización, en la respuesta a los signos de los tiempos, en la defensa de los pobres y en tantas y tantas otras cosas. ¿Pero sabéis por qué camina tan lenta? Porque nos lleva a hombros a nosotros, que aún estamos llenos de todo el lastre del pecado. Los hijos acusan a la madre de estar cargada de arrugas, cuando esas arrugas, como ocurre en el orden natural, son precisamente ellos quienes se las han producido. Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella para que fuese una Iglesia "sin mancha", y la Iglesia no tendría manchas si no nos tuviese a nosotros... La Iglesia tendría una arruga de menos, si yo hubiese cometido un pecado menos. A uno de los Reformadores que le echaba en cara el que siguiese en la Iglesia católica a pesar de su "corrupción", Erasmo de Rotterdam le contestó un día: "Soporto a esta Iglesia, con la esperanza de que se haga mejor, dado que ella se ve obligada a soportarme a mí, con la esperanza de que yo me haga mejor".

Tenemos que pedir todos perdón a Cristo por tantos juicios desconsiderados y por tantas ofensas como hemos infligido a su esposa, y, en consecuencia, a él mismo. Decidle a un hombre que su mujer es fea, o que es "una cualquiera", y veréis si podéis hacerle una ofensa mayor o si podéis aguantar su cólera. Tenemos que imponernos todos sin tardanza una manera nueva de hablar, más consciente de quién es la Iglesia. "Como soy uno de ellos —escribía Saint-Exupéry acerca de su patria terrena, en un momento oscuro de su historia—, no renegaré de los míos, hagan lo que hagan. No predicaré contra ellos delante de extraños. Si puedo salir en su defensa, los defenderé. Si me cubren de vergüenza, esconderé esa vergüenza en mi corazón y guardaré silencio. Y piense lo que piense entonces de ellos, nunca haré de testigo en su contra. Ningún marido va de casa en casa

diciendo a los vecinos que su mujer es una zorra: ¡bonita manera de salvar su honor! Como su esposa es alguien de su casa, no puede sacar pecho en público contra ella; sino que, una vez en su casa, dará rienda suelta a su cólera A. DE SAINT-EXUPÉRY, Piloto de guerra, 24.

Existe el peligro de que alguien haga exactamente lo que aquí estamos condenando. Que, habiendo roto con la Iglesia, vaya de universidad en universidad, de revista en revista, de congreso en congreso, repitiendo sus amargas acusaciones contra la Iglesia "institucional", como si ésta fuese algo totalmente diverso del ideal de Iglesia que él elaboró en su mente, pensando que así salva el propio honor en contra de ella. Es bien sabido cómo el mundo tiende puentes de oro a los que vuelven la espalda a la Iglesia. "¡ Qué fácil es hacer carrera cuando uno se pasa al campamento enemigo! ", decía Tertuliano hablando de los que abandonaban la Iglesia para pasarse a una secta herética en la que enseguida eran revestidos de honores y de cargos. Con frecuencia lo único que se hace con eso es ocultar, tras una polvareda de acusaciones contra la Iglesia y contra los superiores, el propio naufragio personal en la fe.

¿Habrá, pues, que callar, todos y siempre, en la Iglesia? No: una vez que hayas "vuelto a casa", una vez que hayas llorado con la Iglesia y que te hayas humillado a sus pies, Dios puede ordenarte, como hizo con otros en el pasado, que levantes la voz contra "las llagas de la Iglesia". Pero no antes de haber hecho eso, y no sin que tú mismo mueras de alguna manera en esa peligrosa misión.

Los santos supieron aplicar también a la Iglesia aquello que Job decía de Dios: "Aunque intente matarme, recurriré a él" (Jb 13,15).

* * *

De todo lo que hemos contemplado en este Viernes Santo surge una llamada especial para las almas consagradas. Ellas se han "desposado" con la causa del Reino; ellas han percibido, por pura gracia, la necesidad de amar "algo majestuoso" y lo han encontrado en

Cristo. Por eso están llamadas a ser un signo visible del amor esponsal de la Iglesia a Cristo.

Hoy se habla mucho de la existencia de una desazón en el seno de la vida religiosa tradicional, de una crisis de identidad. Yo pienso que hay muchas explicaciones para esa desazón, pero que hay una que es la fundamental: en muchos de nosotros se ha enfriado el amor a Cristo, que está en la base de nuestra elección.

En el Apocalipsis hay una carta para nosotros, los religiosos: la que fue escrita para la Iglesia de Éfeso. Dice así: "Conozco tus obras, tu fatiga y tu aguante... Pero tengo en contra tuya que has abandonado el amor primero. Recuerda de dónde has caído, ¡arrepíentete!" (Ap

2,2-5). También a nosotros nos quedan muchas veces "las obras, la fatiga y el aguante" (cosas preciosas todas ellas y que no debemos perder), pero tal vez nos falte el alma, el amor esponsal a Cristo. El amor tiene necesidad de oración si quiere sobrevivir, como el fuego de oxígeno si quiere arder. "Quien tenga oídos, que oiga lo que dice el Espíritu a las Iglesias" (~y a las comunidades religiosas!).

* * *

De todo lo que hemos contemplado en este día brota, finalmente, también una llamada para los esposos cristianos. El mismo Apóstol lo ha formulado de esta manera: "Las mujeres, que se sometan a sus maridos... Y vosotros, maridos, amad a vuestras mujeres como Cristo amó a su Iglesia" (Ef 5,22.25). (Hoy diríamos que también la mujer debe "amar" a su marido, exactamente igual a como el marido tiene que hacer con ella). Que las mujeres no se sientan disminuidas, como si en este simbolismo ellas estuviesen llamadas a representar a la Iglesia y los varones a Cristo. Más bien han de sentirse honradas por el hecho de que aquí toda la humanidad esté representada por una mujer, por esa Eva que es la Iglesia. En el plano de la realidad, tampoco los hombres están representados aquí por Cristo, sino por la Iglesia: no son el esposo, sino la esposa.

Estamos en el año internacional de la familia, y la Iglesia dedica todos sus esfuerzos a defender sus derechos y a promover su santidad. Pero la familia no estará sana si su raíz —la relación de pareja— está enferma. Aquí es donde se decide todo. Es como cuando se rompe la cuerda en una escalada alpina: todos los que estaban atados a ella caen en el vacío, y los primeros los hijos.

¿Qué es lo que puede aprender una pareja de esposos cristianos del modelo Cristo-Iglesia? Sobre todo una cosa. En el mundo hay dos clases de amor: el amor de generosidad y el amor de sufrimiento. El primero consiste en hacer regalos y obsequios a la persona amada; el segundo en ser capaces de sufrir por ella y de sufrir por causa de ella. Dios, en la creación, nos amó con amor de generosidad, pero en la cruz nos amó también con amor de sufrimiento, que es infinitamente más exigente.

Pero, para que no pensemos que todo es siempre y sólo sufrimiento, no debemos olvidar lo que en una ocasión dijo el propio Jesús: que "hay más dicha en dar que en recibir" (Hch 20,35). La dicha de descubrir que existe un plano completamente nuevo en el amor: amar como ama Dios; la alegría de conocer un amor que es recompensa y alegría en sí mismo.

* * *

En el libro de Jeremías leemos este misterioso oráculo: "El Señor crea algo nuevo en el país: será la mujer quien abrace al varón" (Jr 31,22). Hasta el día de hoy —quiere decir el profeta—, ha sido el esposo, Dios, quien ha buscado y perseguido a la mujer infiel que se iba tras los ídolos. Pero llegará un día en que ya no ocurrirá eso. Al contrario, será la propia mujer, la comunidad de la alianza, la que busque a su esposo y se apriete contra él.

¡Ese día ya ha llegado! Ahora todo está cumplido. No porque la humanidad se haya vuelto de repente cuerda y fiel, no; sino porque el Verbo la ha asumido y la ha unido a sí, en su misma persona, en una alianza nueva y eterna. Toda la liturgia del Viernes Santo expresa el

cumplimiento de aquel oráculo. Eso comenzó en el Calvario, con María apretando entre sus manos y besando el rostro de su Hijo bajado de la cruz, y continúa ahora en la Iglesia, de la que la Virgen era, en eso, figura y primicia.

La Iglesia, que, con el sucesor de Pedro a la cabeza, desfilará ahora para besar el Crucifijo, es aquella mujer que "abraza al varón", rebotante de gratitud y de emoción. Que dice, con la esposa del Cantar de los Cantares: "He encontrado al amor de mi alma; lo agarré y ya no lo soltaré" (Ct 3,4).

EL MISTERIO DE LA CRUZ

La parte central de la liturgia que estamos celebrando es la adoración de la cruz, que comenzará dentro de unos momentos con el rito de descubrir la cruz. El Santo Padre recibirá de manos del diácono la cruz cubierta con un paño morado, e irá descubriéndola en tres veces, cada vez una parte, hasta que quede totalmente descubierta. Ese gesto va acompañado de las solemnes palabras:

"Ecce lignum crucis in quo salus mundi pependit":

"Mirad el árbol de la cruz, donde estuvo clavada la salvación del mundo".

En este antiguo rito yo veo simbolizada la revelación progresiva del misterio de la cruz a lo largo de los siglos. Cada una de esas tres veces en que se va descubriendo la cruz representa una época o una fase de la historia de la salvación: la primera representa la cruz prefigurada en el Antiguo Testamento; la segunda, la cruz hecha realidad en la vida de Cristo, la "cruz de la historia"; la tercera, la cruz celebrada en el tiempo de la Iglesia, la "cruz de la fe".

Como puede verse, la cruz atraviesa toda la historia de la salvación. Está presente en el Antiguo Testamento como figura, está presente en el Nuevo Testamento como acontecimiento, y está presente en el tiempo de la Iglesia como sacramento, o como misterio.

* * *

¿Qué representa el "madero", o el "árbol" en el Antiguo Testamento? Es el árbol de la vida plantado en medio del jardín, el árbol del conocimiento del bien y del mal, ante el que se consuma la rebelión, cuando el hombre quiere decidir por sí mismo lo que está bien y lo que está mal. En el Deuteronomio vuelve a aparecer el árbol asociado a una maldición: "Maldito —se dice— el que cuelga de un árbol" (Dt 21,23). Pero también se anuncia la función positiva del madero en otros pasajes que, a la luz de su futuro cumplimiento, se verán como profecías de la cruz. De madera fue fabricada el arca en la que la humanidad se salvó del diluvio; con un bastón de madera golpeó Moisés las aguas del Mar Rojo para que se abrieran (cf Ex 14,16), y con un arbusto volvió dulces las aguas amargas de Mará (cf Ex 15,25ss).

6Qué representa el árbol de la cruz en la vida de Jesús, o sea, no ya en figura sino en la realidad de la historia? Representa el instrumento de su condena, de su total destrucción como hombre, el punto más bajo de su kenosis. El "madero" (xulon), como se llamaba con frecuencia a la cruz, era el suplicio más infamante, reservado a los esclavos culpables de los mayores delitos. Cicerón dice que hasta su nombre debía mantenerse alejado de los oídos de un ciudadano romano. Todo en él estaba pensado para hacer ese suplicio lo más degradante posible. Al condenado primero se lo azotaba, luego se le hacía cargar hasta el lugar de la ejecución, si no con toda la cruz, sí con el madero transversal, se lo ataba desnudo y después se lo clavaba al patíbulo, donde agonizaba presa de convulsiones y sufrimientos atroces, con todo el cuerpo pesando sobre las heridas.

"¡Crucificado!": en tiempo de los apóstoles, no se podía escuchar esta palabra sin que un escalofrío de horror atravesase todo el cuerpo. Para un judío, a eso se añadía la maldición de Dios, pues estaba escrito precisamente: "Maldito el que cuelga de un madero" (cf Ga 3,13).

¿Y qué representa la cruz a la luz de la resurrección, en la revelación que de ella hace el Espíritu Santo por medio de los apóstoles en el tiempo de la Iglesia? La cruz es el lugar donde se ha cumplido "el misterio de la religión", donde el nuevo Adán dijo sí a Dios por todos y para siempre. Donde el nuevo Moisés, con el madero, abrió el nuevo Mar Rojo y, con su obediencia, transformó las aguas amargas de la rebelión en las aguas dulces de la gracia y del bautismo. Donde "Cristo nos rescató de la maldición de la ley, haciéndose por nosotros un maldito" (Ga 3,13). La cruz es fuerza de Dios y sabiduría de Dios (1 Co 1,24). Es el nuevo árbol de la vida plantado en medio de la plaza de la ciudad (cf Ap 22,2).

¿Qué ocurrió en la cruz que fuese tan decisivo como para justificar estas afirmaciones? Ocurrió que Dios venció definitivamente el mal, sin destruir con ello la libertad que lo produjo. No lo destruyó derrotándolo con su omnipotencia y arrojándolo fuera de las fronteras de su reino, sino cargando con él, sufriendo él, en Cristo, sus consecuencias y venciendo el mal a fuerza de bien, lo cual equivale a decir: el odio con el amor, la rebelión con la obediencia, la violencia con la mansedumbre, la mentira con la verdad. En la cruz, Jesús "hizo las paces, destruyendo en sí mismo la enemistad" (cf Ef 2,15s). Destruyendo la enemistad, no al enemigo; destruyéndola "en sí mismo", no en los demás.

* * *

Ésta es, en síntesis, la revelación del misterio de la cruz que llevaron a cabo los apóstoles. Que continuará bajo otra forma —ya no como Escritura, sino como Tradición— en la vida de la Iglesia. En una homilía pronunciada en el siglo II en una celebración como ésta nuestra en honor de la Pasión, un obispo elevaba este inspirado himno a la cruz, nuevo árbol de la vida:

"Este árbol es para mí salvación eterna: de él me alimento, en él me apaciento. Con sus raíces hundo mis raíces, con sus ramas extendiendo yo las mías, de su rocío me embriago, su Espíritu, cual sopro

delicioso, me fecunda. Este árbol es alimento para mi hambre, manantial para mi sed, manto para mi desnudez... Este árbol es mi protección cuando temo a Dios, mi apoyo cuando vacilo, premio cuando lucho, trofeo cuando venzo. Este árbol es para mí 'sendero angosto y camino estrecho' (cf Mt, 7,13s), escala de Jacob, camino de ángeles, sobre la cual está de verdad 'en pie el Señor' (cf Gn 28,13)". Antigua homilía pascual, 51 (Sch 27, p. 177s).

A los ojos de la Iglesia, la cruz adquiere dimensiones cósmicas. No es tan sólo un episodio de la historia, sino algo que ha cambiado la faz de la tierra. "Este árbol de dimensiones celestiales —prosigue ese himno— se ha alzado desde la tierra hasta el cielo, como fundamento de todo, pilar del universo, soporte del mundo entero, vínculo cósmico que mantiene unida a la inestable naturaleza humana, afianzándola con los clavos invisibles del Espíritu, para que así, sujeta a la divinidad, no pueda ya separarse de ella".

En las actas del martirio de san Andrés, que antes se leían en el Breviario, el Apóstol, antes de tenderse en la cruz, le dirige este saludo: "¡Oh cruz, instrumento de salvación del Altísimo! ¡Oh cruz, trofeo de la victoria de Cristo sobre los enemigos! ¡Oh cruz, que estás plantada en la tierra y das fruto en el cielo! ¡Oh nombre de la cruz, rebosante de todo! ¡Conozco tu misterio!"². Hechos de Andrés, en LIPSILS-BONNET, Acta Apostolorum Apocrypha, 11,2, pp. 54s.

También el arte cristiano ha ofrecido su contribución a esta celebración del misterio de la cruz. En algunos mosaicos de los ábsides de las iglesias, por ejemplo en San Apolinar de Ravenna, sobre el fondo de un cielo estrellado, se recorta solemne una gran cruz gamada, con esta leyenda a sus pies: Salus mundi: La salvación del mundo.

* * *

En el año 569 después de Cristo, el emperador bizantino Justino II envió como obsequio a la reina Radegunda de Poitiers una reliquia de la cruz. Con ese motivo, un poeta cristiano, Venancio Fortunato, compuso dos himnos en los que toda esa comprensión del misterio de la cruz a la que había llegado la Iglesia se transformó en canto. Son dos himnos que cantamos también en esta liturgia. Desde entonces, los han utilizado ininterrumpidamente generaciones y generaciones de cristianos para expresar su emocionada gratitud y su entusiasmo por la cruz de Cristo. Gracias a la comunión de los santos, esos himnos llegan hasta nosotros impregnados de toda esa riqueza de fe y de piedad. Y Dios los escucha así, con ese inmenso acompañamiento, como a un único coro que atraviesa los siglos.

"Vexilla Regis prodeunt, fulget crucis mysterium": "Avanza el estandarte real, resplandece el misterio de la cruz". "O crux, ave, spes unica"; "Salve, oh cruz, única esperanza nuestra".

El tema de la cruz como árbol de vida recorre del principio hasta el final el segundo de esos dos himnos:

"¡ Oh cruz fiel, árbol único en nobleza!

Jamás el bosque dio mejor tributo

en hoja, en flor y en fruto"

"Dulce lígnum, dulces clavos, dulce pondum sustinet", oiremos cantar dentro de un momento: "¡Dulces clavos! ¡ Dulce árbol donde la Vida empieza / con un peso tan dulce en su corteza!" Ni siquiera queda dejado de lado el tema de la cruz cósmica: "Terra, pondus, astra, mundus: quo lavantur flumine! ": "Un mar de sangre fluye, inunda, avanza / por tierra, mar y cielo y los redime

En un cierto momento el poeta se dirige a la cruz como a una criatura viva, con esta emocionada exclamación: "Flecte ramos, arbor alta, tensa laxa víscera "Ablándate, madero, tronco abrupto / de duro corazón y fibra inerte; / doblégate a este peso y a esta muerte / que cuelga de tus ramas como un fruto. / Tú sólo entre los árboles, crecido / para tender a Cristo en tu regazo

* * *

Así se va "desvelando" a lo largo de la historia de la salvación el misterio de la cruz. Pero ese misterio tiene que renovarse en cada época. También hoy, ante los ojos de nuestra generación, tiene que "resplandecer el misterio de la cruz". El rito con el que la vamos descubriendo en la liturgia ha de ir acompañado por el descubrimiento existencial que tiene lugar en la vida y en el corazón de todos y cada uno de nosotros. Del árbol de la vida que está plantado en medio de la nueva Jerusalén leemos que "da doce cosechas, una cada mes del año" (Ap 22,2). La cruz guarda también una cosecha para la actual estación de la historia y tenemos que tratar de recogerla.

Pero ¿cómo hacer comprender el misterio de la cruz a una sociedad como la nuestra, que en todos los niveles opone a la cruz el placer; que cree que por fin ha rescatado el placer, que lo ha sustraído a la injusta sospecha y a la condena que pesaban sobre él; que entona himnos al placer, como en el pasado se entonaban himnos a la cruz? ¿A una cultura que, precisamente del placer —hedoné en griego—, ha recibido el calificativo de "edonista", y de la que lamentablemente, quién más quién menos, todos formamos parte, al menos de hecho, aunque de palabra la condenemos?

Muchas de las dificultades y de las incomprensiones entre la Iglesia y la llamada cultura laica de hoy en día tienen aquí su raíz. Por lo menos podemos tratar de individualizar dónde reside el verdadero meollo del problema y descubrir que tal vez exista un punto del que podamos partir para un diálogo sereno. Ese punto común está en la constatación de que en esta vida el placer y el dolor se suceden el uno al otro con la misma regularidad con que a la ola que se eleva en el mar le sucede un hundimiento y un vacío que succiona hacia atrás al naufrago que intenta alcanzar la orilla. Placer y dolor se contienen el uno en el otro de manera inextricable.

El hombre busca desesperadamente separar a estos dos hermanos siameses, aislar el placer del dolor. A veces se hace la ilusión de haberlo conseguido y, ebrio de gozo, lo olvida todo y celebra su victoria. Pero le dura poco. El dolor está allí, como una bebida embriagadora que, al oxidarse, se convierte en veneno. Y no es un

dolor distinto, independiente, o que dependa de otra causa, sino precisamente el dolor que proviene del placer. Es el mismo placer desordenado que se transforma en sufrimiento. Y esto sucede de improviso, trágicamente, o bien poco a poco, debido a su incapacidad para durar y a la muerte.

Esto es una realidad que el hombre ha constatado por sí mismo y que ha representado de mil maneras en el arte y en la literatura. "Un no sé qué de amargo surge de lo hondo de todo placer y nos produce angustia aun en medio de las mayores delicias". Las "flores del mal" —nos asegura su mismo cantor— aún no han terminado de nacer, cuando ya despiden olor a descomposición y a muerte". Lucrecio, *De rerum natura*, IV, 1 129s.

La Iglesia dice que tiene respuesta para esto, que es el verdadero drama de la existencia humana. ¿Por qué rechazar su explicación, antes de haberla escuchado de verdad siquiera una vez?

Su explicación es ésta. Desde el principio, ha habido una elección voluntaria por parte del hombre, elección que fue posible gracias a su propia naturaleza compuesta, que lo llevó a orientar exclusivamente hacia las realidades visibles la capacidad de gozar de que estaba dotado para que aspirase a gozar de Dios.

Al placer elegido contra Dios y contra la razón, Dios, mediante la misma naturaleza, unió el dolor y la muerte (cf Gn 3,16ss), más como remedio que como castigo: para que no ocurriese que el hombre, dando a rienda suelta su egoísmo, se destruyese a sí mismo por completo y destruyese a su prójimo. Así vemos cómo el placer lleva adherido el sufrimiento, como si fuera su sombra. Pero placer y dolor no se compensan uno a otro: ese dolor no redime al placer, pues él mismo es fruto del placer, parte de la misma dialéctica de pecado.

La cruz de Cristo rompió por fin esa cadena. "Él, renunciando al gozo inmediato, soportó la cruz" (Hb 12,2). (Según otra traducción posible, pero que viene a decir lo mismo: "por la dicha que le esperaba, sufrió la cruz"). En definitiva, hizo lo contrario de lo que había hecho Adán y de lo que hace cualquier hombre. De esa manera,

introdujo en el mundo una nueva clase de dolor: un dolor que no es fruto del placer y de la culpa —dolor puramente soportado—, sino un dolor inocente y voluntario. "La muerte del Señor —ha escrito uno de los pensadores más profundos del cristianismo, san Máximo Confesor—, a diferencia de la de los demás hombres, no fue una deuda pagada por el placer, sino más bien algo arrojado contra el mismo placer. Y así, mediante esa muerte, cambió el destino que el hombre merecía".

Pero no todo acaba aquí. Cristo ha resucitado. La cruz ha sido absorbida por la victoria. Él ha inaugurado una nueva alegría, una nueva clase de placer: el que no precede al dolor, como su causa, sino que lo sigue como su fruto; el que encuentra en la cruz su fuente y su esperanza de no acabarse ni siquiera con la muerte, de ser eterno. Y no solamente el placer puramente espiritual, sino cualquier placer honesto, hasta el que el hombre y la mujer experimentan en su entrega mutua, en engendrar la vida y en ver crecer a sus hijos, el placer del arte y de la creatividad, de la belleza, de la amistad, del trabajo llevado felizmente a término. Todas las alegrías.

Solamente Cristo puede redimir verdaderamente el placer y la alegría humana de la condena que pesaba —y que pesa— sobre ellos, y que se debe no sólo al pecado sino también a su misma naturaleza de realidades corruptibles, destinadas a la muerte: "Por la unión con Cristo Jesús, la Ley del Espíritu de vida me ha librado de la ley del pecado y de la muerte" (Rm 8,2).

La cruz no te obliga a huir del placer, sino a someter el placer a la voluntad de Dios, a buscarlo y a vivirlo obedeciendo a su Palabra y a la ley que él ha dado no para aguarle al hombre el placer, sino para preservárselo del dolor y de la muerte. Para que, a través de las pequeñas alegrías que el hombre encuentra en su camino, aspire a la alegría que no tiene fin.

* * *

La voluntad de Dios es la "cruz" del placer. Pero si vuelves a caer, sí no has sabido aceptar con prontitud y de inmediato la voluntad de Dios, acuérdate de que la cruz es también promesa de perdón y de misericordia para el que ha caído. No tienes por qué consumirte en la culpa.

En nuestro siglo se ha escrito una novela titulada *El Proceso*. En ella se habla de un hombre al que un día, sin que nadie sepa por qué, lo declaran en estado de arresto, a pesar de que sigue trabajando y llevando su vida normal. Y empieza a hacer una indagación agotadora para conocer las razones, el tribunal, las imputaciones, los procedimientos. Pero nadie sabe decirle nada, a no ser que realmente hay un proceso en curso contra él. Hasta que un día vienen a buscarlo para la ejecución. Es la historia de la humanidad que lucha, hasta la muerte, contra el sentimiento de una oscura culpa de la que no consigue liberarse. F. KAFKA, *El Proceso*.

En el curso del proceso acabamos sabiendo que, para ese hombre, habría tres posibilidades: una verdadera absolución, una solución aparente y un aplazamiento. Pero la absolución aparente y el aplazamiento no resolverían nada; tan sólo servirían para mantener al imputado en una mortal incertidumbre durante toda su vida. Sin embargo, en la absolución verdadera "los actos procesuales deben ser totalmente eliminados, desaparecer por completo del procedimiento, hay que destruir no sólo la acusación sino también el proceso e incluso la sentencia, todo debe ser destruido"⁴. Lo que ocurre es que no sabemos si ha existido alguna vez una de estas absoluciones verdaderas, tan anheladas; sólo existen voces al respecto, nada más que "bellísimas leyendas". La obra termina así, como todas las de ese autor: con algo que se vislumbra desde lejos, con algo con lo que se sueña, pero que no tenemos la menor posibilidad de alcanzar.

En el día de Viernes Santo, nosotros podemos gritarles a los millones de hombres que se ven reflejados en ese imputado: existe la absolución verdadera, no es tan sólo una leyenda, algo bellísimo pero inalcanzable. No. Jesús ha destruido el "protocolo que nos condenaba; lo quitó de enmedio, clavándolo en la cruz" (Col 2,14). Lo ha destruido por completo. "Ya no pesa ninguna condena sobre los que

están unidos a Cristo Jesús" (Rm 8,1). ¡Ninguna condena! ¡De ningún género! ¡Sobre los que creen en Cristo Jesús!

* * *

Así, hoy también resplandece el misterio de la cruz: "Fulget crucis mysterium ". Y sigue iluminando nuestro camino. Hace poco, escribía un sociólogo a propósito de la crisis actual de lo sagrado: "El alma de occidente se ha agostado. Existe un pantheon abierto para todos los dioses, pero pobre en sacralidad. La religión explícita, la religión social, la religión de las buenas obras ya no hablan a todos. De lo hondo de la sociedad brota la necesidad de una nueva relación con lo divino. Que dilate el alma y que dé fuerzas, alegría, esperanza y un sentido glorioso de la existencia"⁵. E. Ai IFRONI, en "Ji Corriere della sera", 27 de marzo de 1995, p. 1.

Esto fue lo que la predicación de la cruz produjo en los comienzos del cristianismo. Cual oleada de incontenible esperanza y de alegría, aventó todo aquello en lo que buscaba refugio el hombre del decadente imperio romano: cultos místéricos, magia, teurgia, nuevas religiones. Se vivió la sensación de algo así como una "nueva primavera del mundo".

Eso mismo puede hacerlo también hoy, en nuestra "época de la angustia", la predicación de la cruz de Cristo, sólo con que sepamos devolverle el aliento, el entusiasmo y la fe de aquellos tiempos. La Iglesia de un país europeo se dirigió no hace mucho a una agencia publicitaria para aconsejarse sobre la forma de presentar el mensaje cristiano con ocasión de Pascua; y el consejo que le dieron fue que, como primera medida, eliminasen el símbolo de la cruz por ser demasiado anticuado y triste... ¡No habían entendido nada!

Lo que hace falta es que se dé un verdadero "descubrimiento" de la cruz en el corazón de los cristianos, como se dio en la historia y como se hace en la liturgia. Que pasemos también nosotros de la cruz como signo de condena y de maldición, a la cruz que es salvación, perdón, "única esperanza", orgullo de llevarla. Hasta que nos sintamos

impulsados a gritar, jubilosos, con san Pablo: "¡ Dios me libre de gloriarme si no es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo!" (Ga 6,14).

El papa que ahora va a elevar la cruz sobre nuestras cabezas y que, en el Jubileo del 2.000, cruzará la puerta santa llevando ante sí la cruz de Cristo, es un símbolo de la Iglesia que, año tras año, siglo tras siglo, y dentro de poco milenio tras milenio, ofrece al mundo lo que tiene de más precioso: el misterio de la cruz de Jesucristo. Realmente, en este día resplandece el misterio de la cruz: "Fulget crucis mysterium!".

UNO MURIÓ POR TODOS

Un historiador griego cuenta que un día el rey Damocles quiso hacerle probar a uno de sus súbditos, que envidiaba su situación, cómo vive un rey. Lo invitó a su mesa e hizo que le sirvieran un espléndido banquete. Al buen hombre la vida en la corte le parecía cada vez más envidiable. Pero en un momento dado, el rey lo invitó a que levantase la mirada. ¿Y qué fue lo que vio el súbdito? Sobre su cabeza pendía una espada, con la punta hacia abajo, suspendida de una crin de caballo... El hombre se quedó pálido de repente, se le atragantó el bocado que estaba comiendo y empezó a temblar. Así -quería decir Damocles— así viven los reyes: con una espada suspendida día y noche sobre su cabeza.

Pero no sólo los reyes, añadimos nosotros. Una espada de Damocles pende sobre la cabeza de todos y cada uno de los hombres, sin ninguna excepción. Lo que ocurre es que ellos no piensan en eso, por estar completamente entregados a sus ocupaciones y diversiones. Esa espada se llama la muerte. Y la Iglesia —no por odio, sino por amor a los hombres— debe asumir de vez en cuando la ingrata tarea de invitarlos a levantar la mirada para ver esa espada que pende sobre sus cabezas, para que no les caiga encima de improviso sin que estén preparados.

¿Pero no estamos ya bastante abrumados por la idea de la muerte? ¿Qué necesidad hay de remover el cuchillo en la llaga? Es muy cierto.

El miedo a la muerte está clavado en lo más hondo de todo ser humano. La angustia de la muerte —ha dicho un gran psicólogo— es "el gusano que está en el centro" de todos nuestros pensamientos. Es la expresión inmediata del más fuerte de todos los instintos del hombre, el instinto de autoconservación.

Si pudiésemos escuchar el grito silencioso que se eleva de toda la humanidad, escucharíamos el terrible alarido: "¡ No quiero morir!"

Entonces, ¿por qué invitar a los hombres a pensar en la muerte, si todos la tenemos ya tan presente? Muy sencillo. Porque los hombres hemos elegido sacudirnos de encima la idea de la muerte. Hacer como si no existiera, o como si sólo existiera para los demás, pero no para nosotros. En una ciudad de Italia se levantó, después de la guerra, un nuevo barrio residencial de lujo. Los constructores decidieron que en él no debía haber ninguna iglesia, y la razón que daban era que el toque a muerto de las campanas y la vista de los funerales podrían turbar la tranquilidad de los inquilinos.

Pero el pensamiento de la muerte no se deja arrinconar o sacudir de encima con esos medios tan pobres. Y entonces lo único que queda es reprimir/o, que es lo que hace la mayoría de nosotros. Pero reprimir cuesta trabajo, constante atención y un esfuerzo psicológico continuo, como el que se requiere para mantener cerrada una tapa que empuja con fuerza para levantarse. Una parte considerable de nuestras energías las empleamos en tener alejado el pensamiento de la muerte. Hay quienes hacen gala de una gran seguridad al respecto, dicen que saben que tienen que morir, pero que eso no les preocupa demasiado, que ellos piensan en la vida, no en la muerte... Pero eso es una pose del hombre secularizado; en realidad, no es más que una de tantas formas de reprimir el miedo.

Por eso es necesario hablar de la muerte de una vez por todas, y hablar de ella precisamente el Viernes Santo, ese día en que la muerte fue vencida. Y hablar de ella, no para aumentar el miedo, sino para que nos libere de él el único que puede hacerlo.

* * *

¿Qué respuestas han encontrado los hombres al problema de la muerte? Los más sinceros han sido los poetas. Al no tener soluciones que proponer, por lo menos nos ayudan a tomar conciencia de nuestra situación y a conmovernos ante nuestro destino y el de nuestros semejantes. "Estamos / como en otoño / las hojas / en los árboles", escribió uno de ellos (G. Ungaretti). El hombre, ha dicho otro, es como una ola que ruge y avanza espumeante sobre el mar, sin saber en qué playa romperá. Es una luz a punto de apagarse, que brilla en pequeños círculos temblorosos, sin saber cuál de ellos brillará el último (G. A. Bécquer). "~Hombres, tened paz! / Que en la prona tierra / grande es el misterio", exclamaba un poeta italiano ante el enigma de la muerte (G. Pascoli).

En cambio los filósofos han intentado explicar la muerte. Uno de ellos, Epicuro, afirmó que la muerte es un problema falso, porque —decía— "cuando existo yo aún no existe la muerte, y cuando existe la muerte ya no existo yo".

También el marxismo intentó eliminar el problema de la muerte. La muerte —dice— es un problema de la persona, y precisamente eso es lo que demuestra que lo que cuenta no es la persona humana sino la sociedad, la especie, que no muere. Pero el marxismo ha tocado a su fin y el problema de la muerte aún sigue en pie. Antes que el comunismo hubiese perdido la batalla en el exterior —en la carrera de armamentos o en los mercados mundiales—, la había perdido ya en los corazones. Lo único que supo hacer ante la muerte fue levantar grandes mausoleos.

La Biblia misma, antes de Jesucristo, se mantenía casi muda ante el problema de la muerte. "Vanidad de vanidades, todo es vanidad", concluía desconsolado el Qohelet (Qo 12,8). Al hombre que muere se lo compara a un candil que se rompe y se apaga, a un cántaro que se hace añicos en la fuente, a una polea que se rompe dejando que el cubo se caiga en el pozo (cf Qo 12,1-8). Con la muerte, se interrumpe la relación con Dios. "Los muertos ya no alaban al Señor, ni los que bajan al silencio" (Sal 115,17). "Oh muerte, ¡qué amargo es tu recuerdo!", concluía Ben Sira (Si 41,1).

* * *

Y la fe cristiana ¿qué tiene que decir acerca de todo esto? Algo sencillo y grandioso: que la muerte existe, que es el mayor de nuestros problemas, pero que ¡Cristo ha vencido la muerte! La muerte del hombre ya no es lo que era: ha intervenido un hecho decisivo. La fe nos trae una novedad increíble que sólo la venida del mismo Dios a la tierra podía producir. La muerte ha perdido su aguijón, como una serpiente cuyo veneno ya sólo es capaz de adormecer a la víctima durante algunas horas, pero no de matarla. "La muerte ha sido absorbida en la victoria. ¿Dónde está, muerte, tu victoria? ¿dónde está, muerte, tu aguijón?" (1 Co 15,55).

En los Evangelios, es un centurión romano el que proclama la novedad de esta muerte: "El centurión, que estaba enfrente — leemos—, al ver cómo había expirado, dijo: Realmente este hombre era Hijo de Dios" (Mc 15,39). El entendía de combatientes y de combates, y reconoció inmediatamente que el "fuerte grito" que dio Jesús al expirar era el grito de un vencedor, no el de un vencido.

¿Y cómo venció Jesús la muerte? No evitándola, ni haciéndola retroceder como a un enemigo que huye. La venció pasando por ella, saboreando personalmente toda su amargura. La venció desde dentro, no desde fuera.

He recordado al comienzo unas palabras de la segunda lectura: "Cristo, en los días de su vida mortal, a gritos y con lágrimas, presentó oraciones y súplicas al que podía salvarlo de la muerte..." (Hb 5,7). Realmente, no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, y sobre todo de nuestro miedo a la muerte. ¡Él sabe bien lo que es la muerte! Tres veces leemos en los Evangelios que Jesús lloró, y dos de ellas fueron ante el dolor por un difunto.

En Getsemaní Jesús vivió hasta el fondo nuestra experiencia humana ante la muerte. "Empezó a sentir terror y angustia", dicen los Evangelios. Y esos dos verbos que se utilizan en esta ocasión sugieren

la idea de un hombre presa de una profunda turbación, de una especie de terror solitario, como excluido bruscamente de la convivencia humana.

Jesús no se adentró en la muerte como quien sabe que tiene un as en la manga que sacará en el momento oportuno. Si a lo largo de su vida muestra a veces que sabe que resucitará, eso se debe a un conocimiento especial, del que no disponía como y cuando quería. Su grito en la cruz: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" está indicando que, en aquel momento, no tenía en cuanto hombre esa certeza.

Jesús se adentró en la muerte igual que nosotros, como quien cruza un umbral hacia la oscuridad y no ve lo que le espera al otro lado. Lo único que lo sostenía era una indefectible confianza en el Padre que lo llevó a exclamar: "¡Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu!" (Lc 23,46).

* * *

¿Y qué sucedió una vez cruzado aquel oscuro umbral? Los Padres de la Iglesia solían explicarlo con una imagen. La muerte, cual bestia voraz, atacó también a Cristo y lo devoró, pensando que le pertenecía como cualquier mortal. Pero mordió el anzuelo. Aquella humanidad ocultaba en su interior "granito", al Verbo de Dios que no puede morir. Y la muerte salió con los dientes rotos para siempre. En una homilía pronunciada en este mismo día de Viernes Santo, un obispo del siglo II exclamaba: "Con su Espíritu, que no estaba sujeto a la muerte, Cristo mató a la muerte que mataba al hombre" .MELITÓN DE SARDES, Sobre la Pascua, 66 (Sch 123, p. 96).

Jesús venció a la muerte "muriendo". Mortem nostram moriendo destruxit: éste es el grito pascual que eleva a una voz la Iglesia de Oriente y de Occidente en este día. La muerte ya no es un muro ante el que todo se estrella; es un paso, es decir, una Pascua. Es una especie de "puente de los suspiros" por el que el hombre entra en la vida verdadera que no conoce la muerte.

Pues Jesús —y en esto consiste el gran anuncio cristiano— no ha muerto sólo para sí, no nos ha dejado simplemente un ejemplo de muerte heroica, como Sócrates. Ha hecho algo muy distinto: "Uno murió por todos" (2 Co 5,14), exclama san Pablo, y también: "Él padeció la muerte para bien de todos" (Hb 2,9). Asombrosas afirmaciones que, si no nos hacen gritar de alegría, es porque no las tomamos lo suficientemente en serio y al pie de la letra como deberíamos. Al estar "bautizados en la muerte de Cristo" (cf Rm 6,3), hemos entrado en una relación real, aunque mística, con esa muerte, participamos de ella, hasta el punto de que el Apóstol se atreve a proclamar desde la fe: "Habéis muerto, y vuestra vida está con Cristo escondida en Dios" (Col 3,3). "Si uno murió por todos, todos murieron" (2 Co 5,14).

Y la razón de ello es muy sencilla. Si nosotros pertenecemos ya más a Cristo que a nosotros mismos (cf 1 Co 6,19s), de ahí se sigue que, a la inversa, lo que es de Cristo nos pertenece mucho más que lo que es nuestro. Su muerte es más nuestra que nuestra propia muerte. "El mundo, la vida, la muerte, lo presente, lo futuro: todo es vuestro, vosotros de Cristo y Cristo de Dios", dice también san Pablo (1 Co 3,22). La muerte es nuestra, mucho más que nosotros de la muerte; nos pertenece, mucho más que nosotros a ella. En Cristo también nosotros hemos vencido a la muerte.

Al hablar de la muerte, lo más importante, en el cristianismo, no es el hecho de que tenemos que morir, sino el hecho de que Cristo murió. El cristianismo no se abre camino en las conciencias con el miedo a la muerte; se abre camino con la muerte de Cristo. Jesús vino a librar a los hombres del miedo a la muerte, no a aumentárselo. El Hijo de Dios tomó una carne y una sangre como las nuestras "para, muriendo, aniquilar al que tenía el poder de la muerte, es decir, al diablo, y liberar así a todos los que por miedo a la muerte pasaban la vida entera como esclavos" (Hb 2,14s).

Lo que quizás más nos asusta, de la muerte, es la soledad con que tenemos que afrontarla. "Nadie —decía Lutero— puede morir por otro, sino que cada uno tendrá que luchar personalmente con la muerte. Podemos gritar todo lo que queramos al oído de quien esté a nuestro lado, pero en ese momento cada uno tendrá que vérselas

consigo mismo". Sólo que esto ya no es del todo verdad: "Si morimos con él, viviremos con él" (2 Tm 2,11). Por tanto, ¿es posible morir dos juntos!

En esto descubrimos lo que, desde el punto de vista cristiano, hay de verdaderamente grave en la eutanasia. Que priva a la muerte del hombre de su relación con la muerte de Cristo; que la despoja de su carácter pascual, que la retrotrae en el tiempo a lo que era antes de Cristo. Con ella, la muerte queda privada de su austera majestad, convirtiéndose en obra del hombre, en decisión de una libertad finita. Queda literalmente "profanada", es decir despojada de su carácter sagrado.

Desde que el mundo es mundo, los hombres no han dejado nunca de buscarle remedio a la muerte. Uno de esos remedios, propio del Antiguo Testamento, es la descendencia: sobrevivir en los hijos. Otro es la fama. No moriré por completo, canta el poeta pagano, non omnis moriar. "He levantado un monumento más duradero que el bronce: ¿ere perennius" (Horacio).

En nuestros días se está difundiendo un nuevo pseudo-remedio: la doctrina de la reencarnación. Pero "el destino de los hombres es morir una sola vez; y después de la muerte, el juicio" (Hb 9,27). ¡Una sola vez, semel! La doctrina de la reencarnación es incompatible con la fe cristiana. Y tal como se la propone entre nosotros en Occidente, es fruto, entre otras cosas, de un craso error. En su origen, y en todas las religiones en que esa doctrina se profesa como parte del propio credo, la reencarnación no significa un suplemento de vida, sino de sufrimiento; no es motivo de consuelo, sino de temor. Con ella se le quiere decir al hombre: "¡Cuidado, que si obras mal, tendrás que volver a nacer para expiarlo!" Es una amenaza y un castigo. Es como decirle a un preso, al terminar el tiempo de su detención, que se le ha duplicado la pena y que tiene que volver a empezar. Nosotros hemos domesticado el asunto, adaptándolo a nuestra mentalidad occidental materialista y secularizada. Hemos hecho de la doctrina de la reencarnación, inventada cuando aún no se conocía la resurrección de Cristo, un pretexto para eludir la seriedad de la vida y de la muerte.

El verdadero remedio es el que la Iglesia recuerda en este día del año: "¡Uno ha muerto por todos!" "¡Cristo padeció la muerte para bien de todos!" Para prevenimos contra la muerte, lo único que tenemos que hacer es estrecharnos a él. Anclarnos en Cristo por la fe, como se anda una barca al fondo del mar para que pueda resistir la tormenta que se acerca.

Antes se nos inculcaban muchos medios para prepararnos a bien morir. El más importante era pensar a menudo en la muerte, representárnosla con los detalles más espeluznantes. Pero lo importante no es tanto tener ante los ojos nuestra propia muerte como la muerte de Cristo, no es la calavera sino el crucifijo. El grado de unión con él marcará el grado de nuestra confianza ante la muerte. Hemos de conseguir que nuestra adhesión a Cristo sea más fuerte que nuestro apego a las cosas, a la profesión, a nuestros seres queridos, a todo, de forma que nada sea capaz de reternernos cuando llegue "el momento de la partida" (2 Tm 4,6).

Francisco de Asís, que había llegado a una perfecta unión con Cristo, próximo ya a la muerte, añadió una estrofa a su Cántico de las criaturas: "Y por la hermana muerte: ¡loado, mi Señor! / Ningún viviente escapa de su persecución". Y cuando le anunciaron que estaba ya próximo el final, exclamó: "¡Bienvenida sea mi hermana Muerte!" La muerte ha cambiado de rostro: se ha convertido en una hermana.

Francisco no fue el único. Después de la última guerra, se publicó un libro titulado *Últimas cartas desde Estalingrado*. Eran cartas de soldados alemanes que habían sido hechos prisioneros en el sitio de Estalingrado, y que habían salido en el último convoy antes del asalto final del ejército ruso en el que murieron todos. En una de ellas, un joven soldado escribía a sus padres: "No tengo miedo a la muerte. ¡Mi fe me da esta hermosa confianza! "

Jesús, antes de morir, instituyó la Eucaristía, en la que anticipó su muerte; la salvó así del azar, de los acontecimientos y de las explicaciones contingentes. Le dio un sentido, el sentido que él quería, no el que querían sus enemigos: la convirtió en el memorial de la

nueva alianza, en expiación por los pecados, en la ofrenda suprema de amor al Padre por los hombres. "Tomad y comed —dijo—: esto es mi cuerpo que se ofrece en sacrificio por vosotros".

Y en todas las Misas nos ofrece también a nosotros la maravillosa posibilidad de dar por anticipado un sentido a nuestra muerte, de unirnos a él para convertirla en una ofrenda viva en Cristo, en una libación para el sacrificio, como decía san Pablo (2 Tm 4,6).

Un día, al atardecer, a orillas del lago, Jesús dijo a los discípulos: "Vayamos a la otra orilla" (Mc 4,35). Llegará un día y un atardecer en que también a nosotros nos dirá esas mismas palabras: "Vayamos a la otra orilla". Dichosos los que, como los discípulos, estén preparados para subirlo con ellos a la barca, "tal como esté", y a zarpar con él en la fe.

En este día, un gracias profundo brota del corazón de los creyentes y de todo el género humano: Gracias, Señor Jesucristo, en nombre de quien sabe y de quien no sabe que tú has muerto por él. Gracias por tu sudor de sangre, por tu angustia y por tu grito de victoria en la cruz.

Hazte muy cercano a quienes en estos momentos están dejando este mundo y repíteles lo que le dijiste al buen ladrón desde la cruz: "¡Hoy estarás conmigo en el paraíso!"

Quédate con nosotros, Señor, porque atardece, y la vida ya declina...

A MÍ ME LO HICISTEIS

"La Pasión del Señor -escribió san León Magno— se prolonga hasta el fin del mundo" (Passio Domini usque in finem producitur mundi). LEÓN MAGNO, Sermo 70, 5 (PL 54, 383). Se prolonga -explica— en su cuerpo místico que es la Iglesia, especialmente en los pobres, en los enfermos y en los perseguidos. Blas Pascal hizo célebre este pensamiento, apropiándose: "Jesús —dice— está en la agonía hasta el fin del mundo. No podemos dormirmos durante todo ese tiempo" (B. PASCAL, Pensamientos, n, 553).

Vamos a meditar un poco, este año, sobre ese Jesús que sufre y que agoniza hoy. La liturgia es memoria, presencia y espera. De ella parten tres movimientos ideales: uno hacia atrás, hacia los acontecimientos históricos que se conmemoran; otro hacia adelante, hacia la vuelta gloriosa del Señor; y el tercero alrededor, hacia el hoy de nuestra vida. Sigamos este tercer movimiento, y desde esta celebración litúrgica dirijamos la mirada a la realidad que nos rodea.

¿Dónde "sufre", dónde "agoniza" hoy Jesús? En infinidad de lugares y de situaciones. Pero fijemos la atención en una sola de ellas, para no perdernos en vaguedades y en generalidades: ¡en la pobreza! Cristo está do a la cruz en los pobres. Sus clavos son las injusticias, los sufrimientos y las humillaciones que les infligimos. Jesús no puede bajar de la cruz si no le quitamos esos clavos... Y si no está en nuestras manos el quitárselos todos y en todas partes, en la realidad, empecemos al menos a quitárselos en nuestro corazón, a "desclavarlo" en nuestro interior.

* * *

El mayor pecado contra los pobres tal vez sea la indiferencia, el fingir que no vemos, el "dar un rodeo y pasar de largo" (cf Lc 10,31). Ignorar las inmensas multitudes de gentes hambrientas, de mendigos, sin techo, sin asistencia médica y sobre todo sin esperanza en un futuro mejor —escribía el Papa en la encíclica Sollicitudo reí socialis— "significa parecernos al rico epulón que fingía no conocer a Lázaro, el mendigo que estaba echado a su puerta" (n 42).

Nosotros tendemos a colocar, entre nosotros y los pobres, cristales dobles. El efecto de los cristales dobles, que hoy tanto se utilizan, es que impiden el paso del frío y de los ruidos, que lo diluyen todo, que hacen que todo nos llegue aplacado, acolchado. Y así, vemos a los pobres moverse, agitarse, gritar en la pantalla del televisor, en las páginas de los periódicos y de las revistas misionales, pero su grito nos llega como de muy lejos. No nos traspasa el corazón.

Lo primero, pues, que tenemos que hacer ante los pobres es romper los cristales dobles, superar la indiferencia, la insensibilidad. Arrojar las defensas y dejarnos invadir por una sana preocupación por la espantosa miseria que existe en el mundo. Dejar que los pobres se nos metan por las carnes. Tenemos que "percatarnos" de los pobres. Percatarse quiere decir abrir los ojos de repente, sobresaltárenos la conciencia, con lo que empezamos a ver algo que ya antes estaba allí pero que no lo veíamos. El grito de los pobres -escribía Pablo VI— nos obliga "a despertar la conciencia frente al drama de la miseria y a las exigencias sociales del Evangelio y de la Iglesia"³. PABLO VI, Evangelica testiflcatio, n0 17s.

Imaginemos que un día, mientras vemos en la televisión una catástrofe (el descarrilamiento de un tren, un accidente de tráfico, el hundimiento o el incendio de un edificio), reconocemos de pronto entre las víctimas a un familiar cercano: a nuestra madre, a un hermano, al esposo. ¡Qué grito no nos saldrá de la garganta! ¡Qué cambio en el corazón respecto a un momento antes! ¡Qué distinto nuestro interés ante el suceso! ¿Qué es lo que ha ocurrido? Algo muy sencillo: lo que antes percibíamos tan sólo con los ojos y con la cabeza, ahora lo percibimos con el corazón. Pues bien, eso es lo que tendría que suceder, al menos en cierta medida, cuando vemos deslizarse ante nuestros ojos ciertos espectáculos alucinantes de miseria. ¿Son o no son, éstos, hermanos nuestros? Todos pertenecemos a la misma familia humana, ¿y acaso no está escrito que somos "miembros unos de otros" (cf Rm 12,5)?

Por desgracia, el hombre con el tiempo se acostumbra a todo, y nos hemos habituado ya a la miseria ajena, a las imágenes de esos cuerpos esqueléticos a causa del hambre. Ya no nos impresionan mucho, nos parecen casi inevitables y algo con lo que hay que contar. Pero pongamonos por un momento en el lugar de Dios, tratemos de ver las cosas como él las ve. Alguien ha comparado la tierra a una nave espacial en pleno vuelo en el cosmos, en la que uno de los tres cosmonautas que van a bordo consumiese el cupo de las provisiones y luchase por acaparar para sí también el otro

* * *

Con la venida de Cristo al mundo, el problema de los pobres ha adquirido en la historia una nueva dimensión. Se ha convertido también en un problema cristológico. Jesús de Nazaret se identificó con los pobres. Él, que pronunció sobre el pan estas palabras: "Esto es mi cuerpo", dijo también esas mismas palabras hablando de los pobres. Las dijo cuando, hablando de lo que hicimos o dejamos de hacer con el hambriento, con el sediento, con el preso, con el desnudo y con el forastero, declaró solemnemente: "A mí me lo hicisteis" o "a mí no me lo hicisteis" (cf Mt 25,31ss). Lo cual equivale de decir: "Aquel andrajoso, aquel hambriento, aquel pobre que os tendía la mano, ¡ era yo, era yo!"

Recuerdo la primera vez que "explotó" esta verdad en mi interior en toda su luz. Yo estaba de misionero en un país del tercer mundo y cada vez que veía un nuevo espectáculo de miseria —un niño vestido de andrajos, con el vientre hinchado y la cara cubierta de moscas, o grupitos de personas que seguían a un carro de basuras esperando encontrar algo en cuanto lo volcasen para descargarlas, o un cuerpo llagado—, sentía como si una voz me retumbase dentro: "Esto es mi cuerpo. Esto es mi cuerpo". Era como para quedarse sin respiración.

También el pobre es un vicarius Christi, alguien que ocupa el lugar de Cristo. No en el sentido de que lo que hace el pobre es como si lo hiciese Cristo, sino en el sentido de que lo que hacemos al pobre es como si se lo hiciésemos a Cristo: "¡A mí me lo hicisteis!"

Hay un vínculo muy estrecho entre la Eucaristía y los pobres. Ambos, aunque en distinto sentido, son el cuerpo de Cristo; en ambas cosas está él presente. Escribe san Juan Crisóstomo: "Quieres honrar el cuerpo de Cristo? No permitas que sea objeto de desprecio en sus miembros, es decir, en los pobres, que carecen de ropas para cubrirse. No lo honres aquí en la iglesia con telas de seda, mientras le das la espalda cuando sufre frío y desnudez... ¿De qué le sirve a Cristo que la mesa del sacrificio esté llena de vasos de oro, si luego se muere de hambre en la persona del pobre? Sacia primero al hambriento y sólo

después adorna el altar con lo que sobre"4.S. J. Crisóstomo, Homilías sobre Mateo, 50,3-4 (PG 58,508s).

Además, Cristo mismo se ha preocupado por confirmar, a lo largo de los siglos, esta interpretación estricta y realista de sus palabras "a mí me lo hicisteis". Un día, Martín, siendo aún soldado y catecúmeno, encontró en el norte de Europa donde estaba de servicio a un pobre desnudo y aterido de frío. Como no tenía más que la capa que llevaba encima, la dividió en dos partes con la espada y dio una de las dos mitades al pobre. Por la noche se le apareció Cristo vestido con la mitad de su capa y diciendo, visiblemente orgulloso, a los ángeles que lo rodeaban: "Martín, siendo aún catecúmeno, me cubrió con esta ropa".Sulpicio SEVERO, Vida de san Martín.

El pobre es Jesús que sigue paseándose de incógnito por el mundo. Algo así como cuando se aparecía, después de la resurrección, bajo otra apariencia —a María como jardinero, a los discípulos de Emaús como un peregrino, a los apóstoles en el lago como un caminante de pie en la orilla—, esperando que se "les abriesen los ojos". En aquellos casos, el primero que lo reconocía gritaba a los demás: "¡Es el Señor!" (Jn 21,7). ¡Ay, si a la vista de un pobre saliese también de nuestros labios, por una vez, el mismo grito de reconocimiento: "¡Es el Señor!", ¡es Jesús!

¿Cómo podremos llevar a la práctica, al menos en alguna medida, nuestra preocupación por los pobres? Porque éstos no tienen necesidad de nuestros buenos sentimientos, sino que lo que necesitan son hechos. Aquellos, solos, únicamente servirían para tranquilizar nuestra conciencia. "Si uno tiene de qué vivir -escribe el evangelista san Juan— y, viendo a su hermano en necesidad, le cierra sus entrañas, ¿cómo va a estar en él el amor de Dios? Hijos míos, no amemos de palabra y de boca, sino de verdad y con obras" (1 Jn 3,17-18).

Lo que podemos hacer en concreto por los pobres puede resumirse en tres palabras: evangelizarlos, amarlos, ayudarles.

Evangelizar a los pobres: ésta fue la misión que Jesús reconoció como suya por excelencia (cf Lc 4,18) y que encomendó a su Iglesia. No debemos permitir que nuestra mala conciencia nos lleve a cometer la enorme injusticia de privar de la buena noticia a quienes son sus primeros y sus más naturales destinatarios. Y quizás aduciendo, como pretexto, el proverbio italiano: estómago hambriento no tiene oídos.

* * *

Jesús multiplicaba los panes, pero al mismo tiempo multiplicaba la palabra. Más aún, primero repartía —y a veces durante tres días seguidos— la palabra y después se preocupaba también de los panes. No sólo de pan vive el pobre, sino también de esperanza y de toda palabra que sale de la boca de Dios. Los pobres tienen el sagrado derecho de oír íntegro el Evangelio, no en una edición reducida, adaptada y a su gusto, politizada.

Tienen derecho a oír también hoy la buena noticia: "Dichosos vosotros, los pobres". Sí, dichosos, a pesar de todo. Porque ante vosotros se abre una "posibilidad" inmensa, que les está vedada, o que les resulta muy difícil, a los ricos: el Reino.

Amar a los pobres: el amor a Cristo y el amor a los pobres se exigen uno al otro. Hay quienes (como Carlos de Foucauld), partiendo del amor a Cristo, han llegado al amor a los pobres; otros (como Simone Weil) partieron del amor a los pobres, a los proletarios, y ese amor los llevó al amor a Cristo.

Amar a los pobres significa ante todo respetarlos y reconocer su dignidad. En ellos —precisamente porque no tienen otros títulos ni otros distintivos accesorios— brilla con luz más viva la dignidad radical del ser humano.

Amar a los pobres significa también pedirles perdón. Perdón por no lograr ir a su encuentro de verdad y con alegría. Por las distancias que, a pesar de todo, mantenemos entre nosotros y ellos. Por las continuas humillaciones de que se ven obligados a saciarse. Perdón

por vivir con indignación refleja y pasiva ante la injusticia; por la demagogia respecto a ellos; por buscar cada uno nuestras propias razones, tratando de justificar nuestra vida tranquila. Por querer tener siempre la seguridad matemática de que no nos van a engañar, antes de tener un gesto con ellos. Por no reconocer en ellos un sagrario viviente de Cristo pobre y despreciado. Por no ser uno de ellos.

Además, los pobres no merecen tan sólo nuestra compasión; merecen también nuestra admiración. Ellos son los verdaderos campeones de la humanidad. Todos los años se distribuyen premios Nobel, copas, medallas de oro, de plata, de bronce: al mérito, a la memoria o a los vencedores de diversas competiciones. Y tal vez porque algunos han sido capaces de correr en el menor tiempo los cien, los doscientos o los cuatrocientos metros con obstáculos; o de saltar un centímetro más alto que los demás, o por ganar un maratón o un slalom. Pero si observásemos de qué saltos mortales, de qué resistencia, de qué slaloms son capaces los pobres, y no una vez sino durante toda la vida, las marcas de los atletas más famosos nos parecerían jueguecitos de niños.

Evangelizar a los pobres, amar a los pobres, y finalmente ayudar a los pobres. ¿De qué sirve -escribe san Jerónimo— enternecerse ante un hermano o una hermana que no tienen con qué vestirse ni qué comer, diciéndoles:

"¡Cuánto sufres, pobrecito! ¡Anda, vete, caliéntate y hártate!", si no le das nada de lo que necesita para calentarse y para comer? La compasión, lo mismo que la fe, sin obras está muerta (cf St 2,15-17). Jesús en el juicio no nos dirá: "Estuve desnudo y me compadecisteis", sino "Estuve desnudo y me vestisteis".

Pero hoy no basta con la simple limosna, aunque nada nos dispensa de hacer lo que esté en nuestras manos, incluso en este nivel reducido e individual. Lo que hoy se necesitaría es una nueva cruzada, una movilización general de toda la cristiandad y de todo el mundo civilizado, para liberar esos sepulcros vivientes de Cristo que son los millones de personas que mueren de hambre, de enfermedades y de miseria. Ésa sería una cruzada digna de ese nombre, o sea, de la cruz de Cristo. Eliminar o reducir el injusto y escandaloso abismo que

existe en el mundo entre ricos y pobres es la labor más urgente (y más ingente) que este milenio que está a punto de cerrarse entrega al que ya no va a tardar nada en abrirse.

Ante la miseria del mundo, no debemos tomárnosla con Dios, sino con nosotros mismos. He leído en alguna parte que, un día, un hombre, al ver a una niña temblando de frío y llorando de hambre, se sintió presa de indignación y rebelión y gritó: "Dios, ¿dónde estás? ¿Por qué no haces algo por esta inocente criatura?" Y que una voz interior le contestó: "Claro que he hecho algo por ella: te he hecho a ti".

La Sagrada Escritura proclama dichosos, en un salmo, a los que se preocupan por la suerte de los pobres: *Beatus vir qui intelligit super egenum et pauperem*, "Dichoso el que cuida del pobre y desvalido" (Sal 41,1). Y se invoca sobre él una bendición que en la Vulgata sonaba así: *Dominus conservet eum et vivificet eum et beatum faciat eum in terra*, "Que el Señor lo conserve y le dé vida y lo haga feliz en la tierra".

En la Iglesia católica, esta bendición se ha convertido en la plegaria litúrgica oficial pro Summo Pontifice. Permitidme, venerables Padres y hermanos, hacer resonar de nuevo esa oración al finalizar estas reflexiones sobre los pobres.

Son los pobres mismos quienes, por mis labios, dan gracias y bendicen en este día en el que conmemoramos la pasión de Cristo, que se prolonga en ellos. Creo que nadie en el mundo merece mejor que él esta bendición que brota del corazón de los pobres. Su ejemplo no deja que nadie, ni dentro ni fuera de la Iglesia, pueda quedarse tranquilo, encerrado en su egoísmo y en su indiferencia ante las masas de desheredados de la tierra. *Dominus conservet eum et vivificet eum et beatum faciat eum in terra*: "Que el Señor lo conserve y le dé vida y lo haga feliz en la tierra". Así sea.

PARA RESCATAR AL ESCLAVO, ENTREGASTE AL HIJO

Este año inmediatamente anterior al gran Jubileo del 2000 está dedicado a la persona de Dios Padre. Por eso, tenemos que hablar de él.

¿Pero qué relación puede existir entre la persona del Padre y la liturgia del Viernes Santo? ¿Acaso el Viernes Santo no es más bien un cargo de acusación contra el Padre, un hecho que conviene silenciar cuando se habla de él? Debemos reconocerlo: en contra de las intenciones de la liturgia, este día ha contribuido a veces, en el pasado, a ofuscar la imagen de Dios Padre. Con el fin de resaltar los padecimientos de Cristo en la cruz, se ofrecía una imagen del Padre que no podía por menos de inspirar miedo. En un discurso pronunciado ante la corte del rey de Francia, el Viernes Santo de 1662, uno de los más grandes oradores sagrados de la historia presentaba a Jesús buscando consuelo en el Padre, mientras "el Padre, sordo, lo rechaza y le pone mala cara, abandonándolo al furor de su justicia irritada"¹. Cf J.-B. BOSSUET, *Oeuvres* Coinplètes, IV, Paris, 1836, p. 365.

Esta liturgia de hoy nos ofrece una ocasión propicia para poner fin a ese estado de cosas y clarificar el equívoco que lo ha producido.

Hasta hace algún tiempo se solía definir al Espíritu Santo como "el gran desconocido" entre las Personas divinas. Hoy, honradamente, no podemos seguir diciendo eso. Durante este siglo que está al terminar, el Espíritu Santo se ha impuesto "por propios méritos" a la atención de la Iglesia. Se ha renovado la Pneumatología, pero sobre todo se ha renovado Pentecostés, gracias a la experiencia que han tenido de él centenares de millones de creyentes de todas las Iglesias cristianas. Hoy tenemos que decir que el gran desconocido es el Padre. Y más que desconocido, ¡rechazado!

Las causas de ese oscurecimiento de la figura de Dios Padre en la cultura moderna son múltiples. En el fondo se encuentra la reivindicación de la absoluta autonomía del hombre. Y como Dios Padre se presenta como el principio mismo y la fuente de toda autoridad, lo único que faltaba era negarlo, y eso es lo que ha ocurrido. "La raíz del hombre es el hombre"² L. MARX, *Crítica de la*

filosofía del derecho de Hegel, en Gesamtausgabe, 1, 1, Francfort sur M., p. 614. . "Si Dios existe, el hombre no es nada"³ P. SARTRE, El diablo y Dios, X, 4. . Éstas son algunas de las voces que se han levantado en nuestro mundo occidental en los dos últimos siglos. Freud pensó que daba a este rechazo una justificación psicológica cuando decía que el culto al Padre celestial no es más que una proyección del complejo paterno que lleva al niño a idealizar a su padre de la tierra después de haber deseado matarlo. Hablando de la época que precedió a la revelación evangélica, un autor del siglo II decía: "El desconocimiento del Padre provocaba angustia y miedo"⁴Evangelium veritatis, 17, 10.. Eso mismo sucede también hoy: el desconocimiento del Padre es fuente de angustia y de miedo. Si el padre es, a todos los niveles —espiritual y material—, "la raíz última del ser", sin él no podemos por menos de sentirnos "desarraigados".

* * *

Urge, pues, volver a sacar a la luz el verdadero rostro de Dios. Para ello no se necesitan años y años de trabajo, como se necesitaron para quitar la oscura pátina que recubría la imagen del Padre en la Capilla Sixtina. Basta con un relámpago, con una iluminación del corazón, con una revelación del Espíritu. Porque el verdadero rostro de Dios Padre está ahí, grabado para siempre en la Sagrada Escritura. Y se reduce a una palabra: "¡Dios es amor!" En el Nuevo Testamento, la palabra Dios, sin otra añadidura, significa siempre Dios Padre. Por tanto, Dios Padre es amor. "Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único por él" (Jn 3,16) significa: Tanto amó Dios Padre al mundo...

"¿Por qué nos ha creado Dios?" A esta pregunta el catecismo respondía: "Para conocerlo, servirlo y amarlo en esta vida y después gozarlo en la eterna". Una respuesta correcta, pero que, si nos fijamos bien, sólo responde a la pregunta: con qué fin, con qué objeto nos ha creado (para servirlo, amarlo, gozarlo); pero no responde a la pregunta: "por qué razón nos ha creado, qué es lo que lo llevó a crearnos". Y a esta pregunta no podemos responder: "para que lo

amásemos", sino "porque nos amaba". "Hiciste todas las cosas -dice una de las Plegarias eucarísticas— para colmarlas de tus bendiciones y alegrar su multitud con la claridad de tu gloria " Plegaria eucarística IV.

Ésta es la diferencia entre el Dios de los filósofos y el Dios del Evangelio. El Dios de los filósofos es un Dios que puede ser amado, que debe ser amado, pero que no ama, que no puede amar a los hombres, que se desacreditaría si lo hiciese. "Dios mueve al mundo - escribe Aristóteles— en cuanto es amado"6ARISTÓTELES, *Metafísica*, XII, 7, 1072 b. (¡no en cuanto ama!). La revelación dice exactamente todo lo contrario: "En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó... Nosotros amamos a Dios porque él nos amó primero" (1 Jn 4,10.19).

Éste es el verdadero misterio del cristianismo. Un escritor cristiano, de los más leídos en el mundo anglosajón, Clive Lewis, ha escrito una novela titulada *Las cartas del diablo*7. La trama es curiosa. Un joven diablillo se dedica en la tierra a seducir a un buen muchacho recién convertido. Pero como carece de experiencia, se pone en contacto con un tío suyo, ya mayor, que le da instrucciones sobre cómo salir airoso en la empresa. (Un agudísimo tratado sobre los vicios y las virtudes, si se lee en sentido contrario). Y el autor nos lleva así al infierno y nos hace escuchar los razonamientos que allí se hacen. Lo que vuelve locos a los demonios, lo que éstos no entienden ni nunca entenderán, es que Dios ame a unas criaturas tan miserables como los hombres. En la tierra, dicen, los hombres creen que la Trinidad, u otras cosas por el estilo, son los misterios más grandes; y los muy tontos no comprenden que aquel otro es el verdadero misterio inexplicable. Y yo creo que, al menos por una vez, los demonios tienen razón.

* * *

Pero es tiempo ya de recoger una objeción que se espesa en el aire, como una tormenta, cuando se habla del amor del Padre. "¿Y el dolor

del mundo? ¿Ese río inmenso de lágrimas y de sangre que atraviesa la historia?"

Esta objeción ha adquirido nuevos acentos después de la última guerra y después de Auschwitz. Y ha surgido una literatura que puede definirse como la literatura "de los procesos a Dios". ¿Dónde estaba Dios en esos momentos? ¡ Cuántas veces ha resonado esta pregunta, en novelas y en obras de teatro, en estos últimos cincuenta años!

La forma que ha revestido la negación de Dios en el positivismo lingüístico de nuestro siglo parte de ahí. Si la frase "Dios es amor" — dice— no se pone en cuestión ni siquiera tras la constatación del dolor atroz que existe en el mundo, entonces quiere decir que carece de sentido y se debe olvidar. Para considerar como verdadera una afirmación, es preciso que exista, al menos a nivel de principio, la posibilidad de "falsificarla", esto es, de demostrar, mediante una observación empírica, su verdad o su falsedad. Y eso en este caso no se da. Cf A. FLEW, *Theology and Falsification* (1949).

Pero no se trata de meras protestas que se eleven sólo desde la filosofía o desde la literatura, o con ocasión de grandes catástrofes. Es toda la humanidad la que, desde todos los rincones de la tierra, grita diariamente su dolor. Hace poco leía yo un testimonio de una mujer joven. Decía: "Señor, ¿por qué me has condenado a morir? (Le habían descubierto una enfermedad maligna). Tengo un marido que, tras diez años de matrimonio, todavía me quiere y me lo dice; dos niños maravillosos. ¿Por qué no puedo verlos crecer?" Y como era una mujer de fe, se recobraba inmediatamente y añadía frases de otro tenor: "Yo sé, Señor, que la vida y la muerte no podemos programarlas como nos gustaría a nosotros, que el éxito de una vida no se mide por el número de años. Pero si quieres que todo esto nos pase de la cabeza al corazón, tienes que echarnos una mano. Nosotros solos no podemos".

¿Qué puede responder a todo esto el acusado, la fe? Creo que, ante el dolor, los creyentes hemos de adoptar ante todo una actitud de humildad. No imitar a los amigos de Job, que al final fueron desautorizados por el mismo Dios a quien pretendían defender. No

pregonar doctas explicaciones, como si para nosotros el dolor no encerrase ningún misterio. Del dolor hay que decir lo que san Agustín decía de Dios: "Si crees que lo has comprendido, no es él lo que has comprendido"⁹. SAN AGUSTIN, Sermón 52 (RB 74, p. 47: "Si cepisti, non est Deus quod comprehendere potuisti").

Jesús, que en cuanto a dar explicaciones sabía mucho más que nosotros, ante el dolor de la viuda de Naín se echó a llorar, y lo mismo hizo ante el sufrimiento de las hermanas de Lázaro. Y después de llorar, hizo algo más; dijo: "Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá" (cf Jn 11,25).

También nosotros, después de llorar o en medio de las lágrimas, podemos decir algunas palabras sobre el dolor. ¿Cuáles? No es cierto que el hombre sufra y Dios no, que Dios se esté ahí mirando. ¡También Dios sufre! Una afirmación tan insólita no nos la hemos inventado nosotros ahora, justo para tener algo que responder al hombre de hoy. Está escrita con letras mayúsculas en la Biblia, del principio al final. "Hijos he criado y educado, y ellos se han rebelado contra mí" (Ls 1,2). Los padres de la tierra que hayan vivido la tristísima experiencia de ver cómo sus hijos reniegan de ellos y los desprecian pueden comprender bien el dolor que se esconde detrás de estas palabras de Dios. "Pueblo mío, ¿qué te he hecho?", oiremos repetir una y otra vez en esta celebración; "¿en qué te he ofendido? ¡Respóndeme!" (cf Mi 6,3). También estas palabras hablan de dolor.

Dios no sufre tanto por la ofensa que le hacemos a él (en realidad, ¿quién puede hacerle a él algún mal?), cuanto por la ofensa que el hombre se hace a sí mismo o a otros hombres. Lo que queda herido no es su orgullo, sino su amor. Dice la Escritura: "Dios no hizo la muerte, ni goza destruyendo a los vivientes" (Sb 1,12-14). Y no sólo no goza, sino que "sufre" con la destrucción de los vivientes.

Si esta afirmación de que Dios sufre nos suena a nueva y a algunos hasta les produce algo de miedo, ello se debe a que la idea que durante siglos nos hicimos de Dios en la práctica, había vuelto a ser la idea filosófica de un Dios impasible que está por encima y que es ajeno a los cambios y a las vicisitudes humanas.

Pero el Dios cristiano no puede ser "impasible" en el sentido en que lo conciben los filósofos. No puede serlo porque el Dios cristiano es amor. Y el amor —todos lo sabemos— es la cosa más vulnerable que existe en el mundo. Es vulnerable debido a la libertad en que deja siempre al amado. "El amor no puede vivirse sin dolor": esta máxima vale para Dios igual que para los hombres. Y "Dios Padre sufre una pasión de amor", como decía Orígenes 10 ORÍGENES, Homilías sobre Ezequiel, 6, 6 (GCS 1925, p. 3

Este redescubrimiento del sufrimiento de Dios ha sido bien acogido por los teólogos más importantes de nuestro siglo y hasta el mismo papa lo ha hecho suyo en la encíclica *Dominum et vivificantem*, aunque con los debidos matices. El papa habla de un "inescrutable e inefable dolor de padre", que en la pasión redentora de Cristo encuentra su manifestación histórica y su "corroboración" *Dominum et vivificantem*, 39.' . Ciertamente el sufrimiento de Dios no es como el nuestro. El suyo es sumamente libre y no contradice sus otras perfecciones sino que las exalta. Es "la pasión del impassible", como decía un antiguo Padre de la Iglesia' SAN GREGORIO TA SACA, IV, 1883, p. 363.2. Es pura "com-pasión".

En toda la liturgia pascual, la imagen más próxima a este modelo es la del Exultet de la noche de Pascua: "¡Qué asombroso beneficio de tu amor por nosotros! ¡Qué incomparable ternura y caridad! ¡Para rescatar al esclavo, entregaste al Hijo!"

A la pregunta: "¿Dónde estaba Dios Padre en el Calvario, mientras el Hijo agonizaba?", hay que responder, pues: estaba con él en la cruz. La devoción popular y el arte encontraron la respuesta antes que la teología. Desde la edad media hasta nuestros días, y de un extremo al otro del mundo occidental, ésta es la representación clásica de la Trinidad: Dios Padre que, con los brazos extendidos, sostiene la cruz del Hijo, o lo recibe en su seno con infinita ternura recién bajado de la cruz, y entre los dos la paloma del Espíritu Santo. Si en el mundo bizantino la Trinidad son tres ángeles en torno a una mesa, en el mundo latino son las tres Personas divinas en el Calvario. Este tipo de representaciones son incontables, desde las más sencillas y populares

hasta las grandes obras maestras, como "La Trinidad" de Masaccio en el fresco de Santa María Novella.

* * *

Pero, al llegar a este momento, vuelve a surgir la objeción, más peligrosa aún, bajo otra forma. ¿Entonces, también Dios es impotente frente al mal? En la profesión de fe decimos: "Creo en Dios Padre"; pero parémonos aquí, sin añadir "todopoderoso". El mal, y no Dios, es todopoderoso. Volvamos a la antigua creencia pagana de que, por encima de la misma divinidad, reina el Destino, la pura y dura Ananke, la necesidad de todas las cosas. Esto es lo que Satanás busca hacer creer a los hombres, pero es mentira.

El argumento que se repite con frecuencia, desde la antigüedad hasta nuestros días, es: "O Dios puede vencer el mal y no quiere, y entonces no es un padre: o quiere vencerlo pero no puede, y entonces no es todopoderoso". A ese razonamiento respondemos: Dios quiere vencer el mal, puede vencerlo y lo vencerá. El mal físico y el mal moral. Pero ha elegido hacerlo de una manera que nosotros nunca nos habríamos imaginado. (Esforcémosnos por entender bien esto, pues creo que ésta es la afirmación que nos llevará más cerca de lo que podría llamarse la respuesta cristiana a la objeción del mal). Dios ha elegido vencer el mal, no evitándolo, ni tampoco derrotándolo con su omnipotencia o empujándolo fuera de las fronteras de su reino, sino cargando con él y transformándolo desde dentro en bien; transformando el odio en amor, la violencia en mansedumbre, la injusticia en justicia, la angustia en esperanza. Hizo lo que nos pide a nosotros que hagamos cuando dice en la Sagrada Escritura: "No te dejes vencer por el mal, vence el mal a fuerza de bien" (Rm 12,21).

Eso es lo que ocurrió en la cruz. Los Padres de la Iglesia utilizaban un símbolo precioso para expresarlo: las aguas amargas de Masá que Moisés convirtió en aguas dulces (cf Ex 5,23ss). Jesús bebió las aguas amargas de la rebelión y las convirtió en las aguas dulces de la gracia,

simbolizadas en el agua que salió de su costado. Tomó sobre sí el inmenso "No" del mundo a Dios y lo convirtió en un "Sí" filial.

Pero aun así nuestra respuesta es incompleta: ¡falta la palabra resurrección! Si Dios Padre "soporta" que exista el dolor, es porque él sabe lo que va a hacer al "tercer día". En la cruz, el Padre estaba impaciente por que los hombres hiciesen su papel, para empezar a hacer él el suyo. "Vosotros lo matasteis en una cruz, pero Dios lo resucitó y lo ha constituido Señor y Mesías" (cf Hch 2,23-24.36). "Dios lo levantó sobre todo y le concedió el Nombre sobre todo nombre" (Flp 2,9-10).

El Viernes Santo, lejos de ser un cargo, es el lugar de la plena revelación del Padre. El verdadero rostro de Dios Padre, o se lo conoce en este día o no se conocerá nunca.

Esto no equivale a predicar una resignación pasiva ante el mal del mundo o el abandono de la lucha. Tomar sobre sí el mal del mundo, a veces puede significar tomar sobre sí la lucha contra el mal del mundo y entregar la vida, como le ocurrió a Jesús. Una de las tareas asignadas al Jubileo del 2.000 es también la de hacer memoria de los nuevos mártires. Precisamente ellos son la demostración de que es posible vencer al mal con el bien y de que ésta es, también hoy, la verdadera victoria.

¡Cuántas cosas pueden aprenderse en una meditación sobre el Padre el día de Viernes Santo! La primera tiene relación precisamente con el próximo Jubileo. El Jubileo debe ser la gran ocasión para reconciliar a la humanidad con el Padre. Originariamente, un año jubilar era un tiempo en que se restituían las tierras a sus legítimos propietarios (cf Lv 25,13); hoy debe ser un tiempo en que se restituya la criatura a su Creador.

En este año no predicamos a un Dios airado y a punto de golpear al mundo con sabe Dios qué castigos. Basta ya de esas discutibles representaciones de la Virgen en las que ya no puede detener el brazo airado del Padre. También ellas contribuyen, sin quererlo, a oscurecer la imagen del Padre y son injustas con la propia Virgen, que lo

primero que hizo en el Magníficat fue cantar la misericordia de Dios. Basta ya de abusar del "tercer secreto de Fátima" con el que algunos espíritus exaltados aterrorizan a la gente sencilla.

Hay un tiempo para predicar el castigo y otro para predicar la misericordia. El Jubileo es tiempo para predicar la misericordia. Ha de ser, como lo fue el que proclamó Jesús, "un año de gracia del Señor" (cf Lc 4,19). "El año santo —decía el Papa a los sacerdotes en la Misa crismal— nos llama a todos nosotros, los ministros ordenados, a hacernos totalmente disponibles al don de la misericordia que Dios Padre quiere ofrecer abundantemente a todo ser humano" JUAN PABLO II, Homilía en la Misa crismal, en "L'Osservatore Romano", 2 de abril de 1999, p. 1.

* * *

El año del Padre puede tener consecuencias benéficas incluso a nivel humano. Puede servir para "convertir los corazones de los padres hacia los hijos y los corazones de los hijos hacia los padres (cf Le 1,17 y Mt 3,23-24), como ocurrió por obra de Juan Bautista en el primer adviento. Si de Dios Padre es "de quien toma nombre toda paternidad en el cielo y en la tierra" (Ef 3,14), los padres de la tierra pueden aprender de él el difícil oficio de ser padre: la paciencia, el respeto a la libertad de los hijos, la esperanza respecto a ellos, la alegría por el menor de sus éxitos.

Cuando a un hombre le nace el primer hijo, suele anunciárselo con alegría a sus amigos diciendo: "¡Ya soy padre!" Estas mismas palabras pueden decirse mucho más tarde en la vida, en un sentido más profundo, cuando uno ha dado muestras de una gran solicitud, paciencia, generosidad, cuando uno ha aprendido a sufrir por los hijos. Entonces sí que se puede decir con razón: "Ya soy padre". También Dios llegó a ser plenamente Padre para nosotros en la cruz.

Eso vale con mayor razón para los padres espirituales. Hoy muchos sacerdotes prefieren estar entre el pueblo como un "hermano entre hermanos". Esto es más sencillo y menos comprometido; pero la gente

necesita padres, los busca desesperadamente, y cuando encuentra uno bendice a Dios. "En este año dedicado al Padre —decía el Papa en esa misma homilía—, ha de hacerse mucho más evidente la paternidad de todo sacerdote".

Y concluimos con una oración. Padre de misericordia y Dios de todo consuelo, te pedimos: Tú que en el Calvario sostenías los brazos de Cristo, tú que lo recibiste cuando lo bajaron de la cruz y que lo resucitaste al tercer día, acércate a todos los que sufren. Acoge en tu paz a las víctimas de las guerras, sostén la esperanza de los que sobreviven, multiplica las fuerzas de los que les ayudan y la tenacidad de los mediadores, no permitas que seamos víctimas del mal, sino ayúdanos a vencer el mal con el bien. Por Jesucristo nuestro Señor.

TODO ESTÁ CUMPLIDO

Hace poco tiempo sacudió al mundo una noticia. Un instituto de investigaciones privado completó el mapa del genoma humano. Individualizó todos los fragmentos del ADN que forman el bagaje genético de una persona, esos miles de millones de letras, llamadas genes, que componen el alfabeto químico con que está escrita la historia de todo ser que viene a este mundo.

"La ciencia —ha escrito alguien— ha descubierto el programa de fondo de la vida humana, el código de los códigos, el santo Grial, el modelo base del Homo sapiens. Por fin podremos saber qué quiere decir ser hombre". Y añadía: "Después de millones de dólares y millones de horas de trabajo, se levanta el telón sobre lo que nuestros hijos, al mirar hacia atrás, designarán como el siglo del genoma"¹. SHARON BEGLEY, *Decoding the human body*, en "Newsweek", 10 abril 2000.

La noticia cayó sobre una tierra impregnada ya de espera y de excitación, debido a las continuas novedades en el campo de la bioética, y aumentó la sensación de encontrarnos en una verdadera encrucijada de la evolución humana, en la línea de llegada a metas nuevas e inimaginables.

En este contexto cae, este año, la celebración de la Pasión del Señor, la Pascua del Gran Jubileo, la primera Pascua del milenio. Desde hace dos mil años, esa celebración viene afrontando los acontecimientos y las situaciones del momento, sin echarse nunca atrás. Y tampoco lo hace en esta ocasión.

"Jesús —ha escrito un poeta cristiano— no nos ha dejado palabras muertas, para que las encerremos en pequeñas (o en grandes) cajas o las conservemos en aceite... Las palabras vivas sólo pueden conservarse vivas... Y de nosotros, enfermos y carnales, depende hacer vivir y alimentar y mantener vivas en el tiempo aquellas palabras pronunciadas vivas en el tiempo... A nosotros nos corresponde y de nosotros depende hacer que se entienda por los siglos de los siglos la palabra del Hijo de Dios"². CH. Péguy, *El pórtico del misterio de la segunda virtud* (Ouvres poétiques complètes, París, 1975, pp. 588s).

Los ritos y los textos del Viernes Santo se repiten inmutables año tras año, pero nunca se convertirán en "latas de conserva", porque ellos son el ambiente vital que mantiene viva la palabra de Dios.

¿Qué tiene que decir, acerca de la situación que acabamos de evocar, el misterio que estamos celebrando? Para descubrirlo, vamos a acudir a las palabras que hemos escuchado: "Jesús, cuando tomó el vinagre, dijo: Todo está cumplido. E inclinando la cabeza, entregó el espíritu" (Jn 19,30). "¡Todo está cumplido!" Basta esta palabra para iluminar todo el misterio del Calvario. ¿Qué es lo que está cumplido? En primer lugar, la vida terrena de Jesús, la obra que el Padre le confié para que la cumpliera (cf Jn 4,34; 5,36; 17,4). "Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amé hasta el extremo" (Jn 13,1). "Extremo" en griego se dice telos: palabra ésta que aparece, en forma de verbo, en el grito de Cristo: Tetelestai, todo está cumplido. Se ha llevado a cabo la prueba suprema de su amor.

Se han cumplido también las Escrituras. La del siervo sufriente, la del cordero pascual, la del inocente asesinado, la del nuevo templo que vio Ezequiel, de cuyo lado derecho manaba un río de aguas vivas (cf Ez 47,1ss). Pero no es que se haya cumplido tal o cual punto de las

Escrituras: se ha cumplido, en bloque, todo el Antiguo Testamento. No analítica, sino sintéticamente, en su sustancia. El Cordero, al morir, abre el libro sellado con siete sellos (Ap 5,1 ss) y revela el sentido último del plan de Dios. "Ésta es la página que, al volverla, todo lo ilumina, como aquella gran hoja ilustrada del Misal, al comienzo del Canon. Ahí está, resplandeciente y pintada en rojo, la gran página que divide los dos Testamentos. Se abren a una todas las puertas, se disipan todas las oposiciones, se resuelven todas las contradicciones"³. P. CLAUDEI , *Le poète et la Bible*, París, Gallimard, 1998, p. 729.

La página que divide los dos Testamentos y también la que los une; un Testamento ilumina al otro. Nada queda abolido, todo está cumplido.

Al llevar a término las cosas, Cristo opera una superación: hace que den un salto cualitativo. Ocurre como con la consagración eucarística: a partir de ese instante, el pan ya no es sólo pan, se ha convertido en otra cosa. También el antiguo Pacto, a partir del momento de la muerte de Cristo se convierte en la "alianza nueva y eterna"; la letra se convierte en Espíritu⁴. Cf H. DE LUBAC, *Exégèse médiévale*, 1, 1, París, 1959, pp. 318-322.

"Lo antiguo ha sido sustituido por lo nuevo, la ley por la gracia, la figura por la realidad, el cordero por el Hijo, el hombre por Dios"⁵. MELITÓN DE SARDES, *Sobre la Pascua*, 7 (Sch 23, p. 64).

Pero no es solamente esto lo que está cumplido. El misterio pascual de Cristo se sitúa en la línea de la historia de Israel, pero la supera, la dilata en demasía. No cumple las esperanzas de un solo pueblo, sino, mediante éstas, las de todos los pueblos y las de todos los hombres.

Los hombres, al querer independizarse de Dios, se han encerrado en el odio y en la muerte. Están en una situación en la que el amor del Padre ya no puede habitar en ellos. Para llegar hasta ellos en esa

situación, el Hijo de Dios se hace hombre. Sufre de una manera atroz y muere violentamente a fin de que el sufrimiento y la muerte de los seres humanos puedan, desde entonces, ser habitados por el amor del Padre. Muchos han muerto antes y después de Cristo, pero nadie ha dado nunca a la propia muerte el valor de adhesión total y absoluta al amor del Padre que Jesús le dio a la suya.

Con esa ofrenda de amor filial y de serena aceptación, cambió por completo el sentido de la muerte en dirección a la vida verdadera. Es un puente, no un abismo. Cuando el hombre caiga en el pecado y en la muerte, se encontrará con que, allí también, lo está esperando el mismo que lo ha creado. ¡Qué bien se entiende así el himno que entona san Pablo al amor victorioso de Dios! "Ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados, ni presente, ni futuro, ni potencias, ni altura, ni profundidad, ni criatura alguna podrá apartarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro" (Rm 8,38-39).

Cristo ha completado también otro "mapa": el del destino humano. Pilato enunció, sin saberlo, una gran verdad cuando, señalando a Jesús, dijo: Ecce homo!, "¡Aquí tenéis al hombre!"

Jesús no ha explorado únicamente esos dos abismos del destino humano que son el pecado y la muerte, sino también el abismo de la derrota, del fracaso, de la frustración. Aquel Viernes de parasceve, el Calvario se parecía a un escenario en el que hay que bajar a toda prisa el telón tras un estrepitoso fracaso. El sonido del Shofar está a punto de anunciar el comienzo del descanso festivo. Apresuradamente, y ante los ojos de la Madre, José de Arimatea y sus hombres desclavan del madero las manos de Jesús, le ungen el cuerpo con aceite, lo envuelven en una sábana y, llevándolo en unas parihuelas, desaparecen en la oscuridad, mientras las mujeres los siguen llorando. La colina se ha quedado vacía y silenciosa, como se quedarán esta tarde los altares de nuestras iglesias.

Así concluyó la primera liturgia de Viernes Santo. Pero desde que el mayor fracaso de la historia se convirtió en la victoria más bella, más pura, más recordada entre los hombres, la misma derrota ha cambiado de sentido. Desde entonces, puede ser el lugar privilegiado donde descubrir el verdadero sentido de la vida, la verdadera grandeza

de la persona humana y, sobre todo, el amor del Padre a los pequeños y a los pobres. El Santo Padre, hablando a los jóvenes al pie del Monte de la Bienaventuranzas en su viaje a Tierra Santa, les decía: "Jesús exalta a los que el mundo suele considerar débiles. Y les dice: Dichosos vosotros, los que parecéis perdedores, porque sois los verdaderos vencedores"⁶. En "L'Osservatore Romano", 25 marzo 2000, p. 5.

¡Qué mensaje de redención para la inmensa hilera de los perdedores, de los postergados, de los pobres, de los arrollados por la vida o por los acontecimientos, de aquellos a los que no les ha llegado la menor noticia sobre el genoma humano, o, si les ha llegado, los ha encontrado atrapados por otros problemas más serios como para ocuparse de ella! ¡Qué esperanza para todos nosotros, dado que, antes o después, todos perteneceremos a la categoría de los perdedores!

No existe contradicción entre los dos mapas, el de los científicos y el de Cristo. Se refieren a dos planos distintos del mismo edificio. Ninguno de los dos invalida al otro. Los creyentes no pueden por menos de alegrarse con todos los hombres con cada descubrimiento que prometa mejorar las condiciones de vida en la tierra. Esto es lo que Dios pretendía cuando dijo: "Multiplicaos y someted la tierra" (cf Gn 1,28). Dominad, modelad el mundo y a vosotros mismos. Yo soy el Ens a se, el Ser que se hace a sí mismo, y quiero que también vosotros participéis de mi dignidad, haciéndoos a vosotros mismos, modelando y perfeccionando, con la inteligencia que os he dado, vuestra propia naturaleza, respetando mi voluntad y reverenciando mi nombre. Esto es lo que significa "a mi imagen y semejanza".

Y sin embargo, no podemos entregarnos a la euforia del momento. Los recientes descubrimientos en el campo de la vida humana se muestran ambiguos y abiertos a desarrollos contradictorios. Abren nuevas posibilidades para conocer la causa de muchas enfermedades y de prevenirlas; pero plantean también "inquietantes interrogantes morales" que ni siquiera los más ardientes partidarios de la ciencia se atreven a ocultar. El hombre no renunciará fácilmente a jugar a ser Dios y a decidir él mismo sobre todo: sobre quién debe nacer y quién

no, y hasta sobre el color del cabello de los que van a nacer, para no hablar de otras cosas. Ya existen casos de personas a las que se despiden del trabajo, o a las que no se les renueva el seguro de vida, porque se ha descubierto que, entre sus genes, hay uno que podría dar origen a una grave enfermedad. Y esto no es más que un anticipo de lo que podría suceder.

Pero lo mismo que desconocemos los desengaños del pasado, desconocemos también los peligros del presente. Creemos que, al menos en esto, la humanidad será lo suficientemente sabia como para administrar bien sus descubrimientos. El hombre conoce las causas de sus enfermedades y puede prevenirlas, conoce las leyes biológicas y las explota en su provecho... ¿Y después? ¿Bastará todo eso para ser felices? Entonces ¿por qué tantos suicidios entre la gente que tiene ya todo eso, que está sana, que es guapa y rica? ¿Qué es lo que podrá impedir a esos dos espectros del "aburrimiento" y de la "náusea", que tan bien conocen los hombres del mundo de la cultura, vagar cada vez más por el mundo? Los antiguos pensaban que la mayor necedad consistía en *propter vitam rationes perdere vivendi*: perder, por amor a la vida, las razones para vivir. "¿De qué le sirve vivir bien al que no puede vivir para siempre?", *Quid prodest bene vivere cui non datur semper vivere?*7 SAN AGUSTÍN, In Johannem, 45, 2.

* * *

Cristo, con su vida, muerte y resurrección, nos ha revelado el sentido último de la vida humana. Y nos lo ha revelado, no en un laboratorio o con fórmulas elaboradas desde la mesa de un despacho, sino viviéndolo, poniéndolo por obra. Y el sentido último es éste: acoger en la propia persona el amor del Padre, como lo acogió Jesús, y hacer circular ese amor por el mundo, brindándolo a los hermanos.

Padres, hermanos, hermanas: me atrevo a gritaros a vosotros lo que antes me he gritado a mí mismo. ¡Basta ya de medias tintas! No sigamos perdiendo el tiempo. Entreguémonos a hacer realidad el objetivo por el que Cristo murió. Vivamos de tal modo, que también

nosotros podamos decir al final: "Todo está cumplido". Aceptemos el sufrimiento. Es la única puerta para introducirnos en la cruz de Cristo y no quedarnos fuera, como meros espectadores. Todas las demás vías -el arte, la teología, los razonamientos, el sentimiento- son como observar desde la portilla de un barco la vida que se desarrolla en los fondos marinos; que nada tiene que ver con el sumergirse allá adentro y formar parte de ellos... De todo esto surge también otra conclusión: que no podemos renunciar a Cristo; que no podemos relativizar⁷ la importancia de su redención; que no podemos sustraerle ninguna parte de la humanidad, pasada, presente o futura. Sencillamente, no tenemos derecho a hacerlo. No podemos dejar de anunciar el Evangelio a toda la creación. "¡Cristo es el mismo ayer y hoy y siempre!".

Lo que debe abandonarse no es el anuncio de la cruz, sino, en todo caso, ciertas formas equivocadas de hacerlo en el pasado. Presentarnos ante el mundo como crucificados, no como cruzados. Nadie —aunque tenga otras creencias— podrá sentirse amenazado por Cristo Jesús, cuando se lo anuncia como lo anunció el Papa, a los ojos de todo el mundo, en la semana del 20 al 26 de marzo del Año santo en los lugares de su vida y de su muerte.

A veces no es necesario decir nada, sino tan sólo estar allí, sufrir y amar, mostrando un enorme respeto hacia quien aún no puede creer. La forma más esencial de evangelización es dejar que pueda circular el amor que Cristo vino a implantar en el mundo. Con hechos más que con palabras.

Y esto vale ante todo para los judíos. Hemos perdido el derecho de anunciarles abiertamente a ellos el Evangelio. Sólo nos queda dejar que Cristo se abra camino él solo hacia el corazón de su pueblo. Pero renunciar incluso a desear y a pedir que el pueblo judío reconozca a Jesús de Nazaret como "la gloria de su pueblo, Israel" (Le 2,32) significaría no amar de verdad a Jesús ni a los judíos.

* * *

Entre los relatos cortos del escritor checo Kafka, hay uno que se titula *Un mensaje imperial*. Empieza así: "El emperador, dicen, te ha mandado a ti, personalmente a ti, miserable súbdito que estás en la más remota lejanía, precisamente a ti, el emperador, desde su lecho de muerte, te ha mandado un mensaje. Hizo ponerse de rodillas al mensajero junto a su lecho y le susurró el mensaje al oído; tan importante era para él ese mensaje, que se lo hizo repetir, a su vez, al oído. Confirmó su exactitud con un ademán de cabeza y despidió al mensajero". F. KAFKA, *Eine kaiserliche Botschaft*.

La continuación del relato es amargo y pesimista, como todo lo que salió de la pluma de ese escritor. El mensajero lucha en balde por abrirse camino y salir del castillo, de obstruido que está de gente y de escombros. El relato termina con un reflector iluminando al anónimo destinatario del mensaje que, a lo lejos, "está sentado en el alféizar de la ventana, soñando con aquel mensaje, mientras cae la tarde" 8• La espera de un mensaje es todo lo que, al final, queda de la historia.

Yo no puedo leer ese relato sin ver en él un símbolo fuerte del misterio que estamos celebrando, Cristo es el rey moribundo, el Evangelio es el mensaje, los apóstoles son los mensajeros, el hombre de la ventana es la humanidad que sueña con un mensaje como el de Jesucristo.

Uno de esos hombres, que lleva noventa años a esa ventana, ha dejado oír recientemente su grito: "Siempre he estado buscando a Dios y no lo he encontrado. Lo he estado buscando siempre, porque creo que la fe puede dar una fuerza extraordinaria. Pero no me siento responsable ni culpable del hecho de que a mí me haya faltado esa fuerza. Y si encontrase a Dios le preguntaría: ¿Por qué no me has dado la fe?"9. Entrevista a Indro Montanelli, en "Il Gazzettino", Sábado 22 enero 2000, p. 11.

Yo quisiera contestar a esta persona y a tantos otros que se encuentran en su misma situación: tal vez Dios no te ha dado la fe para que lo ayudases a purificar la fe de quien tenía que anunciarla y a hacerle sentir la responsabilidad y la urgencia de hacerlo. Pero tú conoces la respuesta que recibieron hombres como Agustín y Pascal que le hicieron a Dios la misma pregunta: "Tú no me buscarías si no

me hubieses ya encontrado"10. "¡Si yo no te hubiese ya encontrado!". Desear sin creer puede ser una fe más pura que creer sin desear, dándolo todo por descontado.

Quiera Dios que a esta humanidad que espera, le llegue, por los canales misteriosos que sólo el Espíritu conoce, el grito que esta tarde hemos escuchado: Todo está cumplido. Tetelestai. Consummatum est.

10 B. PASCAL, *Pensamientos*, 553; SAN AGUSTÍN, *Discursos* 34 2.5 (CCL 41, pp. 424.426) ("Quid eligimus, nisi prius eligamur?", "Non potestis amare me, nisi habueritis me"); SAN BERNARDO, *De dii. Deo*, 22 ("Nemo qumrere te valet, nisi qui prius invenerit").

DANDO UN FUERTE GRITO, EXPIRÓ

Los evangelistas Mateo y Marcos describen así la muerte de Jesús: "Y Jesús, dando un fuerte grito, expiró" (Mt 27,50; Mc 15,37). "Kraxas phone megala" en griego, "Clamans voce magna" en latín. En este grito de Jesús moribundo hay un gran misterio que no podemos dejar caer en el vacío. Si Jesús dio ese fuerte grito, fue para que se escuchara; si está escrito en el Evangelio, es también él evangelio. En ese grito se encierra todo lo que quedó sin decirse o no pudo expresarse con palabras en la vida de Jesús. Con él Cristo yació su corazón de todo lo que lo había llenado durante su vida. Es un grito que atraviesa los siglos con mucha más fuerza que todos los gritos de los hombres: de guerra, de dolor, de alegría, de desesperación.

No es arrogancia tratar de penetrar en el misterio de ese grito y de descubrir su contenido. Hay una razón objetiva, dogmática que nos autoriza a hacerlo. Se llama inspiración bíblica. "Toda la Escritura está inspirada por Dios" (2 Tm 3,16); "hombres como eran, hablaron de parte de Dios movidos por el Espíritu Santo" (2 P 1,21).

Hay alguien, pues, que conoce el secreto de aquel grito: el Espíritu Santo que "inspiró" todas las Escrituras. Y él suele explicar en un lugar lo que dejó sin explicar en otro; él explica con palabras

inteligibles lo que otras veces dice "con gemidos inefables" (cf Rm 8,2-4.- Él es el único autor de toda la Biblia, bajo la gran diversidad de autores humanos.

"¿Quién conoce lo íntimo del hombre —dice el Apóstol—, sino el espíritu del hombre, que está dentro de él? Pues lo mismo, lo íntimo de Dios lo conoce sólo el Espíritu de Dios" (cf ICo 2,11). Por lo tanto, lo íntimo de Cristo nadie lo conoce, a no ser el Espíritu de Cristo, que estaba dentro de él y que durante toda su vida había sido su "compañero inseparable para todo" (BASILIO MAGNO, Sobre el Espíritu Santo, XVI, 39 (PG 32, 140). . Jesús lo hizo todo "en el Espíritu Santo". Todo lo que dijo lo dijo "en el Espíritu Santo" (cf Le 4,18). También su grito en la cruz fue un grito "en el Espíritu Santo", no el simple grito de un moribundo.

"Y nosotros hemos recibido el Espíritu que viene de Dios para que podamos conocer los dones que Dios nos ha dado" (1 Co 2,12), incluso los que nos dio con aquel grito.

* * *

Escribe el Apóstol en la carta a los Romanos: "El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones con el Espíritu Santo que se nos ha dado" (Rm 5,5.). Yo nunca me había fijado en una cosa: en que san Pablo, con estas palabras, no se refiere al amor de Dios en general y en abstracto, sino a un momento determinado de ese amor, a un hecho histórico que pasa enseguida a explicar: "En efecto —prosigue el texto—, cuando aún éramos pecadores, Cristo murió por los impíos" (Rm 5,6). La expresión adverbial "en efecto: gar"— está indicando que se trata de una explicación de lo anterior; que a continuación se va a decir cuál es ese gran amor de Dios que el Espíritu Santo ha derramado en nuestros corazones.

Pero escuchemos atentamente, y todo íntegro, lo que el mismo Espíritu Santo nos dice por boca del Apóstol. Aquí nos estamos asomando, creo yo, al abismo del que surgió aquel grito de Cristo moribundo. "Cuando nosotros todavía éramos pecadores, en el tiempo

señalado, Cristo murió por los impíos. En verdad, apenas habrá quien muera por un justo; por un hombre de bien tal vez se atrevería alguno a morir; mas la prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros... Cuando éramos enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo" (Rm 5,6-10).

El grito de Jesús en la cruz es un grito de parto. En aquel momento nacía un mundo nuevo. Caía el "diafragma" del pecado y se producía la reconciliación. Fue, pues, un grito de sufrimiento y a la vez de amor. "Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo" (Jn 13,1). Los amó hasta el último suspiro. Podemos comprender cuán grávido estaría de fuerza divina ese grito de Cristo por el efecto inmediato que produjo en quien lo escuchó en vivo y en directo. Dice la Escritura que el centurión que estaba frente a Jesús crucificado, cuando lo vio expirar de aquel modo, dijo: "Realmente este hombre era Hijo de Dios" (Mc 15,39). Se hizo creyente.

Abrámonos simplemente a aquel grito de amor, dejemos que nos conmueva hasta las entrañas, que nos cambie. De lo contrario, nuestros Viernes Santos no servirán de nada. En cuanto Jesús dio aquel fuerte grito, "el velo del templo se rasgó en dos de arriba abajo, la tierra tembló, las rocas se rajaron, las tumbas se abrieron" (Mt 27,51). Con ello quería indicarse lo que debería ocurrir en nuestros corazones. Dios no tiene nada contra las rocas. Son otras las "rocas" que deben rajarse: son los "corazones de piedra" de los hombres que nunca jamás se han conmovido, que nunca han llorado, que nunca han querido reflexionar.

Jesús sabía muy bien que no hay más que una llave que abra los corazones cerrados, y esa llave no es el reproche, no es el juicio, no son las amenazas, no es el miedo, no es la vergüenza, no es nada. Es únicamente el amor. Y ésta es el arma que él usó con nosotros. "Nos apremia el amor de Cristo, al pensar que uno murió por todos" (cf 2 Co 5,14). La palabra que utiliza aquí san Pablo —*synechei*—significa, en sentido circular: nos aprieta por todas partes, nos asedia, nos envuelve; o también, en sentido lineal: nos acosa, no nos deja en paz, "urget nos", como traducía la Vulgata.

Debemos dejarnos apretar en ese abrazo. "Es fuerte el amor como la muerte; es centella de fuego, llamarada divina" (Ct 8,6). ¡Ojalá que esas llamaradas nos lamiesen en este día santo, ojalá que lamiesen al menos a alguno de nosotros y lo hicieran decidirse a rendirse por fin al amor de Dios! Cuando se trata de Dios, dejarse comprender y apresarse es más importante que comprender. Estas cosas se les revelan a los pequeños y se les ocultan a los prudentes y a los sabios.

* * *

Démosle tiempo, pues, al pensamiento de que Cristo nos ama, para que nos envuelva y nos penetre hasta lo más hondo. Expongámonos a ese amor como a la luz de un sol estival. ¿Cómo es ese amor del Redentor?

La primera característica es que es un amor a los enemigos. "Cuando éramos enemigos, fuimos reconciliados". Jesús había dicho que "nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos" (Jn 15,13). Pero hay que entender bien qué quiere decir aquí la palabra amigos. Él mismo ha demostrado que existe un amor más grande que éste, más grande que el de dar la vida por los propios amigos, y es el dar la vida por los enemigos. Entonces, ¿qué quiere decir allí amigos? No los que te aman, sino los que amas tú. (Amigos tiene el significado pasivo de "amados", no el activo de "amadores"). Jesús llamó a Judas amigo (cf Mt 26,50), no porque éste lo amase (~lo estaba traicionando!), sino porque él lo amaba. ¿Y qué quiere decir aquí la palabra enemigos? No aquellos a los que tú odias, sino los que te odian a ti. (Enemigos, por el contrario, tiene el sentido activo de "los que odian", no el pasivo de los que son odiados"). Dios no odia a nadie, no considera a nadie como enemigo suyo. Buenos o malos, todos somos hijos suyos por igual.

Ésta es la cumbre más alta, el Everest del amor. Un amor del que no es posible imaginar que exista en el mundo otro mayor. ¡Morir por los enemigos, amar a quien te odia y quiere destruirte, más aún, a quien te está destruyendo! "¡ Padre, perdónalos! ¡ Padre, perdónalos!"

Y esos enemigos éramos nosotros. Nosotros pecadores, nosotros "impíos", nosotros que aprendimos de Adán esa forma terrible de amor que se llama egoísmo, "el amor a uno mismo que nos lleva, si es necesario, hasta a despreciar a Dios" (.Cf SAN AGUSTIN, La ciudad de Dios, 14, 28.) "Él cargó con nuestros dolores... El Señor cargó sobre él todos nuestros crímenes..., y él no abría la boca" (cf Ls 53,4.6-7).

¡Cómo nos amaste, Redentor nuestro, cómo nos amaste! No permitas que volvamos a casa por enésima vez sin haber comprendido el misterio de este día. Haz que podamos decirte también nosotros, con alegría y emoción: "Has gritado, oh Dios, y tu grito rasgó mi sordera. Y ahora te anhelo" (.Confesiones, X, 27) ¡Ojalá que el grito de Cristo moribundo rasgue también nuestra sordera! Hace ya muchos siglos, en un día como éste, una gran mística estaba meditando profundamente sobre la pasión de Cristo cuando escuchó dentro de su alma estas palabras, que se hicieron famosas: "¡No te he amado de broma!" (Beata Ángela de Foligno).

La segunda característica consiste en que es un amor actual. No es un fuego apagado, no es algo del pasado, de hace dos mil años, de lo que sólo queda el recuerdo. Sigue actuando, está vivo. Si fuese necesario, volvería a morir por nosotros, pues el amor que lo llevó a la muerte permanece inmutable. "Yo soy más amigo tuyo que ése y que aquél otro —nos dice Cristo, con las palabras que le hizo escuchar un día a aquel gran creyente que fue B. Pascal—. Yo he hecho por ti más que ellos, y ellos nunca soportarían lo que yo te he soportado, no morirían nunca por ti en la hora de tu infidelidad y de tus crueldades, como lo he hecho yo y como volvería a hacerlo por mis elegidos" (B. PASCAL, Pensamientos, 553.)

Jesús ha ido hasta el fondo en sus muestras de amor. Ya no puede hacer más para demostrar su amor, pues no existe mayor prueba de amor que dar la vida. Pero ha agotado las muestras del amor, no el amor. Ahora su amor está en manos de otra señal especial, distinta, de una señal que es una realidad, más aún, una persona: el Espíritu Santo.

"El amor de Dios —ese amor de Dios que ahora ya conocemos— ha sido derramado en nuestros corazones con el Espíritu Santo". Es, pues, un amor vivo, actual, palpitante, como vivo, actual y palpitante es el Espíritu Santo.

Donde los demás evangelistas habían dicho que Jesús, "dando un fuerte grito, expiró", Juan dice que, "inclinando la cabeza, entregó el Espíritu" (Jn 19,30). Es decir, no sólo expiró, sino entregó el Espíritu, el Espíritu Santo, su Espíritu. Ahora sabemos qué era lo que se encerraba en aquel fuerte grito que Jesús dio al morir. ¡ Por fin se ha desvelado su misterio!

* * *

Tercera característica: el amor del Redentor es un amor personal. Cristo murió "por nosotros", nos ha dicho el Apóstol. Si ese "por nosotros" lo tomamos en sentido colectivo, pierde algo de su grandeza. La desproporción numérica establece una cierta proporción de valor. Es cierto que Jesús es inocente y nosotros culpables; que él es Dios y nosotros hombres; pero, a fin de cuentas, él es uno solo y nosotros somos millones. Podría parecer menos exagerado que muera uno solo para salvar la vida de millones de creaturas. Pero no es así. Murió por nosotros" significa murió "por cada uno de nosotros". Debe entenderse en sentido distributivo, no en sentido colectivo. "Me amó y se entregó por mí", dice en otra parte el mismo Apóstol (Ga 2,20).

Por lo tanto, Jesús no amó a la masa, sino a los individuos, a las personas. Murió también por mí, y debo llegar a la conclusión de que habría muerto lo mismo aunque no hubiese habido que salvar a nadie más que a mí sobre la faz de la tierra. Esto es una verdad de fe. El amor de Cristo es un amor infinito porque es divino, no sólo humano. (Cristo es también Dios, no debemos olvidarlo nunca, ni siquiera por un instante). Y lo infinito no se divide en partes. Está todo él en todos. Cada día se consagran millones de formas en la Iglesia; pero ninguna de ellas contiene sólo una partecita del cuerpo de Cristo, sino a Cristo

entero. Lo mismo ocurre con su amor. Existen millones de hombres, pero ninguno de ellos recibe sólo una partecita del amor de Cristo, sino todo su amor. Todo el amor de Cristo está en mí, y eso debe inspirarme una enorme alegría. Pero todo el amor de Cristo está también en el hermano, y esto debe inspirarme respeto hacia él, aprecio y caridad.

También yo puedo decir: "Me amó y se entregó por mí". Jesús conoce a sus ovejas por su nombre y las llama "una a una" (cf Jn 10,3). Para él nadie es sólo un número. ¡Qué nuevas y verdaderas suenan, puestas en los labios de Cristo crucificado, aquellas palabras de Dios que se leen en el profeta Isaías: "No temas, que te he redimido, te he llamado por tu nombre, tú eres mío... Porque te aprecio y eres valioso y yo te quiero" (Is 43,1.4). Te aprecio y te quiero: aquí todo está en singular. ¡Qué dulces suenan estas palabras para quien se siente miserable, indigno, abandonado de todos, sólo con que tenga el valor de creerlas!

"¿Quién podrá apartarnos del amor de Cristo? —exclama, llegado a este punto, el Apóstol—. ¿La aflicción?, ¿la angustia?, ¿la vida?, ¿la muerte? ¡No! Nada podrá separarnos" (cf Rm 8,35-38). Éste es un descubrimiento que puede cambiar la vida de un hombre, es la buena noticia que nunca debemos cansarnos de proclamar a los hombres de hoy. Es lo único cierto e inamovible que hay en el mundo: ¡que Dios nos ama!

* * *

He dicho que el grito de Jesús en la cruz es un grito de parto. Pero el suyo es un parto especial. Hace tiempo, encontrándome en el extranjero, me enteré de un caso conmovedor. Una joven esposa estaba esperando su primer hijo, cuando le diagnosticaron un cáncer. Si se sometía inmediatamente a quimioterapia, podría detener el tumor, pero le advirtieron que, lamentablemente, perdería casi con toda seguridad el niño. Tenía que elegir. Sus familiares y la opinión pública la presionaban para que salvase su vida, diciéndole que más

adelante podría tener más hijos. Pero ella se mantuvo firme y se negó a hacer el tratamiento. Se convirtió en un caso nacional, del que se ocuparon repetidamente la prensa y la televisión, porque además en aquel país se hallaban en plena discusión sobre el aborto. Para sustraerse a la curiosidad, la mujer se fue del país y se refugió en la tierra natal de sus padres. Una vez allí, después de varios días dio a luz una preciosa niña, y una semana después murió.

Yo me pregunté: ¿qué sentirá esa niña, de mayor, cuando lo sepa? Todo en la vida le parecerá irrelevante, comparado con lo que hizo su mamá. A veces hay niños cuya madre murió al darles a luz. Esos niños tienen un no sé qué de especial; como si guardasen un misterio. Parece como si no supiesen o no quisiesen saber nada, pero en realidad aguzan el oído para captar cualquier recuerdo o cualquier palabra que se diga de ella. Para ellos, las personas se diferencian entre sí por la forma en que hablan de su madre. Aquella muerte está grabada en su ser; han nacido de ella.

Pues bien, nosotros somos aquella niña, nosotros somos esas criaturas que nacieron de una muerte. "Señor Jesucristo —dice en la Misa el sacerdote, antes de comulgar—, Hijo de Dios vivo, que por voluntad del Padre, cooperando el Espíritu Santo, diste con tu muerte la vida al mundo... — per mortem tuam mundum vivificasti...". El grito de Jesús en la cruz es el grito de alguien que muere dando a luz una vida.

Esta forma "materna" de explicar la redención tiene una ventaja: dice algo nuevo que integra y corrige, en parte, la visión "jurídica" que se basa en la idea del precio del "rescate". En el caso de la madre que muere para dar vida, el vínculo entre su muerte y la vida del hijo no es extrínseco, sino intrínseco. No reside en otra persona —en el Padre—, que, tomando en consideración aquella muerte, da la vida; sino que reside en el amor mismo de quien da la vida. La vida nace verdaderamente de la muerte. "Muriendo, diste la vida al mundo". Pero tampoco esta aplicación es suficiente por sí sola, sin la otra del "rescate". Pues el hijo, antes de nacer, no ha hecho nada contra la madre, no es "enemigo" ni "impío", como lo éramos nosotros antes de que Cristo nos diera la vida.

* * *

¿Cuál será nuestra respuesta a esa revelación del amor de Cristo? No nos apresuremos a hacer propósitos y a intentar compensarlo. No podríamos, y además no es eso lo más importante que tenemos que hacer en este día.

Hay algo que tenemos que hacer antes que nada, y que es lo único que demostrará que hemos comprendido: conmovernos. No despreciemos las emociones. La emoción, si nace del corazón y es genuina, es la respuesta más elocuente y más digna que pueda existir ante la revelación de un gran amor o de un gran dolor. Cuando nos emocionamos, experimentamos que ya no nos pertenecemos a nosotros mismos. Emocionamos es abrir al otro lo más íntimo de nuestro ser. Por eso ante ella se siente pudor. Pero no tenemos derecho a ocultar nuestra emoción a quien es objeto de la misma. Le pertenece, es suya, él la ha provocado y a él está destinada. Jesús no escondió su emoción ante la viuda de Naín ni ante las hermanas de Lázaro, al contrario, "se echó a llorar" (Jn 11,35). ¿Y nos vamos a avergonzar nosotros de conmovernos ante él?

¿Para qué sirven las emociones? Son preciosas, porque son como la aradura que rompe la dura corteza permitiendo así a la semilla anidar profundamente en la tierra. La emoción es con frecuencia el comienzo de una verdadera conversión y de una vida nueva. ¿Hemos llorado alguna vez —o al menos hemos deseado llorar— por la pasión de Cristo? Ha habido santos que han gastado sus ojos a fuerza de llorar por eso. "Lloro la pasión de mi Señor", contestó Francisco de Asís a uno que le preguntaba por la razón de tantas lágrimas. Dice la Escritura: "Mirarán al que atravesaron... Harán duelo como por un hijo único" (Za 12,10; Jn 19,37). Esto no es sólo una profecía: es también una invitación, una orden de Dios.

Basta ya de llorar por nosotros mismos con lágrimas contaminadas, con lágrimas de autocompasión. Es hora de derramar otras lágrimas. Lágrimas hermosas, de asombro, de alegría, de agradecimiento. De

emoción, antes incluso que de arrepentimiento. También esto es "renacer del agua". Cuántas veces, oyendo evocar la pasión, o disponiéndome yo mismo a hacerlo, me he acordado de aquel célebre verso de Dante y lo he repetido en mi interior, rebosando casi de cólera contra mí mismo: "Y si no lloras, ¿de qué llorar tú sueles"(DANTE ALIGHIERI, Infierno, XXXIII, 42.)

Nos da ejemplo la liturgia de la Iglesia. En Pascua siempre da rienda suelta a la emoción. "¡ Qué asombroso beneficio de tu amor por nosotros! —canta en el Exsultet—.¡Qué incomparable ternura y caridad! ... ¡Feliz la culpa que mereció tal Redentor!" Repitémoslo también nosotros esta tarde, tras haber recordado el grito de Cristo moribundo en la cruz: "¡Feliz la culpa que mereció tal Redentor!"